

Cuentos Apureños



NAHÚM FUENTES M.

CUENTOS APUREÑOS

©Nahúm Fuentes M.
©Cuentos Apureños
Colección Cuentos. Serie Naranja

©Fundación Editorial El Perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.
Correos electrónicos
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve
sistemadeimprentasapure@gmail.com
Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

Sistema Nacional de Editoriales Regionales, Apure
Calle Comercio, Casa de Bolívar, Frente Tribunales
Municipio San Fernando, 7001

Edición: S. E. R. Capítulo **Apure**
Diagramador: Juan Carlos Villota
Operario: Edgar Hernández

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-
Depósito Legal: If -
Corrección: A cargo del autor

Portada: SER Apure



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder
Popular para la
Cultura

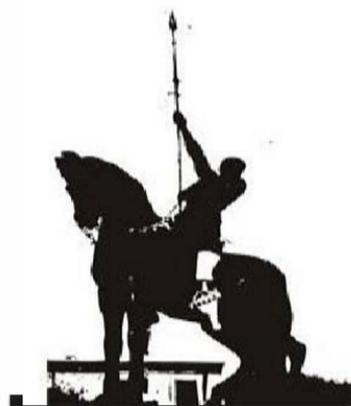


NAHÚM FUENTES M.

CUENTOS APUREÑOS

Fundación Editorial El perro y la rana
Sistema de Editoriales Regionales Apure
Colección Cuentos / Serie - Naranja
San Fernando de Apure 2024

El Sistema de Editoriales Regionales es un proyecto impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de la Fundación Editorial El perro y la rana. Tiene como objeto fundamental brindar una herramienta esencial en la construcción de las ideas: el libro. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde se encuentra un equipo de editores que le da paso a la publicación digital de autores, principalmente inéditos.



El árbol de la vida

Hace muchos años San Juan de Payara en el estado Apure, era un pueblito muy pequeño, podría llamarse más bien una aldea. Lo poblaban pocas casas y la mayoría de los solares no tenían cerca; los dividía una línea imaginaria acordada entre vecinos; las vacas, burros, caballos y otros animales domésticos, circulaban libremente por donde se les antojaba; sobre todo en época de invierno, cuando el llano se inunda, y el terreno seco se reducía.

Un domingo de junio quién sabe de qué año, amaneció un forastero abriendo un hoyo con una pala en la plaza, frente a la Iglesia, la curiosa noticia corrió y en pocos minutos el pueblo presenciaba la faena en silencio.

El extraño hombre trabajaba sin levantar la cabeza, ignorando a los observadores; cuando terminó de cavar, sacó de un morral que tenía al lado, una pequeña planta, y después de un corto ritual, la colocó cuidadosamente

en el hoyo, le echó la tierra, la terminó de plantar y la dejó que creciera sin ningún tipo de protección.

Terminado el trabajo, se incorporó y se dejó ver tal como era: los espectadores vieron a un hombre de más de cincuenta años, de estatura y contextura promedio, de cabello negro ligeramente ondulado, que le llegaba más abajo de los hombros, ojos de águila y escasa barba; vestía una túnica blanca con un cordón trenzado en la cintura y unas sandalias de cuero rustico.

El enigmático personaje, era de poco hablar, pero les dijo: -Dejo este árbol sembrado aquí, para provecho de este pueblo; no necesita que lo cuiden, el crecerá y el que se cobije con su sombra sanará.

Alguien le preguntó.

-¿Qué palo es ese? -¿Cómo se llama?

Él le contestó: -*¡Ese es el arbol de la vida!*

La gente se distrajo viendo la pequeña planta y murmuraban entre ellos, -esta matica, si no, la arranca o la pisa un muchacho, esta noche se la comen los burros;

porque la plaza era un dormitorio de todo tipo de animales domésticos, y ahí, no había ni una sola planta, porque ellos se las comían.



Cuando reaccionaron para hacerle más preguntas al místico individuo; para sorpresa de todos ya éste había desaparecido; la gente quedó alborotada y desconcertada, se preguntaban:

-¿Quién sería ese hombre? -¿De dónde vendrá? Y muchas preguntas más.

Un viajero conocido de todos que estaba presente les dijo, que él lo había visto en el “Paso Arauca” y había preguntado quién era, y le dijeron que se hacía llamar “el profeta Enoc”, que venía recorriendo esta parte del mundo, predicando mensajes Apocalípticos, que había entrado a Venezuela por Colombia y se dirigía hacia Guayana.

Pasó el tiempo y como lo dijo el “profeta”, el árbol creció sin ningún cuidado ni inconveniente, y se convirtió en un extraordinario ejemplar, cubría con sus ramas buena parte de la plaza y sus deliciosos frutos maduraban y caían todo el año para deleite de quien los probara.

Visitar la plaza del pueblo, disfrutar de su sombra restauradora y saborear su fruto, se convirtió en un gran atractivo para propios y extraños; las propiedades curativas que le atribuían a su sombra milagrosa, fue creando tanta fama, que llegaba gente de todas partes en busca de salud y se regresaban sanos, sin tener que pagar ni un centavo.

La afluencia de visitantes atraídos por la virtud del árbol le dio la idea a un guarapero de instalarse bajo su sombra en un puesto fijo para vender su guarapo; como vieron que le iba muy bien, en poco tiempo el lugar se atiborró de todo tipo de comerciantes que ni siquiera eran del pueblo; empezaron a pelear por los espacios, se insultaban, apuñaleaban y resultó un vendedor muerto.

Desde que asesinaron al humilde comerciante bajo su sombra, el mágico lugar fue perdiendo su encanto; el majestuoso árbol empezó a madurar sus hojas, y así, como los sanjuaneros, lo vieron crecer con alegría, con tristeza lo vieron morir, hasta que se secó.

En las afueras del pueblo, vivía un artesano llamado Pablo, que le decían “el Sanador” no, porque aplicara la medicina humana, sino, porque restauraba todo tipo de objeto, además era un excelente escultor y carpintero, pero vivía solo, porque las ocupaciones no le daban tiempo para buscarse una esposa.

Cuando estaban retirando los restos del “árbol de la

vida” Pablo, pidió que le dieran parte del tronco y se lo llevó a su taller, donde comenzó un proyecto que tenía en mente desde hacía tiempo, de tallar en madera una mujer de tamaño real.

El “Sanador” estaba tan entusiasmado con ese emprendimiento, que se dedicó por entero, y trabajaba todo el día y gran parte de las noches; él sentía que la obra que estaba haciendo, reclamaba ser terminada y le exigía cada vez más dedicación; él disfrutaba lo que hacía, le hablaba a la obra y la enamoraba diciéndole:

-Mi amorcito te estoy haciendo tu linda boquita, -te estoy haciendo tus manos para que me acaricies, y así la iba mimando mientras trabajaba, estaba muy contento de cómo le iba quedando su obra.

En menos de tres meses ya la estaba terminado. Después de pasarle buena lija, la pulió con cera de lustrear madera, hasta que le dio brillo por todas partes; se quedó maravillado de su propia obra y le dijo:

- Bueno... ya naciste, te llamas Isabel.

La colocó en un pedestal, la contempló satisfecho, se despidió de ella y se fue al pueblo a invitar a las personas importantes para que la vieran.

Como él le hablaba a la estatua, como si estuviera viva, cuando llegó del pueblo le dijo:

-Hoy tenemos visita vienen a verte y le nombró las personas que vendrían... Isabel sonrió, pero él no se dio cuenta.

Cuando los invitados tocaron la puerta él le dijo a la estatua: -¡llegó la gente a verte!, pórtate bien.

Él se disponía a recibirlos, cuando la estatua le habló, y le dijo: -¿Vas a exhibirme así desnuda? -¿Tú crees que yo no tengo vergüenza?

Pablo incrédulo, abrió la boca y los ojos como si hubiera visto a un espanto, palideció y casi se desmaya, la gente seguía tocando la puerta con insistencia y él como un autómatas, tomó un mantel de mesa y la cubrió como pudo; la puerta seguía sonando y lo llamaban -¡Pablo, Pablo! -¡Ya estamos aquí!

Pablo contestó: -¡Ya voy!

Se estabilizó un poco, entreabrió la puerta, asomó la cabeza y les dijo:

-La estatua se me cayó y se partió en pedazos, así, no se las voy a mostrar, disculpen y cerró la puerta.

Cuando Pablo, regresó al taller, ya Ysabel se había bajado del pedestal; y lo esperaba tranquilamente, él le pregunta:

-¿Es que estoy loco, o estoy soñando? -¿Cómo es que estas viva?

Ella le dice:

-Yo soy el alma del “árbol de la vida”, tú lo que hiciste fue liberarme.

En el lugar donde estaba el milagroso árbol creció otro parecido que a la fecha existe.

El joven araña

Este era un joven araña, que nació para hacer historia, se llamaba "Papo;" él fue a la escuela y se graduó con honores, porque era muy, pero muy inteligente, mucho más que sus cincuenta y cinco hermanos y hermanas que nacieron en el nido junto con él, porque las mamás arañas tienen muchos hijos a la vez; ellas ponen muchos huevos que nacen en una misma fecha, los protegen mientras están bebés y después que crecen, cada uno tiene que irse a hacer su vida aparte, y el que se queda cerca solo come, así sea su hijo, porque ellos son animales solitarios, no viven parejas ni en grupos.

Él era diferente a sus hermanos en muchas cosas, además de ser inteligente, también muy observador y habilidoso; siempre tenía una respuesta para resolver los problemas que se presentaran a los demás; pero

también tenía una desventaja, que era el más pequeño de todos sus hermanos.

En el mundo de las arañas, las hembras son más grandes que los machos, y en algunas especies las hembras se comen al macho después de aparearse.

Como éste era tan inteligente y malicioso notó con mucho dolor que sus hermanas ya no lo veían como un hermano talentoso, sino como alimento, algo que es natural en ese reino; los más grandes se comen a los más pequeños sin ningún remordimiento, por eso decidió, que era mejor huir de casa para salvar su vida.

Aprovechando un descuido del enjambre, empezó a alejarse disimuladamente, y cuando vio que podía hacerlo, arrancó a correr y a correr sin rumbo fijo, pero alejándose lo más que pudo, buscando un lugar seguro para empezar su nueva vida.

Después de mucho andar, fue a parar a una casa que encontró en su camino. La recorrió toda y aunque él nunca había visto algo así, le pareció apropiada para

vivir, porque no había otras arañas que lo pudieran enfrentar por el territorio y se instaló en una de las habitaciones para ejercer su dominio a plenitud.



Al otro día, cuando ya había tendido su red estratégicamente en un rincón del techo, llegaron los dueños de la casa a ocupar el cuarto; era una familia de tres personas: el padre, la madre y una linda niña de nueve años, llamada Elena.

Esto era para él algo muy extraordinario y novedoso, porque aunque había oído hablar de arañas gigantes, nunca se imaginó ni había visto nada parecido; seres más de doscientas veces más grande que él, con

dientes afilados y relucientes, que los mostraban a cada rato. Para él que era tan inteligente y todo lo asociaba con el mundo que conocía, que era el de las arañas, creía que se trataba de otra variedad de arácnido de las más de 45,000, que habitan en el planeta; observó que esta especie a pesar de su gran tamaño solo tenía cuatro patas y dos ojos, mientras que él tenía ocho pata y seis ojos.

Desde su fortaleza veía como aquellos peligrosos gigantes que no dejaban de mostrarse los dientes, entraban y salían, ocupaban los espacios, encendían luces, miraban a rededor, hacían ruidos fuertes con sus bocas y se movían para todos lados.

Después que ellos se instalaron y salieron, su primer impulso fue de escapar de ahí, lo más rápido posible, pero se contuvo y decidió esperar.

Dijo para sí mismo: -estos vieron para todas partes y no les llamé la atención, a lo mejor yo no les importo; me gusta mucho este lugar, voy a quedarme a ver qué pasa; en todas partes hay peligro, estaré atento, si me

atacan soy muy rápido y puedo huir con facilidad, para eso tengo ocho patas, ellos apenas tienen cuatro, y son muy lentos; porque les contaba las manos a la gente como si fueran patas, y siguió diciendo;

-Yo soy muy pequeño para ellos, en cualquier parte me escondo y se quedó tranquilo en su telaraña.

Todo estaba en calma; cuando volvieron a la habitación los dueños de la casa, la señora sacó unos colgaderos de una bolsa, los guindó de ambos lados de la habitación y colgó un chinchorro; lo aseguró bien y lo extendió a todo lo ancho para verificar que todo estaba en orden; el joven araña desde su modesta fortaleza, con sus tres pares de ojos bien abiertos, estaba sorprendido de lo que estaba viendo y exclamó en silencio.

-¡¡¡*Na guaraa, tremenda telaraña!!!* -Yo sabía que eran arañas gigantes, pero su sorpresa continua, cuando la madre llamó a la niña.

-¡Elenita!, -¡ven ya colgué el chinchorro!

La niña vino y la madre lo abrió de nuevo y se lo

ofreció sonriendo, ella de una vez se lanzó al centro del chinchorro soltando risas de alegría. Los padres salieron y la niña se quedó meciéndose en el chinchorro hasta quedarse dormida.

Papo, apenas la vio inmóvil, creyó que se había desmayado cansada de luchar para soltarse de aquella trampa, y rápidamente tendió un hilo desde el techo y bajó hasta la colgadura, para liberarla y hacerla su novia, como en los cuentos de Ada, pero luchó y luchó y fueron inútiles sus esfuerzos, agotado y desesperanzado, volvió a su telaraña. Para él la voz y las risa que producían los humanos, eran rugidos y chillidos amenazantes o de advertencia.

Cuando los padres de Elenita, volvieron a la habitación ya la niña estaba plácidamente dormida largo a largo en la hamaca, ellos la observaron con ternura, la cubrieron con una sábana, le dieron cada uno un beso y se retiraron.

Por su parte Papo, no perdía un solo detalle de lo

que había visto desde su refugio, cuando él vio con asombro que los padres de la niña que permanecía dormida, se le acercaron para darle un beso de despedida, creyó que la habían cazado en la gran tela araña y que se la iban a comer, pero se alegró mucho que no fue así.

Ese otro día continuó la observación y también las sorpresas, pero no se apresuró a sacar conclusiones adelantadas, porque podían ser erróneas.

En pocos días todo se hizo habitual, los padres de Elena venían por la noche hasta su cuarto, la mimaban y le leían cuentos hasta que se quedara dormida, él bajaba por su hilo y caminaba sobre la sábana que la cubría, cuidando de no tocarla, no, se fuera a asustar y matarlo de un manotazo.

Pasaron los días y los meses y ya Papo, como era tan inteligente, y gracias a que Elena hacía sus tareas en su cuarto y estudiaba en voz alta, él se había aprendido el idioma de los humanos, hablado y escrito, aun-

que no podía hablarlo, entendía perfectamente, todo lo que decían y hacían; estaba completamente familiarizado con toda la cotidianidad, todo lo que pasaba en la casa y fuera de ella lo sabía.

Ya él estaba consciente de que la niña era humana y él era un miserable arácnido, aun así, sus impulsos amorosos hacia Elenita, se volvían cada día más obsesivos y platónicos, ella no sabía que él existía y cuanto la amaba, ya que ella para él era su adorable Dulcinea.

Él a pesar de su prodigiosa inteligencia, no veía la forma de hacerse presente en la vida de ella, sin que la suya corriera peligro, porque no sabía cómo iba a reaccionar si lo veía.

Los padres de Elena, seguían viniendo a su cuarto, le leían cuentos y compartían anécdotas juveniles. Mientras nuestro amiguito desde el techo escuchaba con mucha atención, y algunas veces recreaba al personaje principal de la historia, poniéndose él como protagonista para quedarse con la princesa.

Una vez compartieron un cuento de “Las mil y una noche” donde una princesa se hizo amiga de un sapo, lo llevo para el palacio, y en un episodio mágico, el sapo se convirtió en príncipe y se casó con ella; esa narración le gustó mucho y lo inspiró para seguir hacia adelante, esperando un milagro, “el amor lo puede todo”.

Elena, pasaba la mayor parte de su tiempo en su cuarto, ignorando ser observada; ella creía que estaba sola, pero Papo no le quitaba sus seis ojos de encima ni un segundo, él era su ángel de la guarda y en la pequeña mente del insecto, también su novio.

Cuando ella estaba leyendo un libro o una revista, él bajaba muy cuidadoso por un hilo de seda y se situaba a la altura de sus hombros para el también ver y leer , pero ella no lo sabía; lo mismo pasaba con el teléfono Celular, cuando éste sonaba, rápidamente bajaba por su hilo para oír lo que decían, leer los mensajes y ver los videos que sus amiguitas le enviaban.

En cuanto a la televisión, estaba atento a todos los programas, cuando en el cuarto la programación estaba muy aburrida, gracias a la red de hilos invisibles interconectados, que había tendido para tener acceso rápido a toda la casa, se trasladaba a la sala a ver si la tele estaba prendida, para ver otro canal.

Esta red de hilos, también la utilizaba para seguir y vigilar a Elena, cuando salía de su habitación a cualquier parte de la casa.

Tenía buena parte de su vida observando a los humanos y como se aprendía todo lo que ellos hablaban y leían, sus conocimientos generales eran amplios en cualquier tema, pero no podía resorber como romper la barrera de comunicación entre él, y su supuesta novia.

Una tarde vio emocionado en la tele la película SHREK, donde un burro se empata con una gigantesca dragona voladora y terminaron en una familia pese a sus grandes diferencias físicas, y pensó:

-¿porque nosotros, no? Si esto se está volviendo natural.

El problema más grande que él analizaba era que en los casos anteriores. en ambos había contacto físico, los enamorados se veían frente a frente y había química, la princesa cargó al sapo y la dragona también cargó al burro y ellos hablaban y se comunicaban, pero él era mudo y tan pequeño...

Una tarde estaba Elena, en su cuarto, cuando entró el padre emocionado:

- ¡¡hija mira, te compré la película del hombre araña!!

-Esta noche la vamos a ver.

Al oír eso, Papo quedó gratamente sorprendido e incrédulo,

¡¡*El hombre araña!!! ¿Sera posible?*

Esa fue la mejor noticia que oyó en toda su vida, ese era el milagro que estaba esperando. Después de ver la película varias veces, porque a Elena, le gustaba mucho, la alegría no cabía en su pequeño cuerpo, ya se veía convertido en súper héroe, realizando increíbles hazañas, con dos vidas paralelas, hombre y araña,

Elena, sería su gran admiradora y también su premio.

Pasaba la vida soñando en esa nube de ilusiones y delirios, ya no le interesaba, Shrek, ni La princesa y el sapo, para él eso era basura, solo le importaba convertirse en El hombre araña.

Después pasó algo que cambiaría su vida para siempre.

Ya Elena, era una señorita y la visitaron dos compañeras de estudio, que venían a hacer una pijamada con ella; esa noche sin saber que eran observadas, las tres muchachas vieron videos, echaron cuentos, anécdotas y se divertían de lo lindo, nuestro amiguito estaba fascinado con lo que estaba oyendo y viendo de esas encantadoras chicas.

Todo iba muy bien hasta que las jóvenes empezaron a hablar de novios, cada una echaba su cuento y él estaba pendiente de lo que dijera Elena; era demasiado importante para él escucharla. El iluso insecto pensó que ella le hablaría a sus amigas de lo que sentía por el hombre araña, Pero eso no pasó; ella entre risas conta-

ba graciosamente de sus tremen duras con algunos compañeros de la escuela...

Nuestro amiguito insecto, herido en su orgullo, despechado y con el corazón roto, se fue esa misma noche jurando no volver jamás a esa casa ni creer en ese tipo de amor, pero como "nadie sabe para dónde va, hasta que llega" después de vagar un tiempo, por diferentes lugares, decidió volver a la comodidad de su primera morada, pero ya la niña no vivía ahí, la casa estaba ocupado por otras arañas. Papo tuvo que seguir buscando espacio en otra parte; si usted ve en su habitación, una araña que observa desde arriba, ¡no la mate que puede ser nuestro amigo Papo!.

La niña Marisol



Ésta era una hermosa niña, la única hembra de tres hermanos: Prudencio, el mayor que era callado y trabajador como su padre y Gastón, el menor de todos, extrovertido, alegre y despreocupado. Crecieron en el trajín del campo, pero ella, como una princesa, bajo

la protección esmerada de su acomodada y religiosa familia, propietarios de extensas cantidades de tierra e innumerables cabezas de ganado, amén de propiedades inmobiliarias en San Fernando de Apure.

Empezaba el siglo xx y en aquellos tiempos no existían escuelas rurales; sus padres, creyendo estar haciendo lo correcto, después de barajar opciones cometieron el error de contratar a la señorita Susana, una solterona, recatada y calificada maestra, para que se mudara al hato y se encargara exclusivamente de la educación integral de Marisol y sus hermanos. Por cierto, algunos hacendados no les agradaba que los hijos de sus trabajadores aprendieran a leer y escribir, porque pensaban que después iban a quererse ir a vivir al pueblo y se quedarían sin trabajadores; por eso, la educación estaba vedada para algunos niños campesinos.

Desde que Susana llegó a la hacienda no se despegó de Marisol, ni de día ni de noche; la señorita Susana además de educación elemental, también les había en-

señado cultura general, modales y estilos propios de su nivel social y de la vida citadina, que con esmero dedicaba a Marisol, quien desde el primer momento fue su alumna preferida: Ella, con sus cuidados y excesivas atenciones fue modelándola a su antojo, haciéndole creer que era un ser superior, envenenando así aquella alma inocente, con todos sus torcidos sentimientos de frustración y desprecio por los demás seres humanos, que ella desde su desventajosa posición no podía ejercer. Cuando la niña se volvió una señorita, por su altivez, se distinguía con mucha ventaja de las jóvenes de los alrededores.

Los admiradores y pretendientes no se hicieron esperar; las visitas no deseadas, invitaciones a fiestas, bailes, eran frecuentes en el hato, pero Marisol leal a su maestra, se mantenía indiferente; porque ésta no le permitía amistades ni amoríos con nadie; los paseos o cualquier tipo de halago estaban prohibidos para ella y sus padres veían esto con buenos ojos.

Mientras tanto, su hermanito Gastón, se ganaba

las voluntades de los enamorados, ofreciéndose a llevarle cartas y recados, que por supuesto ella no aceptaría y sin que lo supieran, el mismo Gastón. en complicidad con una sirvienta vivaracha y atrevida, sin medir las posibles consecuencias, entre risas y chistes, leían las cartas y contestaban a nombre de Marisol, dándole a cada uno la respuesta que a ellos mejor les parecía: A los enamorados que ofrecían regalos, se los aceptaban con la condición de que mantuvieran la boca cerrada y guardaran el secreto.

En una ocasión en un baile, uno de los enamorados, reconoció una valiosa cadena de oro con su respectiva medalla que colgaba del pescuezo de la sirvienta del ható y se quedó sorprendido, porque era la misma prenda que él le había mandado en secreto a Marisol como regalo. El primer impulso del galán, fue preguntarle:
-¿Por qué cargas esa cadena que le mandé a Marisol?
Pero recordó que era un secreto y se contuvo; él estaba seguro que era la misma cadena, pero debería ser dis-

creto. El tipo la miraba y le veía la cadena; la muchacha que era una viva, se dio cuenta de lo que pasaba, sintiéndose atrapada, pero se recuperó del susto, se preparó por si él le preguntaba y siguió bailando tranquila. Ella se sentía incomoda porque el hombre no la perdía de vista y decidió enfrentarlo; lo llamó aparte y le preguntó con firmeza:

-¿Qué es lo que te está pasando vale?, ¿Es qué estás enamorado de mí, que me vez tanto?

El hombre le contestó:

-No chica nada de eso... es por la cadena, la necesito para un regalo y quiero que me la vendas.

-Ah, ¿era por eso? Dile a la dueña que te la venda, esa es de Marisol que me la prestó por un favor que le hice. Todo terminó ahí.

Mientras que la maestra le hacía creer a Marisol que los pretendientes que se le acercaban no la merecían y además, que los incentivaba el interés por la herencia de la familia; sin embargo, sus padres preocupados por la situación que se

estaba creando y temiendo que la niña bajo tanta insistencia fuera a terminar enamorándose de alguno de los vegueros que la cortejaban; tomaron la decisión de trasladarla a San Fernando, donde tenían una casa familiar para que aprendiera más cosas y se relacionara con otro tipo de personas. Una vez instalados en la ciudad, su padre, después de presentársela a un próspero comerciante de origen italiano, apodado “Musiu Pepe” un amigo de confianza, para que las auxiliara en lo que necesitaran, regresó al hato, dejándola en compañía de su madre, la maestra, una sirvienta y un muchacho para hacer los mandados.

La madre retornó al hato a los pocos días. Entretanto, la muchacha y su maestra, se dedicaron por entero a la vida religiosa; eran unas fervientes devotas del catolicismo, no se perdían ni una sola misa; pero con la particularidad que llegaban cuando la liturgia había empezado y salían de prisa apenas terminaba, para no socializar con los demás fieles.

Tiempo después Marisol y su maestra abandona-

ron el catolicismo, convirtiéndose en fanáticas del evangelio protestante. El objetivo de la joven era predicar el evangelio para que la gente se arrepintiera, especialmente su querido hermano Gastón, quien era el más pecaminoso. Pero esa meta, era difícil de alcanzar, debido a su arrogancia y a la poca disposición de comunicarse con los demás, para anunciarles las “Buenas nuevas de la salvación”.

Transcurrieron los años, sus padres murieron y sus dos hermanos, Prudencio y Gastón, se encargaron de manejar los bienes de la familia y cuando ellos lo consideraron oportuno, le dijeron a su hermana que ya era tiempo de repartir la herencia que habían dejado sus padres y así lo hicieron sin problema. A ella le tocaron cuatro casas en San Fernando, incluyendo la familiar donde vivía, una buena cantidad de dinero en efectivo, terrenos y quinientas reses, de las cuales su hermano Prudencio se haría cargo. Conformes todos con la partición, ellos le recomendaron que adminis-

trara bien sus bienes y le advirtieron que en lo sucesivo ella respondería por sus intereses y las deudas que adquiriera en adelante.

Apenas recibió su herencia, puso en marcha un plan que consistía en alquilar dinero a un alto porcentaje de interés mensual, a quienes le presentaran una buena garantía; preferiblemente inmuebles, para esto contaba con la asesoría jurídica del “Doctor Pepe” un hábil e indolente abogado, hijo, del “Musiu Pepe”, el comerciante amigo de su padre, quien, si era un hombre íntegro y honorable.

El dinero producto de la usura fluía en abundancia, eran innumerables los bienes que habían pasado a sus manos producto de hipotecas ejecutadas y la habilidad de su abogado.

Asesorada adecuadamente, enfocó gran parte de su capital en la construcción de magníficas viviendas para gente acomodada y locales comerciales para la venta y el alquiler en toda la naciente ciudad de San Fernando;

corrían los comentarios que ella con su apariencia de evangélica, tenía pacto con el Diablo o algún brujo competente, porque el que le hipotecaba algún bien, se le hacía casi imposible recuperarlo; La niña, mientras más se enriquecía, mas mezquina y miserable era con los demás y con ella misma, aunque vestía elegantemente, en su casa no se veían lujos ni comodidades propios de su condición económica; era tan tacaña que hasta su propio alimento se lo negaba; comían carne y queso, si los hermanos le traían del hato. Los empleados la abandonaron; menos la maestra Susana, quien se mantenía a su lado como un fiel perro guardián; pero ésta, no participaba en sus negocios.

Con el tiempo, su mentora y confidente se volvió su sirvienta y para no gastar mucho en comida, ambas se alimentaban con casabe mojado en guarapo y otros platillos improvisados de escaso valor nutritivo.

Los tiempos de pretendientes y ofertas de matrimonio se habían evaporado junto con la esperanza de un prín-

cipe azul, que se rindiera a sus pies y que fuera del agrado de ellas y así, ambas mujeres envejecían impolutas e inmaculadas; aunque Susana, de vez en cuando se tomaba vacaciones y las pasaba con su familia.

Prudencio, su hermano mayor murió, y el ganado heredado de la niña quedó en manos de Gastón su hermano menor, quien ya había derrochado buena parte de su propia herencia en malos negocios, parrandas, apuestas y peleas de gallos; apenas le quedaban unas pocas reses, la tierra que había heredado y el nombramiento que acompaña un tiempo a los que alguna vez fueron ricos; pero Gastón que nació aprendido, estaba claro que su acaudalada hermana ya no se iba a casar y mucho menos tener hijos y en ese caso, el único heredero sería él... Solo era cuestión de tiempo y saber esperar, porque “los avaros, miserables y mezquinos; solo son útiles, después que se mueren”. Lo que no imaginó Gastón, era que el abogado de su hermana había sacado la misma cuenta que él y es-

taba armando pacientemente su estrategia para sacarlo del medio.

La niña siguió su rutina sin percatarse que la mala alimentación, el afán por incrementar su riqueza, los años y la amargura por la ausencia de un galán que la mereciera, habían hecho mella en toda su humanidad; lo que otrora, le caracterizaba una bella y esbelta figura, se había marchitado.

A Marisol ya no le agradaba que le dijeran “niña”, tampoco se sentía cómoda si le decían señora y si alguien, le decía “señora”, ella le corregía con altivez, ¡Señorita, para la próxima! Otra particularidad que tenía esta arrogante “señorita”, era que tampoco le agradaba que los humildes evangélicos le dijeran hermana o hermanita; ella, pensaba... (No lo decía),

-¡Que ridículos, yo tengo un solo hermano, que se llama Gastón! Y aclaraba.

-¡Señorita Marisol, para todos!

Excepto el pastor de su Iglesia y familia, quienes si

podían decirle, hermana Marisol; en ese contexto y para sorpresa de todos, ella, creyendo que con eso iba a lavar su conciencia, donó voluntariamente una suficiente cantidad de dinero para remodelar la capilla o templo, donde se congregaba.

Gastón, por su parte, perdió la paciencia y vendió un lote de ganado donde incluyó unas reses de la “niña”, ésta lo supo y después de un fuerte altercado con su hermano, quien se negó a reponerlas; por lo que ella, molesta recurrió a su flamante abogado para que recuperara el ganado y le diera un escarmiento a su hermano con la ley, metiéndolo un corto tiempo en la cárcel. Después de unos días, el abogado le dijo:

-¡Le tengo malas noticias! -No pude hacer nada... El ladrón es hermano suyo y además se defendió argumentando que él le atiende a ese ganado hace tiempo y nunca usted le ha pagado. Pero le digo más.

Continuó el abogado.

-Yo estuve investigando y me encontré, que no es la

primera vez que hace esa gracia y no solo para beber aguardiente con mujeres y jugar gallos, dados, batea y hasta Pico pico; como dice la canción: “borracho, parrandero y jugador”

Y agrego: -Ese irresponsable, después que le acabe a usted el ganado, le va a empezar a vender las casas, el terreno y todo lo demás; porque los jugadores compulsivos son así.

Y sentenció.

-Si no le pone fin a esa situación la va a dejar sin nada.

Siguió diciendo:

-Así empezó con los reales, cada vez iba a quitarle prestado y no le pagaba y si usted se descuidaba entraba a su cuarto y la robaba; recuerde que después que usted se trajo su dinero para acá, ahí están sus reales seguros, en esa caja fuerte, no se le ha perdido ni un centavo.

-Es verdad doctor la conducta de mi hermano me tiene muy preocupada, yo si le he pedido a Dios que

haga su obra en él y le dé un arrepentimiento, pero el Diablo lo tiene agarrado.

Y preguntó: -¿Qué podemos hacer?

Contestó el abogado:

-Mire, "No hay qué ver lo que se ha perdido, sino lo que se puede perder" Yo le voy a decir lo que vamos a hacer, vamos a acordar y legalizar una venta ficticia donde usted me vende a mí el ganado y todas sus propiedades, no le vamos a dejar nada, para que él no pueda seguir robándola. A mí, él no me va a robar, porque sabe que lo meto preso; cuando el hombre coja el carril y cuando usted lo considere prudente, anulamos la venta como si yo le vendiera otra vez a usted. El ganado, por el momento, lo vamos a trasladar para mi hato, allá va a estar bien atendido, no se le va a perder ni una res y no va a tener que pagarle nada a nadie y mientras tanto yo le doy... lo que usted necesite para sus gastos. ¿Qué le parece?

La desprevenida anciana, obviando lo que su padre

siempre les aconsejaba: “Cuando uno está muy enfadado, contento o triste... No debe tomar decisiones importantes”. Le contesto:

-Me parece muy bien, no esperaba menos de usted, Doctor.

-Bueno... hoy mismo voy a redactar el documento y mañana firmamos en el registro; pero vamos a ser discretos con esto, para no poner a la gente sobre aviso.

-No se preocupe doctor. Así será.

Y así se hizo, el abogado, pasó todos los bienes de ella, incluyendo la casa montonera a nombre de él; ella pensó que era lo mejor, así no tenía que estar pendiente de nada, lamentó no haberlo hecho antes, se habría ahorrado disgustos y preocupaciones.

Pasaron varios años con aparente normalidad, el abogado se aseguraba que no les faltara nada de lo poco que las dos ancianas consumían, esperando que el tiempo convalidara la estafa para que no tuviera vuelta atrás.

Una noche la niña, tuvo un sueño... Soñó que se había muerto... y que su alma salió de su cuerpo y flotaba como una nube sobre su lecho, cuando se presentaron dos ángeles luminosos y de indescriptible belleza, la tomaron con gran delicadeza de ambas manos y le dijeron;

-Venimos por ti, ya no perteneces a este mundo, ¡vámonos!

Ella con una última mirada se despidió de su abatido cuerpo y les dijo:

-¡Estoy lista!

Volaron y volaron hasta llegar a un bellissimo y acogedor firmamento celestial, donde fue recibida con aplausos de hermosas figuras humanas con resplandecientes túnicas blancas; uno de los ángeles que la acompañaba le dijo: -Misión cumplida, esto es la antesala del cielo, esperamos que haya disfrutado el viaje, nosotros volvemos a la tierra a buscar otras almas, espere hasta que llegue su ángel guía, ese no tarda.

Mientras ella esperaba, pudo observar la extraordinaria belleza de aquel lugar, donde la luz, la paz y el perfume de la naturaleza armonizaban el mágico paraíso; seguían llegando almas y a todos los recibían en coro, con música, cantos, aleluyas y alabanzas; entonces se preguntó:

-¿Por qué a mí no me recibieron así?

Su guía no llegaba y decidió explorar un poco en aquel maravilloso paisaje: se encontró una kilométrica fila donde llegaba y llegaba gente, como seguían llegando, ella se colocó en el lugar que le correspondía para después preguntar para qué era esa fila; se informó que era para entrar al cielo, pero la puerta del cielo quedaba tan lejos, que ni se veía desde donde ella estaba; nunca había visto semejante fila, calculó que le llevaría algún tiempo llegar a la puerta y le preguntó al que estaba delante de ella:

-¿Señor, cuánto tiempo tendremos que esperar?

-Uuuf años...

Vio para atrás y la cola se veía infinita.

De pronto le llegó alguien uniformado, se detuvo a su lado, buscó en una agenda que cargaba y le preguntó su nombre y fecha de nacimiento; después de confirmar los datos le dijo:

-Yo soy su ángel guía: esta fila no es la suya, sígame.

Y se encaminaron hacia la puerta.

-¡Qué alegría!

Mientras caminaban, él le dijo:

-Cualquiera duda o pregunta que tenga, estoy para despejarla.

Ella observaba en la enorme fila donde había estado, gente de todo tipo, sexo y tamaño, con diferentes vestuarios, ropa normal, bailarines, curas, policías, personas con traje formal, traje de baño, hasta transformistas...

Ella, escandalizada le pregunta señalando la misma fila de donde fue rescatada; -¿Para qué es esa fila?

Él le explica:

-Lo que usted ve en esas almas, su modo de ser y de

vestir es un reflejo de su vida vivida en la tierra, pero todos van para el cielo en su momento, porque ellos son hijos de Dios, igual que usted y continuó.

-Lo que pasa es que ellos están esperando su turno y le explicó:

-Mire, cada uno tiene un día y una hora para nacer y morir. Los que mueren antes de la fecha establecida para su muerte, porque perdieron la vida de alguna forma, esos tienen que esperar el día y la hora que les tocaba morir para ser recibidos; cuando en la tierra hay guerras, pandemias o algún desastre, esto aquí se pone fuerte, porque llegan muchas almas a un mismo tiempo.

Siguió diciendo: -Hay otros que llegan retrasados, porque les llega la hora de entrar al cielo, los llaman en la puerta y no se presentan, porque están todavía en la tierra conectados a una máquina con vida artificial; otros han muerto y sus dolientes con su prolongado duelo, no los dejan partir, esos pierden su turno y tie-

nen que esperar para ser reprogramados; también hay otros que se quedan penando junto a tesoros que dejaron enterrados o escondidos, esperando que alguien los encuentre para liberarse de penas; otros, traen objetos amados que no quieren dejar y son devueltos a la tierra a llevarlos y cuando regresan, ya han perdido su turno; le cuento, que la otra vez llegó hasta la puerta del cielo un individuo, con un gallo escondido debajo de la chaqueta y casi pasa inadvertido, pero lo descubrieron y lo regresaron a la tierra a llevar el animalito y así, perdió su turno. Todos esos casos pasan a reprogramación, pero el sistema aquí es manual y es muy lento, por eso esa cola es tan larga.

Siguieron caminando placentemente y la niña seguía viendo la variedad de personas que esperaban entrar al cielo, vio unos individuos que le parecieron raros y le hizo un comentario:

-Ellos no parecen evangélicos y pretenden entrar al cielo ...

Él le respondió: -¿Y eso qué importa? Ninguna religión tiene el monopolio ni la exclusividad del cielo, todas las religiones y creencias son sagradas y divinas, aunque fueron creadas por los hombres de acuerdo a sus propios intereses, pero ayudan a moderar la conducta de la gente y les sirve para cultivar su fe y mantener la esperanza de acuerdo a su acondicionamiento mental, pero pertenecer a una religión, no es requisito para entrar al cielo.

Siguieron caminando y finalmente llegaron al cielo, donde la recibió un pastor amigo de ella que había muerto años atrás; éste envuelto en finos lienzos y una aureola resplandeciente le dio la bienvenida, lleno de infinita alegría, después de las formalidades correspondientes, la invitó a ingresar a la celestial ciudad, para ubicarla en su aposento que Dios le tenía preparado.

Mientras avanzaban ella iba viendo fascinada y con cada paso más se admiraba del esplendor y la majestuosidad de las edificaciones y avenidas pobladas

de flores multicolores que aromatizaban el fresco ambiente: pájaros de increíbles colores y belleza volaban libremente esparciendo armoniosos cantos, las calles eran de oro y resplandecían las perlas y piedras preciosas incrustadas en las fachadas y portales de las magníficas casas; abundaban los racimos de uva colgando de frondosas parras; no existen palabras para describir con justicia la extraordinaria belleza que veían sus ojos y el bienestar que sentía su alma en aquel lugar; caminaban y conversaban, el pastor le decía señalando exquisitas mansiones, aquí vive el hermano fulano, allá vive la hermanita zutana de tal y así, le iba mostrando las imponentes quintas de los conocidos; de pronto el pastor se detuvo frente a una regia mansión, se quedó un momento pensando... y le pregunto:

-¿Usted recuerda a la hermana Margarita?

Ella le responde con otra pregunta:

-¿No era la vieja que pedía rial de la ofrenda, dizque para darle alimentos a los indigentes?

Él le contestó sonriendo...

-Sí, la misma. Y agregó. -Esa es la casa de ella.

Marisol guardó silencio contrariada, porque creía que esa era la mansión que Dios le tenía preparada, pero se auto consoló pensando que la de ella sería mucho mejor y le dijo a su acompañante con cierto desgano:

-Usted me muestra las casas de los demás y no me dice cuál es la mía...

Él le contestó amablemente:

-Tenga paciencia hermana, que vamos para allá.

Siguieron caminando y al paso que avanzaban, la calle y las casas iban desmejorando notablemente, ella lo seguía callada y pensativa; terminó la calle y llegaron a un terreno despoblado. Se detuvieron frente a un rancho destartalado y miserable y él, señalándolo con su diestra le dice:

-Ese es su aposento hermana,

-Ella le dice aterrada e incrédula,

-¡¡¡No puede ser hermano, debe haber alguna con-

fusión, si yo estuve más de treinta años en el evangelio!!! -¡¡¡No puede ser, no puede ser!!!

Cuando se calmó un poco, ella comentó:

-¿Cómo es posible que a otros les den fabulosas mansiones y a mí lo que me tienen es un asqueroso y miserable rancho? ¿Qué explicación, tiene esto hermano?

Él le respondió en tono tranquilizador.

-Lo que sucede hermana, es que usted, edificó en la tierra y no lo hizo en el cielo...

La anciana, despertó sudorosa y angustiada y esa noche no pudo volver a conciliar el sueño, pensando en lo que había soñado, pero pronto lo olvidó y no le dio importancia. Pasaron unos días y le repitió el sueño idéntico, con los mismos detalles que la primera vez y en adelante se hizo reiterativo, apenas se quedaba dormida y volvía el mismo sueño, con el mismo guion. En sus noches de desvelo, con miedo de quedarse dormida para no despertar asustada, concluyó, que eso era algo que Dios le estaba revelando y que tenía que

ocuparse de descifrar esa epifanía, pero, no le costó mucho, la respuesta era obvia, había maltratado y perjudicado a muchas buenas personas y se convirtió a la religión para engañar y maquillar su conciencia.

Después de profundas reflexiones, tomó una difícil pero necesaria decisión, que se trataba de resarcir en lo posible los daños causados a tantas personas, sobre todo, a los más perjudicados y elaboró un plan para ejecutarlo de inmediato. El proyecto consistía, en desistir de seguir prestando dinero, devolverle a sus dueños o a sus herederos las propiedades en hipoteca que fueron ejecutadas; aun cuando sus deudores, con los intereses ya habían pagado hasta dos veces y más el capital prestado y crear una fundación que se ocuparía de establecer casas de alimentación y gestionar ayuda para las personas necesitadas. Después de cotejar tan loable idea, durmió tranquila toda la noche. A la mañana siguiente, con desbordante gozo, fue a ver a su abogado para informarle lo que había decidido y le

explicó el plan de ejecución al detalle; éste la oía incrédulo, pero guardó silencio, cuando ella terminó su esbozo le dijo entusiasmada:

-¡Cuento con usted doctor!

El abogado le preguntó displicente:

-¿Cuenta conmigo, para qué?

Ella le responde:

-Bueno, usted es mi abogado y es el que administra todo lo mío, empiece a llamar a esa gente para devolverle sus bienes.

El abogado esta vez mirándole a los ojos y con una expresión de enfado en su rostro le dijo:

-¡¡Mire señora, yo no sé de qué me habla, yo a usted no le tengo nada!!

Y continuó diciendo.

-Si usted no recuerda que todo lo que yo le tenía, usted me lo vendió, aquí está el documento, si quiere una copia pídala en el registro y el dinero efectivo que había en la caja fuerte, usted misma se lo fue llevando hasta

que se acabó y le dijo con desprecio:

-¡¡Salga de mi oficina vieja loca!!.

La anciana estaba paralizada por la sorpresa pero antes de salir casi a empujones, se volvió y lanzándole llamaradas de odio con sus ojos le dijo:

-¡¡¡A ti te va a pesar esto, me voy a condenar, pero no vas a disfrutar lo que me robaste!!!

Y repitió.

-¡¡Te va a pesar!!

Desde ese día y para siempre, no se supo más de ninguna de las dos mujeres, nadie sabe cuál fue su final. El abogado por su parte, a los pocos días tuvo que ir al médico, porque sentía que unos gusanos se le movían dentro de la nariz y en los oídos y después de hacerse los exámenes correspondientes, estos no arrojaron ninguna patología; a los pocos días, le empezó a salir una fetidez por la boca y la nariz; su mal aliento era insoportable a menos de tres metros de distancia, la gente huía de su presencia, la esposa lo demandó y se

divorció de él, argumentando que esa enfermedad se la había contagiado otra mujer. Tuvo que mudarse a vivir solo en una de las casas que le había timado a “la niña”, donde tenía que arreglaselas él mismo, porque por la pestilencia que emanaba de su cuerpo ni los más necesitados le querían trabajar.

Desesperado por la situación, decidió auto medicarse con purgantes y enjuagues, pero no logró curarse ni minimizar los síntomas; al contrario, la hediondez le invadió todo el cuerpo y le salía por los poros; no había baño ni desodorante que hiciera tolerable su presencia.

Desahuciado, por la ciencia de ese tiempo, recurrió a la brujería; por su casa desfilaban brujos y charlatanes ofreciéndole curarlo, pero solo le quitaban el dinero. Como era un personaje muy conocido en la pequeña ciudad, su tragedia era asociada a la pillería descarada que le hizo a su mejor clienta, que dejó de ser un secreto a tema del dominio público.

No faltó quien sabiendo la historia de sus fechorías, le dijera que ese daño se lo había echado “la niña” y que era la única persona que lo podía curar, entonces el jurista arrepentido, mandó a buscar a la disgustada clienta para pedirle perdón y devolverle todo, con la esperanza de recuperar la salud; pero la dama no aparecía por ninguna parte y el hombre desesperado sentía que aquel botín le quemaba las manos, mandó a llamar a Gastón para entregarle hasta el último centavo que le había robado a su hermana y así mismo, le rogó con el corazón en la mano que la buscara y se la llevara para hablar con ella; más todo fue inútil.

Conociendo la calaña del jurista, algunos sospechaban que él la había matado para quedarse con todo su capital y de seguro “la niña” que era otra serpiente, se estaba vengando desde el más allá.

Pasó el tiempo y de las mujeres no hubo noticias, el abogado en un ritual de brujería, tuvo un accidente, cuando tendido en el suelo, dentro de un círculo de

pólvora, con todo el cuerpo empapado de aguardiente y otras sustancias, en el momento que el brujo estaba prendiendo una vela, se incendió la pólvora y como él se encontraba bañado de alcohol, rápidamente lo abrasaron las llamas, sufriendo graves quemaduras en todo el cuerpo y días después, falleció en una penosa y larga agonía.

La magnífica casa todavía estuviera en pie, pero como estaba sola, la desvalijaron y los buscadores de tesoros horadaron hasta los cimientos buscando los riales de la señorita Marisol. Y así termina esta historia, que de no ser por la arrogancia, la codicia, la traición y la venganza, hubiera tenido un final feliz.

Fue una gran imprudencia...

Fue una gran imprudencia, los caimanes tenían hambre... Esto fue lo que comentaron para justificar el extraño comportamiento de aquellos animales que protagonizaron aquel terrible drama.

Todo empezó, tres días antes cuando Néstor y Maryuri, se conocieron en la casa de Witila, una amiga de ambos; era domingo, y Néstor, se encontraba compartiendo unos chistes en casa de su amiga cuando llegó Maryuri, una joven treintañera igual que Witila, plena de gracia y belleza. A pesar que Néstor no estaba tan joven como ella, empezaron a tratarse con confianza, cómo si se hubieran conocido de toda la vida; era como la una de aquella tarde llanera, el calor hacía estragos en los presentes pero ellos parecían no sentirlo, porque estaban muy animados con la conversación y los cuentos que compartían; sin embargo, Witila colocó un ventilador sobre la mesa, don-

de lo puso a girar a toda velocidad, fue cuando Maryuri, pareció darse cuenta de la situación y mirando a Néstor le dijo: -Aquí no vale ventilador, este calorón se combate con unas cervezas bien frías.

Néstor vio a Wтила, recorrió con la mirada a los presentes como preguntándoles si habían oído la propuesta de la joven; levantando las cejas y con una sonrisa de aprobación les dijo: -Nos tocará hacer una vaca. Maryuri, sonriendo contestó: -No hay problema, yo pongo los cachos...ja, ja, ja.

Rápidamente Wтила buscó un vacío de cerveza y las dos mujeres lo montaron en el jeep de Néstor y se fueron los tres con el encargo.

Néstor y Wтила, sabían perfectamente donde conseguir en San Fernando de Apure, una licorería abierta los días feriados y a cualquier hora; por eso a ella le extrañó que Néstor tomara la Avenida Boulevard derecho, sin detenerse en ninguno de los sitios acostumbrados y se dirigió hacia Puerto Miranda, donde se

enrumbaron hacia un bar campestre llamado “La Cueva del Chisme” el cual ellos siempre visitaban y tenían algunos conocidos.

Llevaban como media hora en ese sitio resolviendo su avidéz con el refrescante y espumoso líquido, cuando llegó de parrillero en una moto su amigo Chicho, éste era un hombre de estatura promedio, trigueño, sesentón, de mirada inexpresiva y muy conocido en el sector como criador de caimanes; Chicho, pasó por un lado del pequeño grupo, Néstor lo saludó pero éste no le prestó atención, pasó directamente al interior del local permaneciendo ahí un rato, luego salió con una cerveza en la mano, se acercó a los jóvenes más calmado; mientras saludaba y hablaba, no desviaba la mirada de Maryuri, quien le oía atentamente y le sonreía, Néstor, aprovechó una pausa para preguntarle.

-¿Cómo están los caimanes?

Él contestó: -Están muy bien.

Y siguió dando detalles.

-En estos días soltamos un lote en el río para repoblarlo y ahora es que queda caimán para soltarlos el año que viene.

Y agregó.

Eso hacemos todos los años. Entretanto, seguía mirando a Maryuri, quien le pregunta: -¿Usted cría caimanes?

Él le contestó: -Sí y están a la orden cuando quiera verlos; los tengo de todo tipo, desde recién nacidos hasta de ocho metros de largo y continuó diciendo:

-¿Ocho metros? ¡Na guará!

-Una cosa es la que yo le diga y otra cosa es lo que usted vea.

El seguía viendo a Maryuri con interés, Wтила, lo notó y le dijo: -Discúlpame Chicho, que no te he presentado a Maryuri, ella es una amiga y parece que está encantada con tus caimanes.

Mientras esto sucedía, unos lugareños que estaban pendientes de las mujeres y la conversación con su amigo empezaron a decir en voz alta, en tono de broma:

-Pregúntenle por Elena, pregúntenle por Elena.

Chicho se mantenía parado y todavía no le soltaba la mano a Maryuri, quien seguía sentada sonriente, viéndole la cara, ésta le pregunta graciosamente de manera muy femenina:

-¿Quién es Elena? él le responde: -Lo que pasa es que algunos caimanes tienen nombres, sobre todo los más viejos, uno se llama Páez, otro El Negro, otro El Chingo y así sucesivamente y ellos atienden por sus nombres; Elena, es una caimana madre, de las más viejas que tenemos ahí y éstos me echan vaina con ella, me dicen que los caimancitos son hijos míos...ja, ja, ja.

Dijo Marjori.

-Yo quiero conocer a Elena.

-Muy bien.

Respondió Chicho.

-Pónganse de acuerdo... Yo a ellos.

Refiriéndose a Néstor y Witila.

-Los he invitado varias veces para allá, pero quedan a

ir y no van.

-Esta vez sí vamos a ir. Prometió Witila.

Y acordaron visitarlo el próximo miércoles a las doce del día.

-Está bien, los espero. Pónganse de acuerdo y me llaman.

Chicho, les dejó su número de teléfono y se retiró; no sin antes, compartir unos tragos y dejar otros pagados.

Cómo toda fecha llega y todo plazo se cumple inexorablemente, llegó el día convenido y los tres jóvenes de vidas distintas serían juntados por el destino para un terrible propósito. A las once y media de de la mañana, Witila, y Maryuri, ya estaban listas para la expedición y llamaron por telefono a Néstor para que las pasara recogiendo; Néstor no se acordaba de aquel compromiso, puso una excusa para no llevarlas y convenció a Witila para posponer la excursión, pero Maryuri, estaba determinada a ir y no hubo forma de convencerla.

Finalmente subieron al Jeep y salieron hacia “La Cueva del Chisme”, una vez ahí, se tomaron una cer-

veza cada uno y preguntaron por Chicho; el encargado del establecimiento les dijo que ese día no había ido para allá, pero que lo buscaran en la granja, que allí era fijo, porque le tocaba alimentar a los caimanes y eso le llevaba todo el día y agregó:

-Si viene por ahí, seria en la tarde.

Ellos se despidieron y siguieron su camino rumbo al criadero de caimanes. Néstor, sabía dónde quedaba la finca y llegaron sin ningún problema, donde les atendió un vigilante en la entrada, a quien le explicaron que estaban ahí, porque Chicho los había invitado; él les dijo, que podían pasar pero sin vehículo, les dio paso y les explicó:

-Sigam por aquí derecho, ahí van a encontrar un canal, busquen hacia la derecha y sigan hasta encontrar un terraplén que les lleva estero adentro; al final van a ver unas casas, allá está Chicho.

-¿No será que ese hombre está durmiendo la siesta y lo vamos a interrumpir?

Preguntó Néstor, el vigilante le informó:

-No, ése está pendiente que no ha llegado el camión que trae la comida de los caimanes, que llega cada ocho días, le toca venir hoy y no ha llegado.

Ratificó el vigilante.

-Ése está allá.

-De repente les servimos de almuerzo a los caimanes.

Comentó Witila y todos rieron, pero el Diablo dijo:

-¡¡Amen!!

Los visitantes siguieron las instrucciones del vigilante, se encaminaron por el terraplén hacia el centro del estero. Era el mes de mayo y la atmosfera estaba descontrolada, salieron con el cielo nublado y de repente, salió el Sol que con su fuerte resplandor los flagelaba y el sudor empezaba a correr por sus mejillas; ellos veían a todos lados y hacia atrás, con ganas de regresarse, pero siguieron adelante, donde al fondo se veían las casas que les indicó el vigilante.

-A mí por eso es que no me gustan tanto estos paseos

Nahúm Fuentes M.

por el campo, porque se sufre mucho y se goza poco.

Dijo Néstor.

-Si lo hubiera sabido nos traemos una sombrilla.

Comentó Maryuri.

-Lo que falta es que de regreso nos agarre un palo de agua, así bien asoleados como estamos. ¡Si es que regresamos!

Advirtió Witila con cierto desgano.

-Si presienten algo malo, nos podemos regresar, yo desde un principio no quería venir, pero ya estamos aquí, vamos a salir de esto de una vez.

Apuntó Néstor.

Después de mucho andar llegaron a la entrada de la casa que estaba protegida por una cerca y una reja, llamaron y un trabajador les atendió, éstos preguntaron por Chicho, y él fue a llamarlo; esperaron unos minutos bajo el sol inclemente y al fin llegó Chicho; éstos le saludaron entusiasmados y éste les contestó con cierta frialdad y les preguntó el motivo de su visita, ellos le

recordaron que él mismo los había invitado tres días antes, cuando estaban en “La Cueva del Chisme”, Néstor medio confundido por el gesto de Chicho, le dijo:

-Mira Chicho, nosotros estamos aquí por lo que hablamos, pero si hay algún inconveniente olvidemos esto ó lo dejamos para otra oportunidad y continuó:

-A lo mejor tú, estabas almorzando o durmiendo la siesta y llegamos nosotros a interrumpirte.

Chicho cambió de actitud y dijo:

-No nada de eso, yo comí, hace rato y estoy esperando el camión con la comida de los caimanes. Pasen les dijo y continuó diciendo, les voy a mostrar los pequeños y los medianos que están en aquel galpón que ven al fondo; los grandes no, porque están sueltos en sus lagunas y están hambrientos, llevan varios días sin comer y es peligroso acercarse.

Todas las instalaciones estaban construidas en medio del gran estero, la única conexión con tierra firme era a través del terraplén, por donde habían llegado;

había una casa de amplios corredores, estaba rodeada de árboles frutales que le daba un aspecto acogedor, pero a pesar de todo, el paisaje lucía estéril y desolado, no se veían niños ni animales domésticos como perros, gallinas, burros, propios del medio rural; la atmósfera había cambiado, el cielo se nublaba, soplaba una brisa fresca, que amenazaba con lloviznas.

En el galpón había una guardería para caimanes bebés, que consistía en dos hileras de piscinas de mampostería, pegada una de la otra y separadas por paredes de un metro de alto, con la mitad techada y la otra mitad a la intemperie, la parte techada estaba llena de agua y la parte al descubierto, seca para que los caimancitos salgan a asolearse.

Los pequeños reptiles estaban clasificados y confinados en diferentes espacios según su variedad, color y tamaño. Chicho, les fue mostrando amable y detalladamente los tímidos animales: los caimanes pico largo y pico corto, al caimán negro y al amarillo, de

diferentes tamaños. La entrevista estaba terminando y Maryuri, no estaba conforme; no quería irse sin ver lo que le habían ofrecido, por eso siguió insistiendo con voz suplicante y lastimera.

-Quiero ver a Elena, quiero ver a Elena, aunque sea de lejitos, nada va a pasar.

De tanta insistencia, Chicho accedió a llevarlos donde ellos querían y les dijo:

-Bueno ustedes saben que estos son unos animales peligrosos, imprevisibles y traicioneros y ahora están muy activos, porque tienen hambre; deben seguir al pie de la letra todas las instrucciones que yo les vaya dando. Seguidamente se encaminaron por un terraplén, que se internaba más profundo en el estero, Chicho abrió una reja que bloqueaba el paso, después que entraron les dijo:

-¡¡Mosca pues, ya saben lo que hablamos!!

Maryuri se aferró al brazo del trabajador, mientras Wilita y Néstor los seguían de cerca con todos los sentidos

activados y en alerta máxima. Llegaron al final del terraplén que terminaba en una plataforma de tierra; era como una pequeña plaza rodeada de lagunas llenas de bora y otras plantas acuáticas. Levantando su brazo y señalando hacia el fondo, Chicho, les explicaba:

-Esta laguna es la del Negro y su esposa Rosa; aquella es la del Chingo. La que está aquí es la de Elena y aquella que esta allá es la de Páez...

Y continuó diciendo:

-Cada uno tiene su espacio y ahí, permanecen; salen para acá a asolearse o a comer y regresan nuevamente a su laguna; si alguno de ellos entra en el territorio del otro hay pelea, hasta que el intruso sale, pero esto no sucede con los caimanes jóvenes, que andan por todo eso a su propio riesgo; cada caimán tiene su pareja; en época de desove, ponen sus huevos por aquí. En toda esta área, nosotros los agarramos, los encubamos y esos son los bebés que ustedes vieron, pero eso hay que hacerlo con muchas precauciones, porque esos cuidan

sus huevos celosamente y los defienden de cualquier intruso; ustedes no ven nada, pero ellos nos están viendo a nosotros desde el tapón de bora. Ya ustedes van a ver. El negro debe de estar por ahí.

Dijo Chicho, y con un palo, golpeó una lata en forma de campana, que cargaba en las manos y empezó a llamar:

-Negro, -Negro, -Negro.

Enseguida apareció de entre el boral a escasos metros de sus pies, la enorme cabeza de un caimán negro; los jóvenes se sorprendieron y Wтила soltó un grito agarrándose fuertemente del brazo de Chicho, quien les dijo:

-! Cálmense, cálmense! no griten que eso los encarniza, y los hace muy peligrosos, vamos a retirarnos de aquí.

-Sí.

-Sí, vámonos.

Dijeron las mujeres.

-¡Hay que susto! Vámonos.

Mientras se retiraban Chicho, les dijo:

-Esos animales, hay que verlos desde allí.

Mostrándoles una especie de pasarela de metal elaborada con tubos soldados, suspendida a una altura de unos ochenta centímetros del suelo con una inclinación ascendente, que alcanzaba metro y medio de altura, a la cual se subía por escalones dispuestos para eso; su anchura era de casi un metro por unos seis de largo, tenía baranda por ambos lados y terminaba en una especie de mirador, pero esta pasarela o manga estaba muy deteriorada por el tiempo y la falta de mantenimiento; el piso lucía oxidado y con huecos y la baranda apenas se sostenía.

-Montémonos, aquí, que no hay peligro.

Les dijo Chicho.

Los cuatros subieron a la pasarela y éste siguió diciendo:

-Desde este mirador se ve todo, porque esto es plano, por aquí pegadito tenemos a Pablo y por este lado esta Páez y Juana su señora. Les voy a mostrar a Pablo, para

que lo vean, no se asusten que ese no sube para acá.

-¿Y Elena? Preguntó Maryuri.

-Ya se la llamo.

Respondió Chicho y comenzó a golpear la lata.

-Pablo, Pablo, Pablo...

Repentinamente empezó a moverse la bora y apareció Pablo; un caimán adulto, de unos cinco metros de largo que se aboyó frente a los visitantes y se mostró completo, después se hundía un poco, dejando el lomo a ras del agua y vibraba, como si temblara, el agua salía disparada de su cuerpo en todas direcciones creando un espectáculo impresionante.

Las mujeres estaban tomando fotos y todos estaban entretenidos con aquel espectáculo, cuando de improviso, la pasarela se sacudió violentamente y se oyó ¡un grito de mujer que estremeció a la llanura! Todos voltearon y vieron un enorme caimán que se estaba subiendo por la entrada de la pasarela, haciéndola bambolear con su peso y la presión que ejercía empujándose hacia

delante. Chicho se enfrentó a la bestia y le hablaba, pero su voz era anulada por los gritos desgarradores de las mujeres, él trataba de golpear al caimán en la trompa con la lata que cargaba en las manos para hacerlo retroceder, pero no logró nada; entonces, saltó la baranda para buscar algo con que golpear al animal pero no consiguió gran cosa sino un pedazo de madera casi podrido, que se desmenuzó inútilmente en la trompa del monstruo, sin lograr que retrocediera, las mujeres estaban aterradas y gritaban a todo pulmón, Chicho, les decía:

-No griten, no griten, que van a venir más caimanes, pero su voz no se oía por los gritos de las mujeres,. Néstor, desesperado tratando de controlar a las aterradas damas, se hirió una mano sin darse cuenta, con un saliente de la vieja baranda; la sangre manaba de su brazo a borbotones, tiñendo de rojo todo a su alrededor, éste parecía ignorarlo o no tenía tiempo para ver su herida y tratando de subir a las mujeres a la parte más alta

de la pasarela las empapó de sangre involuntariamente. El monstruo atorado en la pasarela, seguía empujando con las patas traseras y se retorció dentro de ésta haciendo crujir la destartada estructura que se movía como una gelatina. Chicho y Néstor, hubieran corrido hacia la reja a ponerse a salvo porque no les quedaba lejos, pero las mujeres presas de una crisis y aterradas, sólo gritaban y no colaboraban para el escape; estaban en la parte alta de la baranda y ellos no pudieron bajarlas para sacarlas cargadas porque eran gorditas, y estaban fuertemente agarradas a la pasarela y no atendían las instrucciones

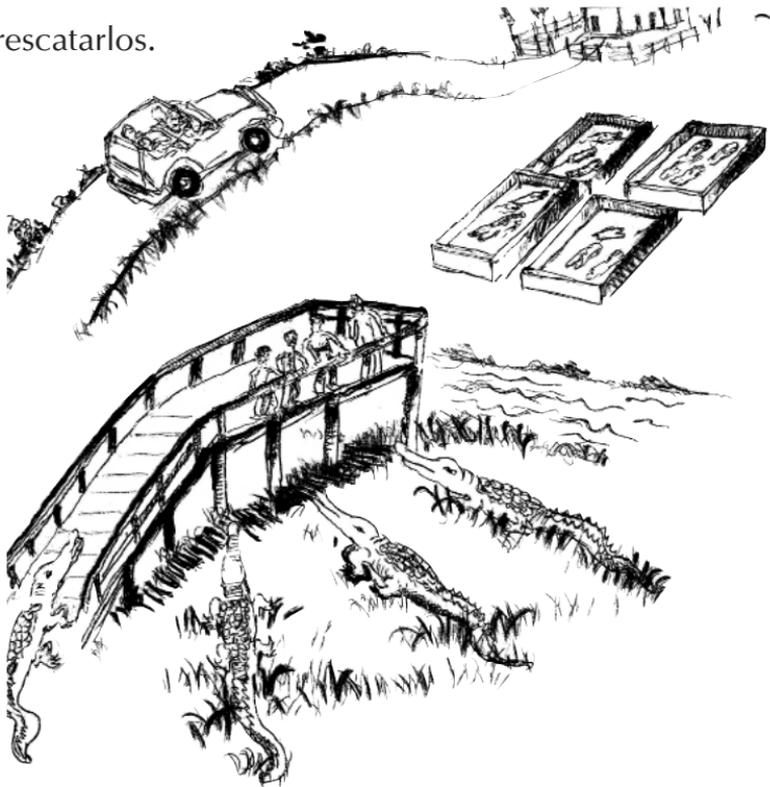
-Voy a la casa a buscar ayuda, ¡Ya vengo!

Saltó la baranda y salió corriendo hacia allá, cuando regresó con los trabajadores que habían oído los gritos y venían en camino, vieron que los saurios tenían rodeada la pasarela y seguían llegando más caimanes, para el festín; los trabajadores hicieron intento de alejar a las bestias, les tiraban terrones y trozos de palos, les

gritaban, pero éstos no les hacían caso; sabían que su oportunidad había llegado y no la iban a desperdiciar. Las fieras se empinaban y se lanzaban por los costados de la vieja estructura, metiendo sus hocicos y haciéndola estremecer, pero los tubos no les permitían subirse. El tiempo se hizo cómplice de las bestias que cada vez arreciaban más su ataque; ¡la fatigada pasarela se estaba despedazando! Y ya aquella jaula no les servía para preservarles la vida a los infortunados visitantes. La lucha estaba terminando, ya las fuerzas se agotaban, las gargantas ya no emitían sonidos, sus voces se apagaban en ronquidos graves e inaudibles; sus movimientos eran torpes y descoordinados, ya no había tiempo para miedo ni para rezos, sintieron que sus cuerpos ya no les pertenecían; vieron que sus esperanzas se evaporaban y se les acercaba inexorablemente la muerte; sus almas se liberarían para volar como aves hacia mundos mágicos e infinitos; por eso no vieron cuando un camión hizo saltar la reja de la entrada que estaba media

abierta, tampoco se dieron cuenta, cuando le embistió a las bestias tocándoles corneta, haciendo que huyeran despavoridos de la escena.

Nuevamente volvieron las voces y los gritos, pero no de las víctimas, sino de los trabajadores que se disponían rescatarlos.



-¡Retrocede, retrocede! Pégate más, no te salgas del camión, no lo apagues, dale con cuidado que estas

personas están muy asustadas. El camión lo colocaron paralelo a la barandas de la pasarela para que ellos pudieran abordarlo, pero éstos no se movían, ni reaccionaban, estaban en estado de shock; se mantenían en pie, pero con la mirada perdida en la nada. Los trabajadores trataban de aminarlos para que subieran al camión, pero parecían no entender las instrucciones. Los minutos pasaban y como el camión, venía repleto de desperdicios de matadero, el olor de tripas y sangre de ganado inundaba el lugar. Los saurios se reponían de la sorpresa y volvieron al ataque definitivo, el ayudante del camión les lanzaba pedazos de bofe y partes de desechos que estos engullían vorazmente, de esta manera los distrajo, mientras Chicho y los otros hombres lograron subir las mujeres al camión, Néstor, se recuperaba facilitando el rescate; los condujeron a la salida y los bajaron en un galpón donde funcionaba una oficina y hacían mantenimiento a unas máquinas agrícolas, ahí, les dieron agua y los reanimaron.

Después de abrazarse, lloraron un rato, abordaron el Jeep rumbo a la ciudad y cuando pasaron frente la entrada a “La Cueva del Chisme” ni siquiera vieron para allá.

La Iguana y el Sapo



Érase una vez que una iguana corría por un campo despavorida, perseguida por un perro que ya le había arrancado la cola y gracias a eso pudo escapar, pero el perro de nuevo la volvió a perseguir y ya estaba a punto de alcanzarla; el pobre animalito mientras corría veía para todas partes y gritaba desesperada, -¡¡ayuda, ayuda!!, este perro me quiere comer, -¡¡¡me quiere comeeer!!!

Ya sus fuerzas estaban escaseando y el perro se le acercaba; cuando un sapo la vio en semejante peligro y le

dijo: -¡¡entra aquí a mi cueva, rápido, rápido!! La iguana sin pensarlo dos veces entró y se metió hasta el fondo de la gruta ; el perro que no se resignaba a perder su bocado, se detuvo jadeante en la entrada de la cueva, oliendo y moviendo su cola con entusiasmo; empezó a escarbar con sus patas delanteras para entrar a la madriguera, y comérsela, escarbaba y escarbaba con afán y cuando estaba casi llegando donde estaba arrinconada la asustada iguana, metió la cabeza en la gruta y le dice: -vamos a ver ahora para dónde vas a correr; pero el perro no había visto al sapo que se interponía entre él y la iguana y este le responde al perro con voz de trueno: -¡el que no va a ver eres tú!, y le echó un chorro de su leche toxica en los ojos, dejando al perro temporalmente siego.

Desde ese día la iguana y el sapo, se la llevaron muy bien; como ella no tenía cola porque el perro se la había arrancado, y el sapo deslumbrado por su belleza, creía que era una sapa extranjera o algo así, pero con muy bonito talle; con ese llamativo color verde, una linda y moderada cabeza con refle-

jos blancos y rojos, sostenida por un elegante pescuezo, cuerpo alargado y muchos atributos que las sapos normales no tenían.

La agradecida iguana, por su parte, desde ese día admiraba demasiado al valiente sapo, y no veía defectos en él sino virtudes, y terminaron enamorándose.

Los amores se enseriaron y como dos adultos empezaron a planificar la vida futura: ¿Dónde iban a vivir? A la iguana le gustaba vivir en la copa de los árboles y al sapo debajo de las plantas, cuevas y basureros; ¿Cómo se iban a alimentar? La cosa estaba compleja, porque a la iguana le gustaban las flores, frutas y los brotes tiernos de las plantas y el sapo tenía otras preferencias menos exquisitas; en la fiesta de boda, la iguana proponía para sus invitados variados platillos, finos vinos, muchas flores, frutas, hojas tiernas, entre otros; Mientras el sapo contrariado, proponía que en la fiesta se le sirviera a cada invitado un plato bien lleno, de lo que a él le gusta comer.

Fueron analizando con sinceridad la situación y encontraron pocas coincidencias y grandes diferencias entre

ellos, pero como el corazón no le hace caso a la razón, ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar, el matrimonio iba pa'lante.

Había cerca de ahí, un personaje muy famoso en asuntos matrimoniales quien decía tener profundos conocimientos científicos y poderes mágicos increíbles que se hacía llamar, doctor Camaleón; allá fueron a consultarle y después de escucharlos con mucha atención les dijo que la cosa no era fácil, que volvieran en una semana para darles una respuesta.

Los novios estaban ansiosos por casarse y con muchas esperanzas; la siguiente semana volvieron donde el supuesto doctor. Este les dijo que tenía la solución, pero que debían esperar que el atendiera el último de sus pacientes, porque la conversación con ellos sería larga y tendida.

Cuando les tocó su turno los atendió por separado, pasó primero al sapo. Después de hacerle varias preguntas el consejero le explicó que su novia, no era una sapa, que era una iguana y que los dos tenían gustos, hábitos y cos-

tumbres diferentes, pero que habían dos soluciones para que el matrimonio se pudiera realizar: la primera sería que con su magia lo convirtiera a él en un iguano; y la segunda, sería que ella se volviera una sapa, pero eso tenía que ser un secreto que tendrían que guardar uno del otro.

El sapo entusiasmado le dice: -es verdad doctor. A ella no le gusta mi comida ni donde yo vivo, y ahora todos los días busca una parte donde le pegue bastante sol y quiere que yo la acompañe... No es justo doctor, ¿sabe usted lo que sufre un sapo llevando sol?... -Por es mejor que me la convierta en sapa. El doctor Le dijo: -está bien eso haremos, lo sacó por otra puerta y lo llevó por un pasillo a una habitación retirada y le dijo: -espere su esposa aquí, ya se la traigo convertida en sapa; usted la recibe y se va hacia a un lugar opuesto de donde vino y jamás le hable ni le pregunte nada del pasado, porque se rompe el hechizo y los dos mueren, -no se preocupe doctor. El astuto camaleón llamó a una sapa que estaba en la lista de espera para conseguir marido, la llevó a la habitación donde el sapo esperaba y le dijo entregándole

la sapa y una acta de matrimonio: -aquí tiene a su esposa, ya están casados.¡¡felicidades!! Entonces llamó a la iguana que esperaba pacientemente, le hizo lo mismo que al sapo, la casó con un iguano que también se quería casar y todos fueron felices

La noche más larga del mundo

Quien iba a creer, que a partir de aquella tarde de aquel mes de marzo, de 2019, los malos recuerdos, el arrepentimiento, y las reflexiones, se apropiarían de la mente del popular Carlo Tablera, alias “Carlota” pero como dicen algunos: “A la gente buena le pasan cosas malas, y a la gente muy buena, le pasan cosas muy malas”.

El Doctor. Tablera, personaje muy conocido y respetado en la comunidad Apureña, por su amplia trayectoria y desempeño en el campo jurídico y social, no podía evitar que sus amigos de alta confianza, en amable trato cotidiano, le dijeran “Carlota”.

Debido al apagón eléctrico general, más largo que estaba soportando Venezuela por esos tiempos, el había cumplido tres días, sin salir de su casa, resistiendo los calorones de marzo, que es el mes más cálido de todo el año.

Con el cuerpo sudado, pegajoso y jadeante, deseoso de darse un buen baño, esperando que llegara la electricidad y así

el agua por la tubería para echarse una buena ducha, pero eso no sucedía. En vista de que todo seguía igual, sin luz ni agua, se dispuso a resolver lo de su aseo personal, tallando su cuerpo con un paño mojado y jabón, economizando al máximo el agua que aun atesoraba.

Se vistió con ropa fresca como dios manda, y dijo: -Que bueno es vivir solo, porque con poca cosa uno se remedia.

Se dirigió al centro de la ciudad que no le quedaba muy lejos, porque su casa estaba ubicada en el casco urbano de San Fernando de Apure, que a pesar de ser capital de estado, es una ciudad relativamente pequeña, todo queda cerca.

“Carlota” sin sospechar la terrible jugada que la fatalidad le tenía preparada, se fue caminando directo a el bulevar; esta es una gran avenida que divide la ciudad en dos mitades, lado este y lado oeste, con grandes islas peatonales en el medio, ornamentado con plantas de jardín con llamativas flores de diversa variedad y frondosos árboles que sombream y refrescan el ambiente, debidamente provisto de espacios para sentarse, propicios para el encuentro y la tertulia; habitualmente este era un lugar muy con-

currido; en horas de la tarde, la gente caminaba y se divertía con los amigos y conocidos, siempre se reunían en pequeños grupos para saludarse y comentar trivialidades, pero ese día fue diferente, Carlo no encontró a ninguno de sus amigos rutinarios, porque cuando llegó al lugar de costumbre, todo estaba desolado.

Nuestro amigo buscó con la mirada por los alrededores, pero no vio nada que le interesara, y decidió esperar un rato, a ver si llegaba alguno de sus contertulios. Se sentó en los bancos de siempre, saludó ciertos conocidos que iban de paso y se le fue el tiempo sin poder entablar una conversación provechosa.

El día estaba finalizando y Carlo viendo que allí, no había mucho que hacer, se disponía a regresar a su casa, pero permanecía sentado reuniendo voluntad para incorporarse y marcharse; unas gotas de agua le salpicaron las manos y la cara. Vio hacia el cielo que estaba encapotado y dijo para sí: -aguacero en marzo... -¡Ahaa caraá, que entró abril! - mejor me voy de una vez; las gotas cesaron y se aguantó un poco... Para ver pasar una bella morena, que en con gracioso y tongoneante caminar desfilaría frente a él, quien se preparaba para decirle un piropo, dizque para

no irse en blanco; a medida que la mujer se acercaba, él le hizo un rápido escaneo visual, y sin ningún recato, prácticamente la desnudó con una lasciva mirada. La mujer lucía dos largas clinejas que terminaban con sendos lazos que caían inocentes sobre sus abultados pezones; vestía una blusa blanca con un discreto escote, y pantalones negros como sus sandalias y cabello; ella ingenua pareció no advertir la lujuria que desbordaban los ojos de aquel hombre y enfiló sus pasos directamente hacia él.

A medida que se acercaba, ella iba construyendo una alegre y hermosa sonrisa que terminó con una entusiasta exclamación, -¡¡¡doctoricimoooo!!!, -¿cómo estáa? -¡Tiempo sin verlo! Y le dio un sorpresivo beso en su relumbrosa mejilla, cerca de la oreja, que le estremeció todo el cuerpo.

La recién llegada colocó en el banco donde permanecía sentado el anonadado doctor; cargaba entre otras cosas, un pesado contenedor de agua potable de unos cinco litros, que traía abrasado contra su cuerpo, por que amenazaba con resbalarse y caer a el piso. Se sentó a su lado y viéndole la cara con curiosidad, le dijo: -¿Usted como que no se acuerda de mí? -Soy Catalina...

Nahúm Fuentes M.

La hija de la señora María, la que trabajaba en los tribunales; este por más que buscó en su cabeza no lograba ubicar en su memoria ni a la tal María, la empleada en los tribunales ni tampoco a ella la supuesta hija; pero ya recuperado de tan agradable sorpresa, decidió seguirle la corriente, - Ahaaa chica, como no me voy a acordar... -¿Cómo olvidarte? -Pero la verdad es que ahora estas más desarrollada y bonita; pareces una Mis Venezuela, o Mis Universo... Y ese nombre, Catalina, te queda bien bueno, y comentó: como que te lo pusieron después de grande, ella le contestó, - ja ja, - usted siempre diciéndome cosas, él le dice: -claro, -¿quién no? -tendría que estar ciego y mudo para verte y no decirte algo. -Ja. Ja. - Estas exagerando. A él le agradó que ella lo tuteara, porque esto le facilitaría una relación de más confianza, y podría ser el comienzo de una interesante aventura; se sentía entusiasmado y optimista, porque si todo salía bien, esto le permitiría demostrar lo que él siempre le decía en broma a sus amistades de confianza; que era especialista en amores con mujeres de cualquier tipo, que él no tenía maña para eso; si eran bonitas mejor, y con esta se sacaría el premio, porque estaba como se la recomendó el médico.

La mujer sentada a su lado, le contaba que estaba cansada, porque había recorrido casi toda la ciudad, para poder comprar algunos artículos; decía que le faltaba lo más importante, que eran las velas.

El por su parte seguía buscando con la vista y pensaba... - Qué bueno fuera que estuviesen aquí mis amigos, para lucirme con esta muñecota. El hombre y la mujer Seguían conversando animadamente, hasta que se dieron cuenta, que ellos eran los únicos que todavía quedaban en los alrededores; los comercios habían cerrado y las pocas personas que andaban por ahí, se habían retirado presurosos a sus casas, no transitaban vehículos que pudieran alumbrar las calles, por falta de gasolina.

La noche reclamaba sin pausa sus territorios y empezaba rápidamente a teñir todos los espacios, el doctor se incorporó para despedirse de ella y le dijo: -Tenemos que irnos, ya es de noche y no hay luz; ¡permanecer aquí puede ser peligroso! -Esto se está poniendo oscuro, hay que buscar la casa; formal y amablemente le extendió la mano a la joven con la esperanza de otro beso de despedida.

Esta le tomó la mano, y sin soltársela, mirándole a los ojos de manera suplicante, pero muy seductora le dijo: - yo te voy a pedir un gran favor, mira como ando... Quiero que me acompañes a mi casa... Él se sorprende y jalando la mano delicadamente le dice: -¿a tu casa? - Y ¿dónde vives tú? - yo no cargo carro... Ella sin soltarle la mano le dice, - te estoy pidiendo que me acompañes, no que me lleves; -yo vivo cerca de aquí, por aquella calle; señalando con su dedo índice la calle Páez, -pero esos bojotes pesan mucho... -Además se me hizo de noche fue hablando contigo.

A nuestro héroe no le gustó para nada la idea; él, no caminaba ni de día por esa zona tan desolada y tenebrosa de la ciudad; mucho menos de noche; pero no le quedó otra salida que decirle: -Como usted mande su majestad, ¡¡¡Pero eso sí, vámonos de una vez!!! Agarraron las compras y rápidamente se marcharon.

Se enrumbaron por la calle Páez, hacia el este, buscando el antiguo y abandonado puerto fluvial "Mi Cabaña." La poca luz que aún quedaba, lo que mostraba hacia delante, era una calle sola y fantasmal, el ambiente era cada vez más pesado, sus

pies casi se negaban a seguir y su intuición activaba las alertas de peligro, pero continuaban avanzando.

Mientras caminaban a paso de vencedores, Carlo se auto recriminaba con amargura, -¡yo si soy pendejo! -¿Cómo me dejo envolver así? -¿Quién sabe para dónde me llevará está loca? -Pero apenas me le suelte, voy a pegar un carrerón hasta mi casa... Y no salgo más hasta que llegue la luz, y para darse ánimo, se consolaba pensando -lo bueno de esto... es que voy a saber dónde vive esta pajarita; ella le pregunta: -¿Por qué vas tan callado? -Pensando cómo me va a recibir tu marido, -¿marido? -Yo no tengo marido, -¿y entonces con quien vives? - sola, estoy cuidando una casa - haaa... Pero no creo que no tengas a alguien que te acompañe. -Bueno, te voy a decir la verdad; -yo vivo con un policía, -pero está preso por vagabundo y no sale ahorita, -ni yo quiero que salga, -¿qué hizo? - El y otro policía, montaron una alcabala por cuenta de ellos, para amedrentar y quitarle dinero a la gente que pasara, pero se equivocaron con un militar de las grandes ligas, que andaba de civil, y ahora están a la orden de la fiscalía, por extorción.

Caminaron y caminaron por un túnel de sombras hasta llegar a la casa de Catalina, ya era completamente de noche. Él le dice: -bueno mi reina, ya estás en tu casa, - yo me voy antes que esto se ponga más peligroso... -ni siquiera pasan taxis o carros que alumbren las calles, -¡chao, me voy! Ella le dijo, -No papi no te vayas y argumentó: -como me vas a dejar solita en esta oscuridad; -vamos pasa de una vez... no tengas miedo, el vaciló un segundo y con recelo se dejó conducir hacia adentro.

En la casa la oscuridad era total, Carlo indefenso como un ciego, luchaba con el botellón de agua que intentaba resbalar-se de sus sudorosos brazos, alcanzó a decir: -estoy en tus manos, no veo nada. Ella sonrió y le dijo: -deja la tembladera que estás conmigo, - y te voy a tratar bien, y siguió diciendo: -vamos para el patio, para que te relajes y te refresques un poco.

En el patio no se distinguía nada, pero ella a pesar de la oscuridad se movía allí como un pez en el agua; en el patio había una rola de madera que utilizaban como banco y ahí ambos se sentaron, ella le preguntó: -¿dónde pusiste el botellón de agua? -tengo mucha sed, él le responde, -aquí lo tengo al lado,

-yo también tengo sed, y le dice: -consíguete un vasito para que tomemos agua, ella le contesta, -que vaso ni que nada... -Pásamelo para destaparlo, -vamos a tomar a boca é jarro... Y así lo hicieron, ella lo destapó, le ofreció a el primero, él dijo: - tome usted que después tomo yo con calma, cuando le tocó el turno a él, tomó con avidez, quizás más agua de la que su cuerpo necesitaba, acomodó su trasero en el rustico madero y agobiado por el calor le pregunta; -¿tu duermes en cama o en chinchorro? Ella le dice: - cama y chinchorro papi, -como tú quieras... -pero vamos a esperar que refresque la noche, mientras tanto vamos a ir quitándote esa camisa, -estas muy sudado, y empezó cariñosamente a soltarle los botones, hasta que terminó de quitársela, después la dobló para utilizarla como abanico, mientras ella lo soplabá con su propia camisa, él levantaba los brazos para ventilarse las axilas y alcanzo a decir complacido, que amable eres... ella sonreía.

La noche seguía su curso y la brisa no se sentía, la luna tampoco se dejaba ver, el cielo por estos meses a veces suele encapotarse con nubes por las noches, pero no llueve y se acentúa el calor.

La quema de las sabanas y los montes cercanos producen calima, que hace más densa la atmósfera, por eso esa noche la oscuridad estaba tan espesa que se podía cortar en pedazos con cuchillo. El hombre a pesar de las exquisitas atenciones, se notaba retraído e incómodo, no era el mismo que horas antes estaba sentado en el bulevar repartiendo sonrisas y piropos.

La dama trata de animarlo y hábilmente le desliza la mano en la pierna y le dice: -¡estas tenso! Le da un corto masaje en el muslo y fue bajando la mano por la pierna con suavidad hasta llegar a los zapatos. Cuando él siente que le está soltando las trenzas, le dice: -que fue chica, -¿me vas a quitar los zapatos? ella le dice sin detenerse, -si papi te voy a dar un masaje en los pies para que te relajés, y él se quedó tranquilo.

Después de masajearle los pies, fue hábilmente subiendo sus manos por los tobillos y las rodillas en ambas piernas, él hombre estaba entregado, solo decía con voz placentera, -que amable eres, -que amable eres, la mujer se plantó junto a él y le dijo: -Párate que te voy a dar un masaje completo para que agarrés mínimo... te noto muy preocupado y nervioso. Lo tomó por

las manos y lo ayudó a incorporarse, él se animó la abrazó y trató de besarla pero ella con delicadeza le dijo: -aguántate un poquito papi, que te voy a dar un masaje completo, ya te dije; le aflojó la correa de cintura y de una vez le bajó los pantalones y le dijo: -termina de sacar los pies de los pantalones papi, que los voy a doblar para que no se arruguen. -¿Me vas a dejar desnudo? -de todas maneras no vas a acostarte con la ropa puesta, cuando hay tanto calor, - es verdad dijo él y le hizo caso; ella los dobló, los colocó junto a la camisa, recogió los zapatos y le dijo: -ya vengo, voy a llevar esto y a, traerte unas chancletas.

A los pocos minutos regresó diciéndole: -está muy oscuro no encontré las chancletas, -de todas maneras ya es tarde y en un rato nos vamos a acostar, -ojalá... llegue la luz, él le pregunta: -¿no tienes ni un tuquito de vela para alumbrarnos un poco en la habitación? Ella le dice: -velas quisiera tener yo. -¿bueno no me ibas a dar un masaje? -si vamos y ella empezó a frotarle el cuello, los hombros... ¡de repente se oyó el sonido de una moto que llegaba! Ella le dice alarmada: -¡esa es la moto del amigo de mi marido, que seguramente lo vienen a traer! -Yo le conozco

el sonido, -¡¡¡Es el, escóndete rápido, rápido!!! Y salió con premura hacia la puerta para recibirlo.

El primer impulso de Carlo, fue salir corriendo a toda velocidad, pero... ¿hacia dónde? si no veía nada, la oscuridad era tal, que ni siquiera podía verse las manos... entonces lo que le quedó fue tenderse en el suelo detrás de la rola, donde estaba sentado.

La moto seguía frente a la casa con el motor y las luces encendidas, mientras los amigos se despedían, él pudo ver a contra luz, las siluetas de la mujer y la del hombre que llegaba; finalmente oyó que el pequeño vehículo se marchaba, llevándose por delante la poca luz que había visto en toda la noche.

La situación para Carlo era incierta y desesperada, el corazón le latía desbocado, sudaba a torrentes, la adrenalina se desparramaba por todo su cuerpo, temía que el marido de la mujer pudiera cargar una linterna, una pistola, saliera al patio y lo fuera a encontrar, pero afortunadamente eso no sucedió.

Con todos sus sentidos en máxima alerta, él oyó cuando la pareja cerró el portón, caminaron hacia el interior de la casa y se cerró la puerta de la habitación.

Carlo seguía en el patio, atascado todavía en aquel peligroso y aterrador trance. La prudencia le decía que debía esperar un rato, que la mujer sabía que él estaba allí y no conocía la casa, pensó que cuando el hombre se durmiera ella saldría y le diría -discúlpame mi amor, yo... no pensé... -Me da pena contigo... Y lo ayudaría a resolver en lo posible.

Estos pensamientos no lo calmaron ni le dieron sosiego, su corazón seguía palpitando a todo galope; por otra parte su instinto le gritaba: -tienes que salir de aquí, que tal si llega la luz en cualquier momento y ese tipo sale a celebrar o a buscar algo... -¿qué vas a hacer?

El todavía conservaba en su memoria la dirección de la salida a la calle, temía perderla y quedar atrapado dando tumbos como un ciego en aquellas densas tinieblas. No lo pensó más y decidió salir de una vez.

Con el sigilo de un gato, paso a paso llegó al portón,

Nahúm Fuentes M.

fue parpando con sumo cuidado buscando alguna cerradura o pasador para abrir silenciosamente y escapar de aquella pesadilla. Buscó y no encontró nada que le impidiera abrirlo, lo haló hacia dentro, la puerta estaba destrancada y abrió lo suficiente para deslizar su cuerpo y ¡¡al fin libre!!

Al sentirse en la calle su prioridad era alejarse lo más rápido que pudiera... caminaba a ciegas cuando siente que volvieron las gotas de agua, esta vez, impactaron en toda su piel y se mezclaron con el abundante sudor que manaba de su cuerpo; ahí, es cuando él se da cuenta que anda descalzo, sin pantalón ni camisa, a penas en interior, en plena calle... Solo arropado con el oscuro manto de la noche.

Con el golpe psicológico que le produjo esta cruel realidad, nuestro amigo perdió la orientación y se quedó sin rumbo, trambucado en aquel negro y espeso entorno. Se preguntaba aterrado, -¿¡¡¡Quién sabe cuántas cosas más me pasarían sin darme cuenta... Dios mío!!!?

Se deslizó las manos por todo su cuerpo, no le fuera a faltar un dedo o una oreja, pero todo estaba bien al comprobar

que aún seguía completo.

Se serenó un poco y se dijo: -tengo que pensar con calma como voy a salir de esta... la noche me protege, ojalá no llegue la luz hasta que esté en mi casita, con el favor de Dios.

Las gotas de agua cesaron, él sabía que no era tiempo de lluvias, eso no le preocupaba; lo que sí lo ocupaba, era la realidad que lo rodeaba; pensaba:.. -una persona importante como yo, -un abogado, -que todo el mundo me respeta, -que no fui juez porque no quise, -doy clases en la universidad... -Todo el mundo me conoce, -¡Que vaina, esto si es arrecho! -Ahora lejos de casa, en la calle, semidesnudo, descalzo, incomunicado, y quien sabe cuántas vainas más, me irán a pasar.

El mayor temor que lo atormentaba era que se fuese a topar con una manada de perros callejeros, que viéndolo de manera tan inusual, lo fueran a atacar en esa oscuridad, ¿cómo se defendería? O que llegara la luz en cualquier momento y lo dejara expuesto en esas condiciones, que de repente fuera a aparecer un carro o una moto lo alumbraran y podrían reconocerlo, que vergüenza...

tenía que encontrar un lugar donde refugiarse, podría ser una casa sola de tantas que hay en la zona, un terreno abandonado, una jardinera, un carro viejo... cualquier parte que le pueda dar cobijo temporalmente, donde pudiera pensar cómo resolver esto.

Puso manos a la obra y empezó a caminar lentamente, arrastrando los pies, con los brazos extendidos hacia delante, como un sonámbulo, buscando la acera, para así tener un punto de referencia, legó a la acera y a las paredes de las casas, fue parpando las ventanas, las jardineras, puertas, postes y poco a poco fue avanzando como un ciego, sin rumbo porque no sabía hacia donde iba en esa oscuridad profunda.

Siguió parpando y buscando, hasta encontrar una puerta media abierta; la empujó suave se introdujo sigilosamente y se quedó vigilante detrás de ella; las piernas le temblaban sin control, pero sintió un poco de alivio al sentirse protegido. al menos de una claridad repentina; asumió que estaba en una casa deshabitada por la manera que la encontró, pero a los pocos minutos de estar allí, empezó a oír unos ronquidos de alguien que dormía, quizás en mala posición; supuso que era algún borracho que se

había refugiado para dormir una pea, le pareció una buena señal. -Pensó que en lo que el supuesto borracho, se despertara en la mañana le diría cualquier cosa, que lo habían asaltado, le quitaron hasta la ropa y tuvo guarecerse en lo primero que encontró, que fue esa casa, que tenía la puerta abierta y se resguardó hasta que amaneciera para buscar ayuda.

Le diría que él era un hombre acomodado y que le daría una buena suma si le llevaba un recado a un amigo, para que le trajera ropa y lo rescatara discretamente; estos planes le daban cierto optimismo, pero como le estaban saliendo las cosas ¿Quién sabe?

Nuestro amigo no estaba seguro si desear que amaneciera o que llegara la luz, se quedó atrincherado detrás de la puerta, de vez en cuando se asomaba a la calle, para no ver nada.

Los ronquidos burbujeantes del supuesto borracho seguían a todo vapor, por intervalos le venían arrebatos como si se ahogara con flema, él tosía, se calmaban por momentos y volvían los incómodos estertores con más intensidad;

Carlo creía que el inquilino estaba solo en esa casona y que era algún indigente sin hogar, pero empezó a escuchar a pocos metros, un niño llorando y una mujer que lo arrullaba y trataba de calmarlo; las cosas volvían a el mismo punto, intuyó que allí vivía una familia y su presencia sin ser invitado y en ropa interior a lo mejor no iba a ser grata, tenía que salir de ahí, antes que amaneciera; las opciones estaban estancadas, las circunstancias iban de mal en peor, se sentía perseguido por la fatalidad y abandonado por su suerte, pero no se rendía, se consolaba de estar vivo y sin daños físicos, solamente lo atormentaba ese problema, que de alguna manera tendría que resolver.

Aunque él no era religioso ni creía en cuentos de pajaritos, empezó a pedirle silencioso a todos los santos y a familiares muertos, -¡¡ayúdenme sáquenme de esto con bien!! -¡¡por favor, diosito!! -Yo nunca te pido nada, -¡¡¡ayudameee!!!,

La noche continuaba inmutable, todo seguía igual, el durmiente, con sus babosos ronquidos, él niño con su llanto intermitente, y Carlo, pegado de la puerta mirando hacia la nada, se mantenía alerta, porque suponía que si habían dejado la puerta

destrancada, era porque alguien que vivía allí, no había llegado y en cualquier momento lo haría.

Vio los fulgores de un vehículo que se acercaba, y pasó frente a su escondite lentamente, se fijó que era una patrulla policial y pensó y dijo para si mismo, -¡malaya! -Pelé ese boche, -si hubiera sabido, le salgo, les pido auxilio y hasta me llevan a mi casa... -Pero me hubieran preguntado: -¿Qué le pasó doctor? -¿Por qué anda así? -¿Quién le hizo eso? y yo, ¿qué les voy a decir?. -Si les cuento lo que me pasó se van a burlar de mí, y mañana lo saben hasta en caracas; -si no digo nada, van a inventar que me violaron y por eso no quiero hablar, -¡Que vaina, maldita sea mi suerte! -Pero a mí me dice, o me pregunta, un carajo que si me violaron, le meto un tiro, sea quien sea, -yo soy abogado y tengo rial; -bastantes jueces amigos míos también tengo... -¡¡que vaina, -que vaina, la que me echo esa loca!! -Dizque doctoricimo, -papi, no tengo marido... -Y yo como un pendejo siguiéndole la corriente, -mire donde he venido a parar, -y quien sabe cuánto me falta todavía; -no sé cómo va a terminar esto, -ni cuál será el alcance de las consecuencias, -¡malaya sea mil

Nahúm Fuentes M.

veces! -¡¡Que impotencia!! -Ahaa no había pensado.... -Quien sabe cómo será la cosa si el marido de esa loca encuentra mi ropa, mis zapatos, identificación, mis credenciales, -¡Dígame! Es un ¡Maldito Policía! extorsionador, un malandro...

El canto de un gallo solitario perforó la noche, le siguieron otros gallos a lo lejos y ¡Silencio! La noche siguió su rigor. Carlo estaba agotado, el estrés, tantos reveses y la vigilia, habían menguado sus capacidades; se dijo: -es tarde, todavía no amanece; -voy a desconectarme de esto un rato y pensar en otra cosa, cuando amanezca veremos... -¡Ya no aguanto! -Voy a ver cómo me acomodo para descansar un poco. -me duelen las piernas y la nuca de tanto estar parado y asomado detrás de esa puerta. Parpó una pared próxima se recostó en cuclillas, metió la cabeza entre sus rodillas y se quedó inmóvil en posición fetal.

Un fuerte olor a orina y otros desechos humanos flageló su olfato, el prefirió ignorar lo que lo rodeaba y sumirse en sus recuerdos.

En retrospectiva, lo que era él, hace apenas unas horas; sus éxitos como profesional, sus amistades, tantas mujeres en su

vida, su matrimonio, que hace tiempo terminó en divorcio... Le vino un recuerdo de su niñez, que lo marcó para toda la vida.

Cuando a él le tocó ir a la escuela, lo inscribieron sus padres en segundo grado, porque en la casa le habían enseñado a conocer los números, dibujar y escribir su nombre entre otras cosas... El primer día de clases, después de las presentaciones respectivas, la maestra les dio como tarea a sus nuevos alumnos, hacer un dibujo libre y firmarlo con su nombre. Carlo como era experto, dibujó una hermosa bandera de Venezuela, con todos sus detalles; pero a la hora de firmarlo, en vez de escribir Carlo Tablera, escribió Carlo Ta... Porque olvidó como se escribía el resto del apellido y lo dejó así; cuando la maestra revisó los dibujos, lo encontró muy bueno y merecía una felicitación; se paró frente a los alumnos y mostrando el dibujo en alto con las dos manos y dirigiendo su mirada a las filas de las hembras, graciosamente preguntó: -¿Quién es CARLOTA? Carlo se paró entusiasmado y contestó: -¡¡¡Yo maestra!!! Bueno... desde ese episodio no había un día que no peleara con algún compañero de escuela, porque le decían "Carlota" a tal punto que tuvieron que

cambiarlo a estudiar en otra escuela..

El día se aproximaba y los gallos apuraban con afán el canto, para anunciar su llegada; Carlo se mantenía indiferente en la misma posición fetal, aletargado por el cansancio y la adversidad.

El ruido del motor de una moto que se acercaba, lo puso en guardia y se asomó a la calle para observar; ya estaba aclarando, inexorablemente amanecería, tendría que afrontar de una vez su situación...

A medida que el pequeño vehículo se acercaba iba disminuyendo velocidad, él reconoció el sonido del motor que era el mismo que esa noche llevó a casa, al marido de Catalina; la moto pasó frente a él y se estacionó unos 50 metros más adelante.

El día no terminaba de aclarar, pero pudo ver que el motorizado, era un policía y que de la casa salió otro uniformado, se montó de parrillero y arrancaron. Carlo ató cabos y dijo: -¡Ahhh, estos tipos, sacan los policías presos a dormir a su casa, y lo recogen por la madrugada! -¡Que bolas! Él pensó que se había alejado más y se dio cuenta que la casa de Catalina, la tenía casi al frente; ¡Había caminado en círculos! Cuando la moto se alejó,

no lo pensó mucho y con todas las precauciones, se dirigió a la casa de Catalina, para recuperar su ropa; no tocó la puerta, sabía que no estaba trancada, la empujó y entró directo al patio, allí, encontró muy bien acomodada, su ropa y sus zapatos; todo estaba bien, rápidamente se vistió, tocó su cartera, su dinero, todo en orden; pensó llamarla, pero dijo para sí —¡Esa loca está dormida, mejor me voy! Y salió, rumbo a su casa, con los claros del día. Pero la odisea para él no termina todavía.

Cuando llegó a su casa ya los servicios de luz y agua se habían normalizado.

Hacía tiempo que no experimentaba tanta felicidad... Dejó pasar dos días sin salir de casa; se estaba recuperando del trauma que le tocó vivir, que no fue cualquier cosa; pero aunque él se había prometido que esa parte de su vida, no la sabría nadie, sintió unas ganas irrefrenables de compartir con alguien esa historia, que todavía le latía en la mente.

Lo pensó y lo pensó, hasta que llamó a un compadrito querido... -Compadre, siéntese ¡Que le voy a contar una vaina! Y empezó a narrarle el cuento, sin omitir ningún detalle; al principio

del relato, el compadre lo disfrutaba, sonreía y hacía preguntas maliciosas, pero a medida que finalizaba, el oyente empezó a esquivarle la mirada, veía los lados, al piso, a la distancia... Cuando Carlo terminó su narración, este le dice: -Compadre ¿Usted sabe dónde queda eso? -¡Claro! -¡Vamos a allá! Se subieron al carro y salieron; cuando llegaron a la casa donde Carlo, pasó la noche, estaba la puerta abierta, se asomaron y no había gente, solo escombros y un fuerte olor a desechos humanos; el abogado se paró en la acera, como orientándose, ¡No, lo podía creer, era allí, donde escuchó él, al niño llorando y al señor que roncaba! -¿Cuál es la otra casa? Preguntó el compadre... -Esa, dijo Carlo señalando vacilante la de Catalina.

Una señora mayor, que los estaba observando, los abordó y sin que le preguntaran, les dijo: -Ahí, no vive nadie, esa casa la cuido yo, para que no boten basura. -Esa está sola hace tiempo, desde que sucedió la desgracia de que un viejo loco y borracho, mató a su mujer y a un niño que estaba criando, después él se ahorco; -¡Tres muertos un solo día! Y continuó la abuela, mostrando con su índice la casa de Cata-

lina. –Esa, también la cuidó yo; -el que vivía en ella, se mató junto con un policía, en un accidente de moto; -¡dicen que sale ahí! - El era un transformista que le decían Catalina.

Mi hijo se volvió encanto

Cuando Valentina Orta, llegó a la población de Arichuna y dejó partir sin ella al bongo donde había llegado a ese pequeño poblado sembrado a orillas del río Apure, ella no imaginaba que estaba desafiando al destino y que éste vengativo e implacable, borraría la ruta natural de su vida, para desviarla y jugar con su suerte a capricho y antojo.

La mujer aparentaba casi los cuarenta años, era una mestiza de mediana estatura, buena presencia y gestos agradables y desenvueltos, lucía oro en su dentadura y elaboradas prendas del mismo metal, combinadas con piedras preciosas en sus orejas, cuello, muñecas y dedos; lo que no dejaba de llamar la atención y despertar la curiosidad de los humildes moradores, porque le daban una apariencia enigmática y respetable. Venía desde los confines del Amazonas; llevaba semanas viajando por diferentes ríos y distintas embarcaciones; su meta era llegar a San Fernando de Apure, donde suponía que había más recursos

para su condición, porque estaba embarazada y consideraba que a su edad, era peligroso dar a luz en la selva, ya que en su vida no sabía lo que era parir; era primeriza y temía que podría tener un parto difícil.

Cuando el bongo donde venía atracó en Arichuna (lugar próximo a San Fernando), para pernoctar y seguir la marcha al día siguiente, ella dio gracias a Dios, porque estaba realmente cansada, ya no se sentía las piernas de tanto estar sentada en la manga del bongo, porque no podía viajar parada ni tenía mucho espacio para moverse y temía que en cualquier momento la criatura que traía en su vientre se incomodara.

Aunque no era raro en el poblado la llegada de embarcaciones, siempre, la gente se acercaba al puerto que quedaba del lado opuesto de la calle más importante; unos iban para curiosear y otros, para ofrecer sus servicios de mover cargas, comprar y vender cosas o también, para dar o recibir alguna información.

Apenas Valentina se ubicó en la posada y después de comer, se dispuso a colgar su chinchorro en un corredor, para descansar y reponer fuerzas.

Nahúm Fuentes M.

A los pocos minutos de haber llegado, ya todos sabían quién era, de dónde venía y para dónde iba, como venía del Amazonas, a una señora se le ocurrió preguntarle:

-¿Usted que viene de tan lejos, no conocerá un remedio para un picao e'culebra?

Ella le contesta: -Bueno, yo sé algunas cosas... De dónde yo vengo, el que no conoce la naturaleza, no dura mucho, porque por ahí no hay médicos y le preguntó: -¿Tiene usted algún picao e'culebra?

La señora le explicó el caso y salieron presurosas para allá; en la casa había familiares y amigos acompañando al enfermo, todos la vieron llegar y pasar directamente a la habitación. La víctima era un hombre mayor y estaba tendido en un camastro, con fiebre altísima y una pierna inflamada hasta la entepierna, que mostraba un color morado y rojizo alrededor de una laceración que tenía en la batata de la extremidad, donde se suponía que lo había mordido la culebra.

La mujer se le acercó al enfermo, lo saludó con amabilidad, le tocó con delicadeza la pierna y le observó por un

momento y le preguntó:

-¿Usted vio la culebra que lo picó? Él, indeciso, contestó que no. Ella le pregunta: -¿Y cómo sabe que fue una culebra?

Él, le contesta: -Yo creo que fue eso lo que me pasó mientras caminaba por el monte y no me di cuenta; ella lo miró a la cara y le dijo sonriendo: -Usted no está picado e' culebra, lo que tiene es una erisipela y ya se la vamos a curar.

La señora que la trajo permanecía en el cuarto viendo y escuchando en silencio; la viajera se dirigió a ella y le dijo:

-Yo me quedo aquí haciéndole unos rezos para que se vaya aliviando; mientras, usted consigue un sapo y unas ramas de hierba mora con la que le vamos a trabajar eso hoy mismo; mañana debe amanecer mejor, si Dios quiere, la señora le preguntó incrédula.

-¿Usted dice un sapo?

- Si, un sapo.

Ella le dijo: -Bueno...si es para curar a mi papá, lo que pida... Y salió de la habitación, llamó a un pescador amigo de confianza que se encontraba cerca, para hacerle el encargo.

Al poco tiempo llegó el hombre con el sapo y las ramas de la planta, mostrándose muy diligente, ofreciéndose como ayudante, porque notó que su amiga sentía cierta aversión por el sapo y estaba insegura si tenía que manipular al simpático animalito; le aplicaron el remedio con unos rezos y el paciente se quedó dormido. Cenobio, que así se llamaba el voluntario ayudante, la acompañó al hospedaje porque ya estaba entrada la noche.

Ese otro día el bongo con los marineros de palanca y canaleta descansados, se disponía a salir con los primeros claros del día para seguir su viaje remontando el río Apure (50 kilómetros) hasta San Fernando, pero Valentina estaba retrasada, le mandaron a decir que no la podían esperar más, que si no llegaba rápido la dejarían.

Cuando el mensajero llegó al alojamiento para darle el recado, se encontró que los familiares del enfermo la tenían rodeada y no la dejaban salir, rogándole que no se fuera y ofreciéndole de todo para que se quedara unos días más, al menos hasta que él se recuperara, ella accedió, con la condición que

después le facilitarían los medios para completar su periplo; llegaron a un acuerdo y salió para el río a dar una explicación y despedirse de sus compañeros de viaje.

El bongo partió y ella se quedó parada en el barranco diciéndoles adiós con las manos hasta que se perdieron en la distancia.

Pasaron unas semanas y ya don José España, que así resultó llamarse el de la erisipela, estaba completamente curado de la infección y se pavoneaba por la orilla del río conversando y haciendo negocios. Valentina por su parte tuvo que atender otros enfermos que requerían de su ayuda, pero se preparaba para continuar su itinerario a San Fernando.

El improvisado puerto fluvial del pueblito era el atractivo principal de sus habitantes. Ahí siempre había movimiento y se veían y escuchaban cosas nuevas. Cuando se aproximaban embarcaciones de cierta importancia, algunas se anunciaban con un toque de cacho; esto consistía en el toque de un enorme cuerno de res acondicionado, para que al soplarlo emitiera un sonido característico que se oía a la distancia; también podría

Nahúm Fuentes M.

ser un toque de guarura, que producía el mismo efecto pero con menos intensidad; la gente al escucharlo se apresuraba en asomarse al río para estar presente de la llegada, porque no dejaba de ser un interesante evento.

Valentina, por muy ocupada que estuviera, no se perdía el arribo de una embarcación que viniera remontando el río, porque ella suponía que podía venir de Guayana o del Amazonas, abrigando la esperanza de encontrarse con algún familiar o conocido.

En la mañana de un veintidós de agosto, la brisa trajo el sonido de un toque de cacho, todos sabían que se aproximaba una visita importante para el pueblo y se prepararon para recibirla. Valentina, estaba en primera fila, cuando llegó el rudimentario transporte; los viajeros se movían y se reacomodaban, mientras otros se bajaban para estirar las piernas. Entre los que bajaron estaba una dulce y agradable anciana, de rasgos españoles, de blanquísimos cabellos, delgada, de alta estatura, y su dorada piel cubierta de pecas; cuando Valentina la vio, sintió un extraño impacto emocional y no dejaba de observarla mien-

tras la peculiar anciana socializaba con los presentes; la mente y cuerpo de Valentina, se estremecían; la invadía un deseo irresistible de tocar sus cabellos y contarle las pecas una por una, pero no se atrevió a manifestarle lo que sentía.

La abuelita sintió su mirada y la saludó con un amable gesto; como el bongo había hecho su parada para dejar unos pasajeros, se dispuso a seguir la ruta llevándose en su barriga a los demás viajeros y también a la singular anciana.

Para los pobladores eso era rutinario, pero no para Valentina, que estaba impactada y se recriminaba haber dejado ir a la abuela sin decirle nada; se sintió tan mal que no sabía qué hacer. Por estar de paso no tenía amistades con quien comentar lo que le sucedía; se acordó de la hija del “mordido de culebra” y fue a buscarla para hablar con ella, a ver si conocía a la viejecita del bongo, que tanto la había impresionado, ésta le dijo sonriendo: -Esa se llama Jacobina Fuentes, viene de las minas de oro y diamantes de Guayana; siempre pasa por aquí y a veces se queda unos días; aquí todos la conocemos y la queremos, es amiga de este pueblo.

Valentina le dijo: -Desde que la vi, me deslumbró y cuando se fue me sentí extraña y el muchacho empezó a moverse en la barriga.

Ella le dijo: -Yo no entiendo mucho de lo que me está hablando, pero aquí hay una partera muy buena... Vamos para allá a ver qué le dice después de contarle lo del misterioso encuentro. La experimentada partera le estuvo tocando la barriga y le dice: -La criatura está inquieta, tenga cuidado no la vaya a perder, le faltan menos de tres meses para nacer; por lo que usted me cuenta, eso puede ser un caso de “antojo no satisfecho”, A veces pasan cosas raras como esa... Pero no se preocupe tanto que le hace mal, eso lo vamos a resolver, y le advirtió: -No puede viajar así en canoa ni en bestia; si no quiere perder su cría tendrá que parir aquí, cuídese mucho que todo va a salir bien con el favor de Dios.

Don José España, el supuesto “picao’ de culebra” que estaba esperando una oportunidad para mostrarle su agradecimiento, al enterarse del caso, lo tomó muy en serio y se empeñó en proporcionarle una casa con todas las comodidades posi-

bles, para que su sanadora convaleciera y tuviera un parto feliz. La recién llegada se hizo notoria por su exagerado gusto por el oro y por haberle salvado la vida a don José España y otras personas más que habían acudido a ella con graves problemas de salud, por eso cuando se corrió la voz con todos los detalles, del “extraño antojo” todos sabían de quién se trataba.

La mujer tomó relevancia en la aldea; no tanto por las prendas que ostentaba ni por haber curado una erisipela y algún mal de ojo, sino, por su particular “antojo” y las consecuencias que podría sufrir por no haberlo saciado.

Los entendidos aseguraban que si no abortaba, la bebecita iba a salir igualita a la vieja Jacobina; si era hembra, y si era varón igual de pecoso, como si fueran hijo o hija de la anciana.

Cuando se acercaba el parto, el tema se fue calentando al punto que hicieron apuestas: unos apostaban que se iba a cumplir el antojo, otros que no. Así mantuvieron el debate y la porfía. Los apostadores estaban ansiosos que esa mujer pariera rápido, para ver quienes ganaban y quienes perdían; y los que no apostaron estaban deseosos, para ver qué tan cierto era lo

que predecía la partera; y en todo caso, que sus allegados ganaran para ellos participar en la celebración, había unos que decían: -A mí me da igual quien gane, porque dónde estén festejando, allá les llevo y tienen que brindarme.

Los pobladores estaban pendientes de ese alumbramiento y como toda fecha vence. Justamente, un cuatro de diciembre día de Santa Bárbara, la patrona de Arichuna, en plena celebración de las fiestas patronales, el pueblo estaba alegremente alborotado, pero muy pendientes del parto de la supuesta antojada; vieron a Cenobio el ayudante de la embarazada, que salió presuroso de la casa y le preguntaron para dónde iba, él les respondió que iba a buscar a la partera y sin dar explicación siguió su camino. Cuando regresó con la comadrona, ya la gente se estaba reuniendo frente a la casa de la gestante para esperar el resultado; había muchas personas en el pueblo por motivo de las fiestas patronales, algunos veían la muchedumbre y se acercaban para enterarse de qué se trataba y terminaban quedándose junto al grupo por simple curiosidad.

Los curiosos seguían llegando y también guaraperos y vende-

dores de todas clase. Las horas eran tensas... Cuando se abrió la puerta de la casa, que salió Cenobio, lo abordaron desesperados para preguntarle qué estaba pasando adentro, él les dijo que las mujeres estaban en el cuarto y a él lo había mandado la partera a hacer una diligencia.

Las horas pasaban y la gente aglomerándose frente a la casa; el cuarto de la parturienta tenía una ventana hacia la calle, pero estaba bien tapada con gruesas sabanas, los más impacientes pegaban la oreja a la ventana tratando de oír algo; tuvo la autoridad que intervenir retirándolos a una distancia prudente.

El tiempo transcurría, pero de ahí, nadie se movía, a cada minuto que pasaba estaba más cerca el desenlace; como sabían que no había vuelta atrás, tenían que permanecer hasta el final, porque el parto era inminente; entonces, mientras esperaban, inventaron casar otra apuesta: si era varón o hembra; unos apostaron que era varón y otros que sería hembra; también acordaron que si la criatura nacía blanca y pecosa; si era varón, lo llamarían Jacobino y si era hembra, Jacobina, indistintamente del nombre que le pusiera la madre, todos estuvieron de acuerdo.

Los últimos que apostaron no tuvieron que esperar mucho, porque a los pocos minutos escucharon el llanto del recién nacido. Hubo un desborde de alegría entre los presentes; alzaban los brazos, se abrazaban y soltaban gritos de júbilo frotándose las manos como si estuvieran en una gallera, diciendo: -¡Ya nació, ya nació!

Todos se sentían ganadores, hasta que se dieron cuenta que faltaba saber cómo era la tez y el sexo del recién nacido.

En la casa había varias mujeres voluntarias que estaban ayudando en el trabajo del parto, pero ninguna se asomaba a la calle para informar. Cenobio salió al portón y la gente se apiñó a su alrededor para preguntarle. Él, que era tímido y de poco hablar les dijo: -En el cuarto las que hay son puras mujeres y salen y entran apuradas, a mí me da pena preguntarles, pero me parece que es un varón, no estoy seguro...

Más tarde se aclararon todas las dudas y las apuestas se pagaron, los que apostaron que era varón ganaron y también los que decían que nacería pecoso como doña Jacobina; como eran dos apuestas diferentes, se dio la coincidencia que los que

perdieron en una, ganaron en la otra y nadie se sintió perdedor. Como todos de alguna manera ganaron salieron alegres a celebrar y a comentar el extraño caso.

Una cosa llevó a la otra y el nacimiento de Jacobino, fue el episodio más celebrado en la memoria de aquel pueblo y como ocurrió en el mes de diciembre, la parranda duró hasta después de Pascuas.

Valentina no veía el día para continuar su viaje y poco a poco se iba acostumbrando a la cotidianidad de aquel acogedor lugar y le dio largas al asunto, terminó llevando vida marital con Cenobio, su voluntario ayudante, borrando así las dudas sobre la sexualidad de su concubino, porque era nativo del lugar, tenía más de cuarenta años y no le habían conocido novia, mucho menos mujer.

Desde que nació Jacobino, el pequeño pueblo hizo gala de la solidaridad, sin tener en cuenta que Cenobio era un eficiente proveedor. Los vecinos velaban porque no les faltara nada, de alguna manera sentían la obligación de cuidar a Jacobino y se sentían felices de hacerlo.

Cuando mataban ganado, de la primera casa que se acordaban para mandarle carne, era la de Valentina, los campesinos le traían regalos de sus mejores cosechas que ella recibía con agrado, porque asumía que eran agradecidos por sus curaciones de las cuales no cobraba, pero en realidad eran ofrendas. En ese sentido, en su casa nunca faltaba la gente: unos voluntarios para ayudar y otros buscando sanación de todo tipo; algunos se iban decepcionados, porque ella les dejaba claro que no practicaba brujería ni nada parecido a eso; tampoco era muy afecta a la religión y hacia caso omiso a los compromisos que deben cumplir todos los creyentes; no iba a misa ni había bautizado a su hijo, a pesar de la insistencia de los vecinos para que lo hiciera.

Todos los años en tiempo de fiestas patronales y Semana Santa, se presentaba la oportunidad de cumplir con ese sagrado sacramento, porque contaban con la presencia del cura, pero ella siempre buscaba algún pretexto para no hacerlo.

Mientras tanto, Jacobino iba creciendo bajo el cuidado de su madre y la mirada amorosa y protectora de toda la comu-

nidad, cada uno lo veía como propio, como su hijo, como hijo del pueblo y los crédulos más entusiastas decían que era un regalo de Santa Bárbara, y a la vez un milagro; no solo por su historia, sino también por su inteligencia y soltura; apenas tenía tres años y ya conocía y saludaba por su nombre a todos los habitantes del pueblo quienes nunca habían visto nada parecido.

El tiempo galopaba y el niño estaba próximo a cumplir los cuatro años sin recibir el santo sacramento, Valentina estaba preocupada porque la estaban presionando y ya no tenía excusas y los vecinos habían amenazado con llevarle el cura a la casa para que la convenciera de presentar el niño a la virgen y bautizarlo. Su relación sentimental con Cenobio, había terminado en buenos términos y a través de él recurrió a su protector don José España para que le cumpliera lo prometido tres años antes, se trataba de ponerla en San Fernando cuando ella quisiera.

Don José España, estuvo de acuerdo, pero advirtió que tenían que ser cautelosos para que el pueblo no se alarmara; no tanto por ella, sino, por el niño.

En la madrugada, con los cantos de gallo de un domingo

Nahúm Fuentes M.

22 de agosto, tal como lo habían acordado, don José España cargándole una maleta acompañó sigilosamente a Valentina Orta y su hijo en brazos hasta el río, donde la esperaba una canoa ligera, tripulada por dos palanqueros y un patrón, dispuestos a remontar el río Apure hasta San Fernando. La gélida brisa mañanera acariciaba la espalda de los dos valiosos pasajeros, el río como un gigantesco monstruo adormecido soportaba sumiso el chapoteo de las palancas que deslizaban la piragua río arriba sobre su ancho lomo; el movimiento de las palancas les iba rindiendo el viaje y cuando empezó a calentarse el Sol, ya estaban lejos de Arichuna.

Mientras avanzaban, la madre y su hijo, inocentes de la aterradora trampa que el destino les tenía preparada más adelante, se distraían viendo las canoas que navegaban en sentido contrario y los tapones de bora en su lento andar aguas abajo rumbo al mar, también veían los caimanes y otros habitantes costaneros; también se divertían con los aspavientos de las chenchenas y otras aves ribereñas revoloteando sobre los árboles, anunciando su presencia.

Llegando a un lugar llamado, “La Yegüera”, la cresta del río empezaba a empinarse y medianas olas se estrellaban contra la borda de la canoa, las toninas juguetonas escoltaban graciosas la embarcación y al pequeño Jacobino le hacían gracias sus piruetas acuáticas. Los experimentados canoeros vieron recelosos la empatía de las traicioneras toninas con el niño; ellos le iban alertar a la madre del peligro que eso significaba, pero prefirieron no alarmarla y guardar silencio mientras maniobraban y seguían avanzando.

No era la primera vez que transitaban ese trayecto, y lo conocían muy bien, pero de pronto el viento empezó a soplar más fuerte, levantando las olas peligrosamente y decidieron cruzar hacia la otra banda del río, para evitar ser absorbidos más adelante por un gran remolino que giraba vertiginoso y atraía todo hacia su centro con gran fuerza, creando un enorme embudo que engullía lo que atrapaba y lo empujaba al fondo del río, pero ya era muy tarde; apenas se alejaron de la seguridad de la orilla, un brisote los sorprendió y los empujaba directo hacia el remolino; los veteranos canoeros se afanaban maniobrando

la frágil embarcación en las embravecidas aguas, pero era muy poco lo que podían hacer. Santa Bárbara, la protectora de los navegantes, se sentía despreciada y decidió no acompañarlos en aquella aventura.

El pequeño Jacobino viendo el terror en el rostro de los mayores, se asustó y comenzó a llorar; los tripulantes le pedían con extrema angustia a la madre que lo callara, porque las toninas se iban a alborotar y podían voltear la canoa, el ataque de los delfines de río no tardó y se abalanzaron contra ella; mientras los tripulantes, con las palancas trataban de alejar a los insistentes animales, pero no había nada que hacer todo estaba en contra de ellos. Valentina alcanzó a quitarse las alpargatas y abrazar a su hijo mientras la canoa se trambucaba.

Unos pescadores que venían agua abajo, vieron el naufragio y se apuraron a prestarles ayuda, Valentina nadaba hacia la orilla con su bebe pegado contra su pecho, quien se agarraba firmemente de su cuello; el niño aterrorizado lloraba a todo pulmón, pero no se soltaba de su madre; pero de súbito, fueron atacados por las toninas. Los delfines intentaban hacer que ella

soltara al niño, la golpeaban por todas partes con sus hocicos y sus colas, así le trastornaron el nado y en un ataque coordinado, mientras una la distraía, la otra se metió entre ella y el niño logrando que lo soltara y utilizando las aletas como brazo se lo llevaban hacia el remolino y la madre desesperada vio a su hijo que pidiéndole ayuda le estiraba en vano los bracitos hasta que su llanto se apagó en las profundidades; ella intentó seguir las para recuperar a su hijo pero un grupo de toninas se lo impidió empujándola hacia la orilla. Valentina, no estaba dispuesta a dejarle su bebé a esos monstruos, pero estaba muy cansada de luchar por su vida y la de su hijo.

Contra su voluntad, los pescadores la subieron a una canoa junto a los demás náufragos y sus pertenencias; pero no así, al niño que seguía desaparecido pese a los titánicos esfuerzos de los inesperados rescatistas por encontrarlo.

Las embarcaciones que pasaban por el lugar del suceso se detenían y se ofrecían para ayudar, pero ya no había nada que pudieran hacer.

La estremecedora noticia de la tragedia y la desaparición

ción de Jacobino, llegaron a Arichuna en horas de la tarde del mismo día y cayó en sus habitantes como una centella; la sorpresa y el desconcierto fueron unánimes, porque nadie imaginaba que Valentina, había abandonado el poblado en secreto, llevándose a su hijo. Los angustiados y confundidos moradores, no se explicaban lo que había pasado ni por qué; de esa manera, ellos se sentían conectados afectiva y espiritualmente a ese niño, porque veían en él una promesa, por eso lo admiraban y protegían.

Por lo que contaron ya no había esperanzas de que Jacobino estuviera vivo, las mujeres y los hombres se miraban llorosos y desconsolados, viendo incrédulos hacia el río sin encontrar sosiego, pero no había tiempo para lágrimas y tristezas. Según los cálculos que hicieron de la hora del incidente, ya su pequeño cuerpo arrastrado por la corriente, debería estar cerca del pueblo. Rápidamente se organizaron y emprendieron su búsqueda, confiados que el río lo llevaría hacia ellos. Todos se activaron e hicieron equipos. Los pescadores tendieron sus redes, los que tenían canoas remontaron el río tratando de ver algo a través de las revueltas aguas.

Todos colaboraban de alguna forma; de todas partes llegaban canoas a ofrecer su ayuda, unas venían buscando desde el lugar del naufragio, pero no traían ninguna información útil y como siempre ocurre, cuando no hay noticias, la gente las inventa; se corrió la voz que habían encontrado el cuerpo de Jacobino, que estaba intacto y lo traían para Arichuna a velarlo. Los habitantes de los vecindarios cercanos llegaban como enjambres, embarcados, a caballo o por cualquier medio, para estar presentes en el velorio.

Cayó la noche y cesó la búsqueda, pero dejaron las redes instaladas en el río colando el ancho caudal. Era de noche y seguía llegando gente... la orilla del río estaba repleta; la tristeza y el llanto desfiguraban a los afligidos rostros; el cura que siempre los visitaba no estaba en el pueblo en ese momento, entonces, los angustiados fieles desesperados y confundidos, sin saber qué hacer, se acordaron de la virgen y fueron a la pequeña iglesia a pedirle por Jacobino, pero como la gente era mucha y todos querían entrar al sagrado recinto, como eran muchos no cabían y optaron por sacar la imagen de la Patrona y la colocaron en

la orilla del río para que se despidiera de su supuesto hijo y los ayudara a ellos, dándoles fortaleza, calma y resignación.

En esa época se usaba mucho el plato de peltre para servir la comida. Como era liviano y flotaba muy bien en el agua, por primera vez en ese poblado hicieron algo así: trajeron cantidades de platos y otros objetos que pudieran sostener una vela en el agua, fijaban las velas en el centro de los platos y objetos, las encendían y las iban colocando alrededor de la imagen de la virgen; cuando terminaron de prenderlas todas, elevaron plegarias y desde la popa del bongo más grande, soltaron al río los objetos con las velas encendidas que se los llevara la corriente y le alumbraran el camino al pequeño y querido angelito. Era un espectáculo digno de recordar: ver aquella procesión de luces que hacían contraste con la oscuridad, reflejándose en el agua y contorsionándose con la corriente como una gran serpiente de fuego. Las estuvieron viendo hasta que se las tragó la noche en la lejanía. Pretendían permanecer en el velorio simbólico toda la noche, pero era el mes de agosto y el cielo empezó a encapotarse anunciando lluvia y tuvieron que devolver la virgen a su lugar y retirarse a sus casas.

Mientras en “La Yegüera” se hizo de noche y los vecinos y voluntarios seguían en la orilla del río sujetando y tratando de consolar a la agobiada madre, que insistía en que su hijo estaba vivo, secuestrado por los *encantos* y les rogaba con vehemencia que se lo devolvieran.

Para esa época del año en Apure los ríos se desborдан por todas partes, pero justamente en la costa frente al lugar del siniestro había una lomita, donde estaba una casa en ruinas que la abandonaron porque el río amenazaba con tragársela y los vecinos del lugar y los voluntarios que estaban auxiliando a Valentina, la convencieron de refugiarse en ella para protegerse provisionalmente de los elementos naturales.

Pasaron los días y ella no quiso salir más de la malograda casa sin su hijo. Cenobio, que estaba pendiente de ella siempre la acompañaba, pero tenía que salir a trabajar y quedaba sola por semanas, don José España, que se había convertido en su protector, en vista de la determinación de la desconsolada madre de quedarse en el lugar cerca de su hijo, hizo los arreglos pertinentes para que ella estuviera cómoda en la improvisada

vivienda, mientras el tiempo resolvía la lastimosa situación.

Ella sabía que las toninas tenían que ver con el secuestro de Jacobino y viéndolas desde su casa como retozaban en el remolino que se tragó a su hijo, dijo para sí: -¡Malditas toninas! Cuando venga Cenobio le voy a decir que las cace una a una y yo me voy a dar un gusto sacándoles las tripas.

La desgracia de Valentina fue un suceso conocido en todo el Bajo Apure y más allá, no había quien transitará por esa parte del río que no conociera su historia, algunos al pasar navegando por el lugar, la buscaban con la vista para hacerle señales de saludo y respeto; otros la visitaban y le dejaban regalos y provisiones, entre ellos los pescadores amigos de Cenobio. Pero no todos tenían buenas intenciones, su desmedido gusto por lucir sus prendas había despertado la codicia de dos malhechores que una noche le llegaron por el río, sorprendiéndola por asalto: la obligaron a que les entregara las prendas y todo lo de valor que tenía. Se disponían a sacarle los dientes de oro con un alicate, pero la mujer a pesar de estar sometida batallaba y gritaba mientras ellos intentaban abrirla la boca; de repente, e ambiente

se llenó de un fuerte olor a pescado y desde la oscuridad se oyó un misterioso y escalofriante chillido que perforaba los tímpanos, los malhechores huyeron despavoridos por donde mismo llegaron, dejándola tirada en el suelo lamentándose del maltrato que había sido objeto; habían pasado pocos minutos cuando sintió que alguien había llegado y en tono discreto anunciaba su presencia, ella salió machete en mano y preguntó:

-¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

El visitante le contestó: -Soy un amigo, vine a devolverle lo que le robaron y le entregó una bolsa con todas sus pertenencias y le dijo: -Los que le hicieron eso ya pagaron, ellos no van a volver porque se los comieron los caribes, ella entró al rancho a buscar una lámpara para verle la cara al desconocido, pero cuando salió ya él se había ido.

Por esos días recibió una carta que le envió Jacobina Fuentes, la misma anciana que vio en el río aquel fatídico día, que fue cuando empezaron sus problemas: en la misiva le decía entre otras cosas, que conocía toda la historia de ella y su hijo, que ella tenía un plan para rescatarlo, que se trasladara con

urgencia a San Fernando, donde la estaba esperando para darle detalles del asunto. Ese otro día las místicas mujeres se entrevistaron en el lugar acordado, la anciana le dijo: -Lamento desde lo más profundo de mi corazón, ser parte de esta penosa trama, pero lo vamos a remediar con inteligencia y malicia; yo conozco a los *encantos*, porque anduve con ellos y se cómo piensan y actúan, soy amiga de los *Encantos del Orinoco* y desde que supe lo que les pasó estoy trabajando a favor de ustedes y voy a llegar hasta el final y agregó: -Soy una mujer de lucha y no me rindo tan fácilmente; en eso nos parecemos.

Los *Encantos del Orinoco* no quieren a los éstos, porque son crueles y malvados; ellos me dieron las claves para lograr el objetivo que queremos, que es recuperar al niño sano y salvo, pero tienes que confiar en mí y seguir las instrucciones al pie de la letra: “para vencer a tu enemigo, primero tienes que conocerlo”. Y le explicó: -Los *Encantos* son seres mágicos, humanoides y multiformes, (pueden tomar cualquier forma), viven en su inframundo debajo del agua, todos dominan la magia, pero tienen un brujo mayor que los gobierna a todos; ellos pueden transformarse en

personas, animales, objetos, en cualquier cosa, y hasta pueden volverse invisibles; esto los hace muy peligrosos, porque uno no sabe dónde pueden estar, si están escuchando una conversación o nos están vigilando y no los vemos; pero cuando están cerca, el olor a pescado los delata, -tienes que ser muy astuta y cautelosa.

Prosiguió la mujer: -Pero también tienen sus debilidades y eso es lo que tenemos que aprovechar.

Empezó a decirle: -Ellos no pueden estar mucho tiempo fuera del agua ni alejarse mucho de donde viven, menos cuando el sol está caliente, también le temen al fuego, al humo, a la sal, al tabaco y a los símbolos sagrados; también son encantadores cuando toman forma humana, por eso los llaman Encantos, si se enamoran, pierden la maldad y se vuelven torpes y sumisos, lo mismo pasa cuando beben aguardiente, por el que tienen un apetito voraz y hacen lo que sea para satisfacerlo.

Las mujeres se hicieron amigas, trazaron el plan para la conspiración y Valentina, regresó a casa llena de esperanzas, armada con crucifijos, agua bendita y una provisión de tabaco, sal y aguardiente.

En la paz de su casa, la mulata empezó a reflexionar sobre la conversación con la vieja Jacobina y a reconstruir los hechos de la noche del asalto y recordó el olor a pescado que invadió el ambiente antes de oírse el aterrador chillido; también relacionó que cuando salió con la lámpara, su defensor ya no estaba y le pareció extraño la pronta recuperación de sus prendas y empezó a hacerse muchas preguntas que solo le daban una conclusión; su protector era un *Encanto*, pero ya ella sabía lo que tenía que hacer.

Una mañana terminaba de levantarse, cuando la visitaron dos perros de agua, uno adulto y otro pequeño, el adulto se quedó en la puerta del rancho observando al pequeño que entró, recorrió la casa moviendo la colita, curioseando y terminó echándose graciosamente a los pies de Valentina, quien se mostraba sonriente y atenta; ella con precaución y ternura le acarició la cabeza y el animalito complacido se volteó para que le rascara la barriga; estas visitas se hicieron frecuentes de la misma manera, por su parte, su amigo defensor también la visitaba, pero de noche; la astuta mulata compartía con él una copa de

aguardiente, cuando llegaba y otra para la despedida; no le daba más licor ni que le rogara, a menos que fuera necesario.

Una noche, cuando ella lo creyó oportuno, se tomaron unas copas demás, él soltó la lengua y le contó entre otras cosas que él era un *Encanto* y se llamaba Bag, que era el cuidador de su hijo y que estaba perdidamente enamorado de ella; la mujer fingió sorpresa de lo que oía, porque ella ya lo sabía y le prometió corresponderle a su amor complacida si la dejaba ver a su hijo.

Bag le contestó con una pregunta.

-¿Qué más quieres ver a tu hijo, si lo ves casi todos los días?

Ella le respondió: -Si lo veo pero como un perro de agua; no como un niño, y le suplicó amorosamente. Tienes que ayudarme.

Bag, no prometió nada y se marchó taciturno.

Dos días después apareció Bag con renovados impulsos amorosos; corría el mes de febrero y su pretendida novia ofreciéndole un trago de licor le recordó que se acercaba el día de San Valentín, que ella se llamaba Valentina y además, era el día de los enamorados, le dijo que quería un regalo especial que

Nahúm Fuentes M.

era ver a su hijo ese día y le garantizó que de ahí en adelante correspondería gustosa a todas sus proposiciones amorosas.

Pudo más la lujuria que la prudencia y en la mañana del catorce de febrero, estaba Valentina, esperando su ansiado regalo, que era Jacobino... cuando lo vio venir hacia ella, con su inocente sonrisa y los brazos extendidos, vestido de la misma manera de cuando salieron de Arichuna, aquella madrugada de agosto.

-¡¡¡Mami, mami, aquí estoy mami!!! Ay hijo volviste, bendito sea el Señor.

La madre llorando de alegría lo acariciaba con delicada y ternura, hasta que sació sus emociones reprimidas por tanto tiempo.

Entonces mirando a Bag, quien veía la escena complacido le dijo: -Gracias, gracias mi amor, mil gracias por darme este gran momento en mi vida.

Entró a la cocina y salió con una botella de aguardiente y dos vasos de vidrio, la colocó sobre la mesa y dijo: -Esto hay que celebrarlo por lo alto, menos mal que tenemos bastante aguardiente.

Sirvió los dos vasos casi llenos, le dio uno a Bag y brindaron por el amor, por Jacobino y por su día. Bag que estaba ávido de tomar algo, se bebió su parte de una vez, ella tomó un poquito y le dijo: -El mío me lo voy tomando poco a poco, tengo que cocinar, tú mismo, sírvete el que quieras que hay bastante y salió para la cocina con el vaso en la mano.

Bag que estaba entusiasmado, se tomó el resto de la botella, Valentina, le trajo otra, de la cual volvieron a brindar; Ella pensó que al paso que iba Bag, pronto se quedaría dormido, pero eso no sucedía y a la mulata le preocupaba porque estaba sentado estratégicamente en la única puerta que tenía el rancho y Jacobino no se alejaba mucho de él, pero ella tenía un plan B, con anterioridad había abierto un boquete en la pared de la cocina que daba al patio trasero para un escape rápido y lo mantenía muy bien disimulado.

Valentina ya se estaba poniendo ansiosa, entraba y salía de la cocina, Bag, ya estaba borracho pero con los ojos abiertos en una pose inexpresiva y en una salida de la cocina para ver si Bag, se había dormido, vio atónita como éste perdía la forma

humana para convertirse en un repulsivo humanoide de baja estatura y rasgos reptilianos, de piel grisácea y viscosa, con los dedos de pies y manos unidos por una membrana como las patas de un pato, que terminaban en gurbias y filosas uñas.

Como el *Encanto* estaba en trance y aletargado por el alcohol, no se dio cuenta cuando su prometida luchaba con Jacobino, quien se rehusaba alejarse de él. Finalmente logró sacarlo por el portillo de escape y a pesar de la resistencia del niño, llegó hasta donde los esperaba un jinete con otro caballo ensillado; el plan se iba desarrollando como se había programado, pero se presentó un imprevisto; los caballos cuando vieron a Jacobino, se espantaron asustados y de no ser por la pericia del llanero hubieran escapado.

Los minutos pasaban azarosos y la madre le colocó un crucifijo al niño y lo roció con agua bendita, cuando el hombre al fin pudo calmar las bestias y estaban listos para partir, el niño tenía miedo de acercarse a los animales y mucho más montarlos.

Los momentos eran tensos y azarosos y el nerviosismo empezaba a sentirse, el jinete tomó la iniciativa y le dijo a Valen-

tina, que se montara en el caballo, que él se encargaba del niño; el muchachito aprovechó la distracción para regresarse en veloz carrera hacia el río, pero el llanero lo alcanzó con el caballo y con un hábil giro, lo agarró por la blusa y a pesar de los gritos del niño lo montó en la silla.

Superado este incidente partieron a todo galope por la llanura, dejando atrás una historia y una nube de polvo que marcaría su camino hacia la libertad. En poco tiempo llegaron a San Fernando y se fueron directo a la iglesia, donde los esperaba la vieja Jacobina y el cura para exorcizar a Jacobino y librarlo para siempre del hechizo de los *Encantos*.

En “La Yegüera”, a los pocos minutos de la fuga, la casa que dejó Valentina, se la llevó el barranco y se diluyó en las revueltas aguas. Bag, el encargado de cuidar al niño, tenía problemas. Por faltar a su deber, lo despojaron de su magia, lo expulsaron del Clan y lo convirtieron en sapo, condenándolo a vivir en el barranco, justo donde estaba el rancho de Valentina, en una cueva encantada.

Nahúm Fuentes M.

Mucho se habló de esa historia. Y los canoeros contaban que al pasar frente al sitio veían a un enorme sapo del tamaño de un chigüire, sentado frente a una cueva en la parte baja del barranco, que cuando se le acercaban para verlo mejor desaparecían el sapo y la cueva; desde esos tiempos hasta la fecha, ese lugar sigue llamándose “La Cueva del Sapo”...

Conversando con el abuelo

Aquella tarde transcurría calmada y sin prisa en la finca “La Orejana”, de la familia Serrano Pardo, situada en el corazón del Bajo Apure; don Gregorio Serrano su dueño, ya pisando los noventa años de edad, se mantenía aún física y mentalmente en perfectas condiciones (según su propio criterio); sentado en su campechana que tenía colgada de manera estratégica en uno de los amplios corredores de la casa principal, desde ahí dominaba a su antojo el patio, los corrales y más allá los verdes y bien cuidados pastizales.

Él era un anciano de buen carácter, muy fácil de abordar y sostener una conversación interesante de cualquier tema, autodidacta y ávido lector, también era aplicado en observar las personas, para buscar un sobrenombre que le quedara bueno, siempre tenía una anécdota para contar aunque fuera repetida. Se balanceaba en su campechana acariciando un mandador que nunca le faltaba, se mecía

y se mecía, mientras se divertía observando a Vicente, su nieto todavía adolescente, que vivía en la ciudad y había ido para allá a pasar sus vacaciones con los abuelos.

El joven ya había hecho todo lo que quería hacer en la finca, montó a caballo, en burro, fue a pescar, revisó los nidos de pájaros, registró la casa sin saber qué buscaba, le hizo mil preguntas a la abuela, bebió leche en el corral, molestó a los becerros etc. Ahora con una rama en la mano se dedicaba a perseguir a los pavos y a las gallinas alrededor de la casa, el abuelo lo veía y sonreía malicioso, él sabía lo que le pasaba al muchacho, porque la mamá les había contado que lo llevaba para allá para alejarlo un tiempo de la computadora y el celular, de los cuales se estaba volviendo adicto.

Últimamente no quería comer ni hacer las tareas, pegado a esos aparatos y ahora está fastidiado porque en la zona donde él se encuentra, no llega la tecnología.

Después que el jovencito se cansó de corretear las aves, se acercó al amable anciano y acomodándose en una silla le pregunta: -¿Qué hace abuelo?



-Aquí esperando que sea más tarde para ver cuando llegue el ganado.

-Ah ¿Podemos conversar un rato?

-Como noo... hijo ya estamos hablando.

Le dice el viejo y le pregunta: -¿De qué quieres hablar?

Al jovencito lo que se le ocurrió fue preguntarle:

-¿Cuántos años tiene usted abuelo?

Él le responde.

-Ayúdame tú a sacar la cuenta, yo nací en el año 1931, en el mes de mayo; el día del mes no estoy muy preciso

Nahúm Fuentes M.

porque a mí me presentaron después de grande; mi mamá no se acordaba bien de la fecha y dijo que era un tres de mayo, día de la cruz y así se quedó.

-Bueno bachiller, ya le di los datos, dígame usted ahora.

-¿Cuántos años tengo?

El muchacho sacó el teléfono del bolsillo, activó la calculadora y le dice: –Naguará abuelo ¡¡¡Ochenta y nueve años!!! Y ¿Cuántos tiene mi abuela?

– Ella es un año y unos meses menor que yo; si yo tengo ochenta y nueve, ella debe tener ochenta y ocho más o menos.

-Abuelo... -¿Ud. No recuerda de cuando estaba muchacho?

Preguntó el jovencito.

–Claro hijo, yo me acuerdo de todo, desde mi niñez.

Contestó el anciano y continuó diciendo.

-La vida para mí no ha sido tan difícil, si la comparo con la de mis hermanos; éramos ocho, entre varones y hembras y aunque algunos de ellos lograron cosas mejores que

yo, pero para ellos fue difícil, porque mi papá era muy severo con nosotros los varones; él, con las hembras no se metía. Yo era de los menores y las responsabilidades recaían sobre mis hermanos mayores; mi mamá era tierna y cariñosa, pero le tenía miedo a mi papá y no nos defendía de sus excesos; lo que ella hacía después que nos castigaban, era consolarlos y aconsejarnos para que no nos pasara otra vez.

- Mi papá tenía un compadre muy consentido, eran como hermanos, llamado Luciano Luna; no sé a cuál de nosotros bautizó o le puso el agua, porque todos le decíamos padrino y le pedíamos la bendición, a él y a la esposa, doña Rosalía, a quien también le decíamos madrina. De lo que si estoy seguro es que mi padre no le bautizó hijo a ellos, porque mi familia era pobre; mi papá era un pequeño criador de vacas y amansador de caballos y ellos eran ricos, dueños de hato.

-La casa de nosotros y la de mi padrino, quedaban cerca, te digo cerca, no creas que es que se veía una casa desde la otra; en el llano las distancias se minimizan, cerca

es más o menos una hora a caballo y a pie imagínate.

-¡¡¡Naguará, abuelo!!!

Dijo el joven mientras se acomodaba en la silla donde estaba sentado. El viejo sonrió divertido con la reacción del muchacho y le dijo: –Eso no queda lejos de aquí, recuerda que la finca donde yo nací está donde mismo y el hato que era de mi padrino también; todo lo que tú ves desde aquí hasta donde te alcance la vista y más allá, eran terrenos del hato “Campo Lindo”, propiedad de mi padrino y mi madrina Rosalía.

El oyente aprovechó la pausa para preguntar.

-¿Y cómo hizo usted para qué ahora sea suyo?

–Para allá vamos, es bueno que conozcas los detalles porque después que yo muera seguramente tú y tu mamá serán los dueños de todo lo que quede.

–¡No diga eso abuelo!

Contestó el joven un tanto incómodo.

-Mejor es que te siga contando.

Continuó el narrador.

-Bueno, a pesar de que mi padrino y mi madrina eran ricos y nosotros pobres, tenían con nosotros una relación casi familiar; siempre nos visitaban él y su familia, y nosotros a ellos; tenían solamente dos hijos, un varón y una hembra llamada Elena, que era la menor, ésta era despierta y sociable, se distraía con mis hermanas, jugaban y cantaban alegremente todo el tiempo que duraba la visita; el varón se llamaba Lucio como su padre; a mi padrino no le gustaba que le dijéramos "Lucito".

-Él y yo teníamos la misma edad, unos seis o siete años, pero él era pálido y enfermizo, quizás eso lo hacía que fuera tímido y retraído; cuando llegaban extraños, él se iba a su cuarto y no salía hasta que se fueran los visitantes, pero cuando yo llegaba él se alegraba y me llamaba aparte para mostrarme sus juguetes, y de los juguetes nos íbamos al patio a jugar metras y trompo; él jugaba y hablaba solo conmigo, ignorando a los demás niños que se acercaban a verlo jugar.

-Siempre cuando mi papá iba para el hato me decía, va-

mos donde su padrino, para que juegue con Lucito; mucho cuidado con meterse con ese niño, que se la pasa enfermo,

-Yo no decía nada pero me alegraba mucho, mientras mi padre se ocupaba con mi padrino, nosotros hablábamos y jugábamos, la madrina contentísima cada rato nos traía meriendas y cuando nos servían la comida Lucio se la comía toda y me decía entusiasmado, -vamos a jugar. Con él aprendí a andar en bicicleta y a jugar trompo, él tenía varios trompos y me regalaba algunos para jugar con mis hermanos cuando mi papá no estaba en casa.

-Tenía yo menos de ocho años, era tempranito, yo terminaba de levantarme, cuando mi padrino llegó a la casa de nosotros con un burro ensillado arrebiatado del caballo, nos echó la bendición a todos, saludó a mis padres y les dijo: -compadre y comadrita, su comadre Rosalía y yo queremos que nos preste a mi ahijado Gregorio, por un tiempo, para que acompañe a Lucio y aprenda a leer y a escribir con la madrina, es que ellos se la llevan muy bien y estoy seguro que lo va a ayudar mucho, ustedes saben cómo es él...

¿Qué me dicen?

-Mi papá no puso problema y mi mamá era un cero a la izquierda. -Me fui montado en el burro con mi padrino más alegre que un picao" e' raya.

-Yo estaba todavía pequeño, pero sabía que de ahí en adelante todo iba a ser bueno para mí, porque iba a tener todo el tiempo para jugar y las atenciones de mi madrina, que me quería mucho.

-Cuando llegamos al hato, nos estaban esperando con buena comida, Lucio dijo que iba a comer conmigo en su cuarto y mi madrina misma nos la llevó.

-Esa noche estuvimos hablando y echando cuentos hasta que nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, nos levantamos temprano, desayunamos en la cocina, todos estaban gratamente sorprendidos con el entusiasmo del niño; nos fuimos a caminar y a curiosear cerca de la casa, estuvimos en el corral de los becerros, buscábamos con quéentretenernos y nos encaminamos hacia el río que pasaba cerca de la casa, que por cierto, estaba casi seco, le

Nahúm Fuentes M.

tirábamos terrones y palos a todo lo que veíamos, caminamos por la playa, metimos los pies en el agua, y cuando empezó a calentar el Sol, buscamos la sombra de los árboles, tumbamos unos avisperos y finalmente regresamos corriendo a casa.

-Esa operación la hacíamos casi todos los días y cada vez inventábamos algo diferente, en el hato habían árboles frutales en abundancia y nosotros comíamos cerezas, guayabas y otras frutas. -Yo le enseñé a comer frutas silvestres y él se divertía mucho por la curiosidad que le causaban, las masticaba, algunas las tragaba y otras las desechaba arrugando la cara y limpiándose la boca.

-Lo que nosotros no sabíamos era que un indio viejo y malicioso que trabajaba en el hato de “Chofotero”, nos seguía de cerca desde el primer día y agazapado en la maleza, observaba todo lo que hacíamos, para informarle a mis padrinos. Vicente aprovechó la pausa para preguntar:

-¡¡Chofotero!! ¿Qué es eso abuelo, chofotero?,

El viejo le explica:

-Chofotero es un trabajador doméstico que tenían los hatos y haciendas para proveer de agua, leña y todo lo relacionado con el buen funcionamiento de la cocina; generalmente ese trabajo lo ejecutaban personas mayores o los hijos de las cocineras; los llaneros no calificaban a ese trabajo muy digno.

Vuelve a preguntar el jovencito.

-¿Abuelo aquí hay chofotero?

El viejo le responde sonriente.

-¿Para qué?, si ahora tenemos gas para cocinar y motobomba con tuberías de agua por todas partes.

Siguió el abuelo contando.

-A los pocos meses de yo estar ahí se notaba el cambio en la salud y temperamento del niño, lucía buen color y peso, era más sociable y juguetón, de las enfermedades ni el recuerdo.

-Íbamos creciendo juntos como hermanos, veíamos clases con mi madrina que era una persona muy preparada y metódica, el mismo trato y atención para Lucio y Elena, lo

era también para mí. Todo era color de rosa para nosotros, pero nadie imaginaba que la sombra de la desgracia nos acechaba día y noche, solo esperaba la oportunidad para dar su zarpazo.

-Mi mamá y mis hermanos de vez en cuando iban a visitarnos como siempre, yo me alegraba mucho de verlos, mi papá era el que más iba para el hato, pero no para verme a mí, él me echaba la bendición y me veía de reojo como si pensara; -Rolo de flojo es lo que me están criando mis compadres. -A veces llegaba al hato y me encontraba fajado en el patio, jugando trompo con Lucito, yo sabía que a él no le gustaba que yo jugara trompo ni metra, pero no me decía nada, y yo aprovechaba haciéndome el desentendido.

-Cuando teníamos diez años, mi padrino nos enseñó a montar a caballo; él sabía que a nosotros nos atraían mucho los caballos, y a medida que pasaba el tiempo íbamos adquiriendo más destrezas y confianza en nosotros mismos; a pesar que éramos inseparables, a mí me permitían ir solo a caballo a pasar días con mis padres.

-Cuando regresaba, él me estaba esperando ansioso para que le contara cómo me había ido y por su parte, él me ponía al día de lo que había hecho en mi ausencia. -Ya éramos adolescentes y pasábamos horas cabalgando sin rumbo en la sabana, hablando de lo que seríamos y haríamos cuando fuéramos mayores; tanto Lucio, como yo, queríamos ser coleadores y amansadores de caballos y dispusimos alejarnos del hato para practicar, coleando y enlazando becerros y mautes; nosotros creíamos que nadie nos veía, pero todos esos recorridos y travesuras estaban bajo la mirada oculta del malicioso Chofotero. Regresábamos a casa, sedientos y hambrientos, estábamos entusiasmados de aprender las faenas del llano.

-A veces, tratábamos de mezclarnos con los llaneros que trabajaban en el hato, pero ellos nos evadían precavidos, porque el trabajo de llano es muy peligroso y no es para señoritos mimados, pero nosotros lo hacíamos a nuestra manera.

-Fue un invierno, por cierto, cuando la enfermedad de Lucio volvió y esta vez para llevárselo. -De la noche a la mañana, Lucio palideció y empezó a convulsionar.

Lo embarcaron en una voladora (bote a fuera de borda, muy rápido) lo trasladaron a Achaguas y de ahí en avioneta a San Fernando de Apure, pero la medicina de aquel tiempo no pudo hacer nada para prolongarle la vida. -A los dos días, era un domingo en la mañanita, cuando escuchamos el sonido de una avioneta que se acercaba, venía directo al hato, volando bajitico, le dio tres vueltas a la casa, volaba tan bajo que se veían las siluetas de los pasajeros, después le dio una vuelta grande a la sabana del hato y siguió rumbo a Guasimal, las mujeres comentaron con tristeza, andan despidiendo el cuerpecito del difunto; a mí, me dio mucho sentimiento y se me salieron las lágrimas.

-Ya en el hato se sabía que Lucio había muerto, porque avisaron por la radio que prepararan todo porque lo traían para enterrarlo; -yo desde que pasó la avioneta me fui al cuarto que compartía con él, me enrollé en un chinchorro a llorar, era la primera vez que sentía un gran dolor en mi alma de niño, no quería saber de nada de lo que ocurría ni de lo que pasaría después, creo que me quede dormido o aletargado por el pesar.

-Estaba bien avanzada la tarde cuando mi familia llegó, mi madre fue hasta mi chinchorro, me abrazó y trató de consolarme, me dijo: -Sé lo que sientes hijo, pero ya eres un hombrecito y tienes que ser fuerte, ponte otra ropa y acompaña por última vez a tu amiguito que era como tu hermano.

-Así lo hice.

-Lo enterramos en el cementerio del hato junto a sus familiares ya fallecidos debajo de un gran árbol de camoruco.

-Fue una despedida para siempre, muy pero muy triste, la gente campesina es muy sentimental y agradecida, ellos veneraban a mis padrinos y los acompañaron con sinceridad en ese momento de dolor.

-Ya era casi de noche cuando terminó el entierro, el gentío que había asistido empezó a regresar presurosos a sus lugares, unos a caballo y otros por agua en canoas, la familia mía andaba a caballo; -ellos se quedaron hasta lo último, pero tenían que irse porque estaba anocheciendo, yo le dije a mi papá que no quería vivir más en esa casa, si no estaba

Lucito y que me quería ir con ellos, pero mi papá me dijo:

-No hijo quédese, su mamá se va a quedar unos días con su madrina, ahora es cuando a usted más lo necesitan.

-Yo insistí, pero no logré convencerlo.

-Cuando todo el mundo se fue, yo me quedé como perro sin dueño y me dije: -mi papá no me quiso llevar pero lo que soy yo, me voy y sin que lo notaran me fui alejando al trote rumbo a mi casa; la noche estaba cayendo, los zancudos llegaban por nubes, yo sabía que pronto oscurecería y que era peligroso, pero estaba determinado a llegar a mi casa, pronto se hizo de noche y como era de invierno a cada rato llovía y lo que pisaba era barro y agua, en partes tenía que nadar, pero yo conocía muy bien el camino y como a media noche llegué a la casa.

-Todos se levantaron de sus chinchorros y me rodearon sorprendidos, -yo estaba cansado y empapado de agua y barro de pies a cabeza, -me sentaron en una silla, cuando me pegó un temblor en todo el cuerpo, pero más en la mandíbula y las extremidades, me preguntaban qué me pasaba,

si me había picado una culebra y me revisaban por todas partes pero yo no podía hablar, fue cuando mi papá dijo:

-Busquen una cobija para arroparlo, que le voy a quitar esa ropa mojada, monten un guarapo de canela y se lo dan caliente y ese fue el remedio, -al rato estaba tranquilo con ropa seca y ganas de acostarme, cuando mi papá me dice: -usted ya está bien, su mamá y los compadres lo deben estar buscando por todas partes; -ahí, en ese momento como que se dio cuenta de lo que me pasaba y suavizó la voz y con un poco de ternura me dijo: -Usted se vino y no le avisó a nadie, vamos para irlo a llevar hijo, allá todos deben estar preocupados por usted, después que lo vean que está bien, si se quiere venir. yo me lo traigo, pero esto es importante, vamos. -Él ya tenía el caballo ensillado, me monté en ancas y salimos con urgencia hacia el hato, el caballo ya sabía para dónde íbamos y nos rendía el camino; habíamos avanzado un buen trayecto cuando vimos una luz que venía zigzagueando hacia nosotros, -yo me asusté mucho, porque pensé en la Bola de fuego, (un fenómeno misterioso

Nahúm Fuentes M.

y folklórico al que le temen los llaneros), pero mi papá dijo: -Es una linterna, te deben andar buscando, prendió la de él y le hizo señales con la luz; -era el caporal del hato y un trabajador, que venían a avisar de mi desaparición, hablaron con mi papá y convinieron que nos regresáramos, que todo estaba aclarado.

-A partir de ese incidente, las relaciones entre mi padre y yo mejoraron, pasé unos días en casa para volver al hato, -antes de salir mi padre me llamó aparte y me dijo:

-Ya Lucito murió, él ya no está, las cosas para usted van a ser diferentes, se va porque sus padrinos lo necesitan, pero no se tome confianzas que no le corresponden, ni vaya a usar nada que haya sido de él, ni que los compadres se lo den, usted tenga lo suyo y se sale de ese cuarto a dormir a un corredor, los hombres no duermen “encuartaos”, eso es para las mujeres, ya lo sabe; me puso la mano en la cabeza, me sonrió y me echó la bendición.

-Ya en el hato, el trato de mis padrinos hacía mí fue el mismo, como de la familia; al paso que iba creciendo

me iba convirtiendo en la mano derecha de mi padrino, lo acompañaba en los viajes, me daba dinero para que comprara lo que yo quisiera y me iba aumentando las responsabilidades de acuerdo a mis capacidades; en ese ambiente fui desarrollando el amor por las cosas del llano, quería ser como mi padre, amansador de caballos.

- Pasó el tiempo sin darme cuenta y de la noche a la mañana, Elena se formó una mujer completa, yo no la veía como tal, ni ella a mí tampoco como un hombre, pero en el trajín de la casa, cada momento nos tropezábamos sin darnos cuenta, pero alertado por mi padre que no me quitaba el ojo de encima y consciente de que “la mejor forma de evitar el pecado, es alejarse de las tentaciones”, poco a poco fui tomando distancia de las intimidades de la casa; lo único que no pude evadir, fue la de comer en la mesa con la familia.

-Yo, ya era un hombre y podía tomar mis propias decisiones; era un diciembre y le avisé a mi padrino que iba a pasar las navidades con mi familia.

Nahúm Fuentes M.

-Muy bien, me dijo.

-Llegué a la casa de mis padres y ese otro día me dijo mi papá: -Mira chico para que me acompañes a San Juan de Payara a llevarle una carne a tu tía Mercedes y comprar unas cosas que necesitamos, yo había ido a ese pueblo con mi padrino y él me comentó, que ahí la mayoría de los habitantes era gente muy buena, pero que también como en todas parte, habían individuos que se la echaban de guapos y peleadores.

-Nos fuimos a caballo ese otro día en la madrugada, y nos llevamos arrebiatada a una burra enjalmada con la carne y otros bojotes. -Yo como no íbamos a pasear, me fui con pantalones cortos de los que les llaman guayucos.

-Cuando llegamos a San Juan, dejamos las bestias descansando donde mi tía, que vivía a la orilla del pequeño poblado; en ese tiempo todavía no habían asfaltado y las calles eran arenosas, uno caminaba y los pies se hundían hasta los tobillos en la arena batida.

-Nos dirigimos a la pulpería del señor Pardo, a comprar

los víveres; casi llegando a la plaza, saca mi papá un papel de un bolsillo y me dice: -Anda a que te despachen esta lista, que yo llego ahorita para allá.

-Yo seguí con la burra hacia la bodega, y cuando voy pasando por la plaza y estaban allí unos zagaletones, ya hombres, sentados debajo de un inmenso árbol de matapalo que cubría con sus ramas, gran parte de la plaza. -Cuando me vieron que andaba con pantalones cortos, empezaron a chalequearme; porque en esos tiempos se acostumbraba que los muchachos podían usar pantalones largos después que eran mayores de edad; pero en el pueblo no le hacían caso a eso y se burlaban de los que vestían así.

-Yo escuchaba el chalequeo con indiferencia, como si no fuera conmigo y cuando se dieron cuenta que cargaba una burra, arreciaron el ataque, gritaban: -¡Trajiste la mujer a conocer el pueblo! -¡Cómprale un perfume! ¡¡Llévala a la iglesia!! etc.

-Por desgracia, el negocio de Pardo, quedaba frente a la plaza, a pocos metros de donde estaban ellos, yo escu-

chaba la burla y estaba que echaba chispas.

-Me cortaban una vena y no echaba sangre, de la ira que tenía, pero me controlaba.

-Me detuve frente al comercio, amarré la burra de una ventana, les eche una mirada, bajé unos sacos y unas pimpinas de la burra y entré al negocio, entregué la lista de lo que iba a comprar y mientras el señor despachaba, yo llenaba las pimpinas de kerosén de un tambor que estaba en un rincón del local y escuchaba la gritería, pero seguía llenando mis envases.

-Cuando el comerciante me pregunta: -¿Ese burro que está afuera, es suyo? Asómese

-Salgo a la puerta y veo los tipos que me estaban fastidiando: tenían un espectáculo con la burra, por eso eran los gritos; uno estaba montado en la burra, y otro le levantaba el rabo y exhibía groseramente el trasero del humilde animal, mientras los demás reían y gritaban hasta mas no poder; -yo tenía la mano más pesada que una piedra, como el boxeador panameño; -al que le tenía el rabo a la burra,

le sacudí la mano abierta por la cara y cayó de culo en ese medanal y me dejó la mano llena de sangre y moco;

-al que estaba montado en la burra, lo agarré por un brazo y lo clavé de cabeza en el suelo, lo iba a rematar cuando me cayeron los otros, me tiraban golpes y patadas, por todas partes, yo retrocedía defendiéndome como podía, pero como no estaba acostumbrado a moverme en un suelo tan inestable, me enredé, perdí el equilibrio y caí; no me pude parar rápido, me agarró uno abajo y me estaba masacrando a golpes, mientras los demás me pateaban.

- En eso llegó mi papá repartiendo puñetazos a los que me pateaban; al que le daba, iba para el suelo, al que estaba montado arriba de mí, lo agarró por una oreja y casi que se la despega y lo deja gocho. -El muchacho soltó un grito de dolor y salió tallándose esa oreja, yo me paré enseguida y le cuidaba la espalda a mi papá que estaba encarnizado; él era un campeón peleando, al que le ponía la mano, rodaba. - esos sanjuaneros son aguaos y los que son de verdad guapos no son cayaperos, comentó el viejo

sonriendo y continuó la narración, Vicente que lo oía emocionado le pregunta: -¿Qué pasó después abuelo?

-La vaina se calmó un poco pero no terminó ahí, llegaron los papás de los muchachos a reclamar; mi papá estaba muy bravo y uno de ellos se le fue encima, diciéndole que el muchacho que él había golpeado era menor de edad.

Mi padre le respondió: -Pero usted si es mayor de edad y le soltó un puñetazo en la nuca y cayó de rollito, ahí se volvió a prender la desigual pelea, nos echaron arena en los ojos pero a mí no me cayó ni un grano; mi papá si quedó medio ciego pero no se le metían mucho porque sabían que pegaba duro.

-De todas maneras nos querían seguir cayapeando, cuando aparecieron dos mujeres; cada una con una astilla de leña en la mano, dispuestas a defendernos, se sumaron otras personas a nuestro favor y la cosa se aplacó a pesar de que algunos agitadores seguían atizando la pelea, pero no tuvieron éxito.

-Las mujeres nos llevaron adentro de la casa del comerciante, que era donde mismo funcionaba el negocio: a mi papá lo llevaron al lavadero donde estaba un tambor con agua, para que se lavara la cara, a mí me sentaron en un corredor donde había una mesa, trajeron una ponchera con agua, jabón, y un paño, me limpiaron la cara porque me habían roto la nariz y la boca, después me curaron con alcohol y merthiolate donde tenía unos raspones; por suerte, en ese negocio vendían también ropa y me trajeron una camisa nueva, porque la que yo cargaba me la rompieron y estaba ensangrentada.

-Estábamos todavía en la casa de nuestras salvadoras, que eran la esposa y la hija del comerciante, nos repomíamos del incidente, mientras esperábamos un cafecito que nos ofrecieron, cuando llegaron dos policías, uno como de cien años, flaco y encorvado y otro joven de ayudante, nos dieron la voz de arresto y nos dijeron que los acompañáramos a la comandancia, la señora les preguntó: -¿Ya pusieron presos a los cayaperos?

El anciano policía que era el que hablaba, le contestó:

-Yo solo cumplo órdenes.

La señora le dijo: -Nosotras vimos todo desde la ventana, por eso los defendimos, porque los iban a matar esos vagos y ustedes no aparecían.

-Nosotros no opusimos resistencia al arresto y después de tomar café nos fuimos con los policías. Tendríamos como una hora encerrados, los dos en un mismo calabozo, cuando escuchamos un alboroto en la puerta de la policía, se oía una turba de gente, que discutían con voces altisonantes, mi padre, que ya le había pasado la rabia, se asustó mucho y desesperado se agarraba de los barrotes de la reja y gritaba a todo gañote: -¡¡¡Abran esta vaina, nos van a matar aquí encerrados!!!

-Yo también empecé a tener miedo y mi padre me dio un abrazo protector y de apoyo para estabilizarme.

-En la puerta, la situación estaba tensa, los pocos policías que había, estaban tratando de contener el tumulto: Aprovechando esa distracción, un individuo entró por el

solar de la prefectura para atacarnos dentro del calabozo, introduciendo por la reja y por una ventana que daba al pasillo, un asta de madera con la punta labrada y afilada en forma de estaca. Nos tenía arrinconados en una esquina del calabozo, lanzándonos estocadas mientras nos insultaba, pero nosotros esquivábamos las afiladas puntas. Estábamos en esa lucha cuando de repente mi padre le pudo agarrar la vara y le dio un tirón tan fuerte que el atacante estrelló la frente contra la reja y soltó la primitiva arma, quedando medio atontado.

Mi papá lo hubiera atravesado con su propia lanza, pero yo se lo impedí, el tipo se retiró por donde vino profiriendo amenazas contra nosotros. Mi padre, con la lanza en la mano me dijo: -Aquí nos mataran con plomo pero el primero que se me acerque, lo clavo con esta vaina.

Afuera los ánimos se sentían más calmados, pero intuíamos que mientras estuviéramos encalabozados, las cosas no serían fáciles. Se acercó un señor a la reja acompañado del policía viejo y encorvado, saludó desde afuera y

Nahúm Fuentes M.

mientras el policía abría diligentemente el candado del calabozo, nos dijo: -Están libres amigos, pero esperen un poquito que se disperse la gente, para que se vayan. Mientras esperábamos, le dijimos quienes éramos nosotros y le contamos el incidente desde que empezó hasta que él llegó.

Después que nos oyó, dijo complacido:

-Yo soy el Juez del municipio, este caso no es de tribunales pero yo tengo más autoridad que el prefecto y lo que estoy haciendo es justicia.

La gente que estaba afuera me fueron a buscar y me contaron tal como ustedes me dicen; -Váyanse tranquilos, anden con cuidado.

Terminamos de hacer las diligencias, nos despedimos de la familia que nos defendió en la pelea, les dimos las gracias y nos largamos de ese pueblo.

En el camino de regreso, yo fui iluso al creer que a raíz de ese incidente mi padre y yo íbamos a tener más confianza, pero él no habló conmigo más de lo necesario, eso sí, antes de llegar a casa se volvió a mí y me dijo:

-Lo que pasó en San Juan, no se lo cuente a nadie y no se le ocurra volver para ese pueblo solo.

-Yo no dije nada, pero sabía que era difícil quedarme callado, porque durante todo el viaje venía rebobinando lo sucedido para no perder ningún detalle y estaba deseoso de llegar a casa para compartir esa aventura con mi entorno; -yo no entendía porque él no quería que se conociera una hazaña tan interesante.

-Me quedé con la espinita y me culpé de todo porque yo andaba mal vestido y en burro, pensé en las personas que me defendieron, sobre todo en esa señorita...a lo mejor le causé lastima... ¿Quién sabe? Y me dije: -tengo que volver allá para corregir eso.

-Dejé pasar unas dos semanas y el día menos pensado, me aparecí en San Juan, pero esta vez, bien vestido y montado en un caballo muy vistoso que yo tenía de colear en esas fiestas donde me invitaban; - ese caballo se llamaba Plomo y por donde pasaba la gente se quedaba viendo su estampa y la elegancia de sus movimientos, ¡muy bonito,

mi caballo! -Yo llevaba un revolver cache blanca, oculto en una bota y en la otra, un puñal Remington de esos cache e' venaó.

-Cuando entré al pueblo, me di cuenta que estaban adornando las calles, pregunté y me dijeron que se estaban preparando para las fiestas patronales, me dije a mi mismo: -no me las pierdo.

-Pasé por la plaza y estaban los mismos patiquines; pero, yo iba dispuesto... Si me estrechan mucho, cargaba con que defenderme, pero los tipos se quedaron viendo al caballo; a mí no me conocieron o se hicieron los locos. Amarré el caballo en la misma ventana donde días atrás había amarrado la burra, entré a la pulpería, el señor Pardo, al principio, no me conocía pero después, se alegró de verme, me preguntó por mi padre, hablamos un poco, le pregunté por la familia y me invitó a pasar a saludar mis nuevas amistades. -Me recibieron muy bien, tomamos café, nos presentamos, la señora se llamaba Elisa y la muchacha, Consuelo.

-Seguíamos hablando y Consuelo me pregunta:

-¿Ese caballo es tuyo?

-Sí, respondí yo.

-Es bonito.

Comentó ella y volvió a preguntar:

-¿Y la burra?

-Se quedó, es de mi papá; casi me pregunta si la ropa que vestía era mía, después se acordó del pleito y dijo en broma.

-Al muchacho, casi le arrancan la oreja, de casualidad no quedó gocho por gracioso.

-Cuando me despedí, todo terminó en risas pero con la advertencia, que anduviera con cuidado porque esos tipos eran vengativos y traicioneros. -Salí y ya mis supuestos enemigos se habían ido, pero por precaución, regresé al hato por otro camino.

El oyente le dice: -Dos preguntas abuelo: ¿Qué es eso patiquines? Y la otra, esa Consuelo que usted nombra ¿No es mi abuela? El abuelo le responde: -Mira chico, patiquines le decían antes, a esos tipos que pasan el tiempo

viéndose en un espejo, no trabajan y que visten a la moda para impresionar a las mujeres, los mismos que ahora les dicen sifrinós; con la diferencia, que aquellos les gustaban las mujeres y a éstos como que no mucho...ja, já, ja.

-Falta una pregunta abuelo.

-Vamos para allá. Le dice el viejo.

-En San Juan de Payara, celebran las fiestas patronales el dos de febrero de cada año, en honor a la virgen de la Candelaria, que es la patrona de ese pueblo, pero para mí, el atractivo más importante de las fiestas, además de los parques de diversión, las peleas de gallos y bailes comunales, son los toros coleados; -yo estaba pendiente de ese evento, porque quería participar, ya que había coleado en otras partes y era conocido como coleador.

-Llegué a San Juan y la fiesta estaba prendida.

-Esa tarde estuvimos coleando hasta la tardecita; en ese deporte se acostumbra distinguir a los ganadores, pegándoles un arreglo de cintas de colores en la espalda, y en los hombros, por cada coleada efectiva que haga; a mí me

fue muy bien y lucía con orgullo varias cintas en mi camisa; -el coleo es un deporte que requiere de muchas habilidades, tanto del jinete, como del caballo, es muy peligroso, se practica en casi toda Venezuela y los llaneros respetan mucho a los que lo ejecutan bien.

-Esa noche era el baile de gala, para la sociedad sanjuaneña y sus distinguidos invitados, cada familia o persona importante que llegaba, era anunciado por un animador, con un parlante le daban la bienvenida y le conducían a la mesa que le correspondía. -Cuando yo entré adornado con todas las distinciones que me había ganado esa tarde, me anunciaron: -“Le damos la bienvenida al coleador Gregorio Serrano, quien vino en representación del hato “Campo Lindo”, gracias, por las coleadas que nos brindó y por las tres terneras que donó el hato para las fiestas.

-No me gustó mucho la publicidad, porque yo creía que andaba de incognito; ahora tenía que cuidarme más.

-Había una mesa dispuesta para los coleadores, como invitados especiales, ubicada preferencialmente, cerca de la orquesta que animaba la fiesta.

-El baile ya había empezado, yo quería sentarme donde pudiera cubrirme la espalda de un ataque a traición, estaba muy pendiente de lo que me decía mi padrino: “Nunca le dé la espalda a sus enemigos”, pero no me quedaba elección, estaba rodeado de mesas y al frente me quedaba la orquesta y la pista de baile, finalmente me senté cauteloso, donde podía ver los músicos y la gente bailando. La fiesta estaba bien animada y me distraje por un momento: cuando siento que me tapan la cara con delicadeza: era Consuelo, la hija del señor Pardo, me dijo: -Ah, te asustaste. Ahora sácame a bailar.

-Ella parecía una princesa de cuentos, nos enamoramos y esa misma noche, sin saber lo que hacíamos, porque yo nunca había tenido novia ni ella tampoco novio, nos comprometimos, la monté en ancas de mi caballo y nos fuimos de una vez rumbo a “Campo Lindo”.

-Llegando al hato, pensé: ¿como irán a reaccionar mis padrinos, cuando yo me les aparezca con esta muchacha?

-Tomé la decisión de hablar primero con mi padri-

no y le dije a Consuelo: -Espérame que voy a hablar con mi padrino, lo llamé a esa hora, eran casi las tres de la mañana, le conté todo y él, después de darme un buen regaño, me dijo: -Vamos a ver como arreglamos esto, porque esa muchacha es de familia honorable y son amigos míos.

-Mi madrina también se había levantado y conversaba con ella, Elena no estaba, porque estudiaba en Caracas.

-A esa misma hora resolvimos regresar a San Juan, a llevar la muchacha y enfrentar el problema, Consuelo no quiso ir con nosotros y se quedó en el ható con mi madrina, nos fuimos en carro para llegar más rápido y llegamos a San Juan, antes de amanecer, como los Pardos, Vivian frente a la plaza y como era tiempo de fiesta, no faltaban los amanecidos.

-Esperamos que amaneciera y fuimos discretos para que el pueblo no se enterara. Con mi padrino al lado hablé con los padres de ella, no lo tomaron tan mal porque Consuelo era mayor de edad; sin embargo, yo me comprometí a honrarla y casarme con ella a la brevedad posible, mi padrino avaló el arreglo y todos conformes.

De regreso me dijo mi padrino: -Ya era hora que te casaras ahijado, pero no vas a empezar de cero, mañana mismo, recibirás un regalo que tengo hace tiempo para ti.

-Le pregunte: ¿Qué regalo será ese, padrino?

-El me respondió.

-Caro, Mocho”, esa fundación tiene quinientas hectáreas y bastante ganado, tú la conoces, eso ahora es tuyo, estaba esperando que te casaras para entregártela, pero la muchacha se queda durmiendo con tu madrina, hasta que se efectuó el matrimonio.

-Vicente estaba fascinado escuchando el relato, cuando vio que el viejo se incorpora de repente y sale apresurado hacia el corral y le dice: -¿Qué pasó abuelo? Termine el cuento...

El anciano, sin detenerse, le dice: -Lo demás es historia... voy a ver el ganado que viene llegando.

Contaba Moralito



Moralito, un indígena anciano, solitario y errante; nadie supo cuántos años tenía ni cuál era su origen, no era muy alto de estatura, usaba sombrero de pajilla maltrecho, con un dobléz hacia delante tipo detective, ropa normal y alpargatas; asimismo, unos lentes tan viejos como él, de los llamados “culo e´ botella”, no se sabe cómo veía con ellos, porque de tanto limpiarlos se les había formado una nube en los cristales, suponemos que algún día se los adaptó un optometrista o él mismo.

No tenía familia ni casa, se hospedaba a su antojo donde cualquier vecino de la comunidad y colgaba su chinchorro en cualquier lugar de la casa. Vivía un tiempo ahí y luego, sin dar explicaciones, se mudaba a otra casa. Los vecinos de Caramacate y Las Iguanitas, que eran los vecindarios donde vivía, no le hacían mucho caso a sus frecuentes y repentinas mudanzas. De cuando en cuando se embriagaba con aguardiente y pronunciaba palabras en lengua indígena que los muchachos estaban pendientes de oír para comentarlo, mofarse y reírse: pero él, como era pacífico e inofensivo, no le daba importancia a la burla. Él disfrutaba sus solitarias *peas* hablando consigo mismo hasta quedarse dormido; también, era poco comunicativo, aunque algunas veces, se acercaba a algún grupo de sus conocidos, con los que compartía historias y vivencias; siempre y cuando, tuviesen una botella de aguardiente como testigo de la conversación.

Contaba Moralito, en una de esas reuniones: -Una vez estaba yo jalando machete en el conuco de don Ricardo Barrios, era de tardecita me molestaba el Sol y tenía que esperar

que refrescara el día para poder hacer algo. Lo cierto es que habían caído dos aguaceros bien buenos, pero la tierra todavía estaba *acalenturada* por el verano y el monte reseco; había que limpiar y cortar las matas que resistieron el verano; esa que llaman “Matón”, yo estaba desmatonando, trabaja, que trabaja, cuando sonó el machete, porque había tropezado con algo duro, yo pensé que era una piedra y desechándola, seguí jalando machete, volvió a sonar el machete, pero por el sonido que produjo, sentí que se había roto algo; solté el garabato y la herramienta y me puse a buscar a ver de qué se trataba; entonces vi que era una tinaja de barro cocido; el golpe del machete la había partido en varios pedazos; la miré por un rato con mucha curiosidad y me dispuse a buscar los otros pedazos para empatarlos y tratar de armarla para ver cómo era. Después, se me vino a la mente que podría ser una botija; no niego que me alegré mucho y pensé que podría ser mi golpe de suerte y poder salir de la pobreza ¡Pero qué va! busqué y busqué y no conseguí monedas de oro ni nada parecido; solo restos de otras vasijas del mismo material de la tinaja; los

estuve observando por un rato pensando ¿Quién o quiénes dejarían eso allí? ¿Desde cuándo estaban? ¿De qué época serían? reconociendo los tiestos recientemente quebrados, los recogí y empecé a juntarlos aprovechando la poca luz de sol que aún quedaba, dándole poco a poco forma a la tinaja que había quebrado; noté que estaba bien hechecita, no era muy grande, pero estaba finamente adornada en el cuello y en los bordes con pequeñas figuras y símbolos que me decían algo que yo no entendía; pero si sabía, que cada una de esas figuras y símbolos representaban alguna información que yo no comprendía. Mientras estaba entretenido en esos pensamientos haciéndome preguntas a mí mismo de lo que estaba viendo; sin darme cuenta, la noche estaba cayendo; repentinamente comencé a escuchar un extraño ruido... así, como en el campo se oye el sonido de una casa cercana, pero éste era un ruido como de muchas voces así como apagadas y lejanas; sentía que se acercaban y las voces se hacían más fuertes, pero no me atormentaban, eran voces gruesas y graves; era más bien un murmullo de pequeños gritos apagados; pensé que era la

brisa que traía ruido de algún tocadiscos o de un radio, pero a esa hora y en esos meses, en ausencia de brisa no se movía ni una hoja. El intermitente ruido seguía acercándose; debo reconocer que me dio un poco de miedo, pero también, sentía la necesidad de quedarme como estaba, ya no podía moverme y me resigné a lo que viniera. Éste murmullo me envolvió por completo y entré como en un trance...aunque estaba despierto no tenía miedo, tampoco voluntad de levantarme.

Recuerdo todo ¡De pronto! me vi en otro lugar distinto al que yo estaba; era un paraje natural, misterioso y mágico, donde se movían muchas sombras en forma de personas como yo, pero que no me parecían reales! sin embargo, eran indios como yo, porque se parecían a mí y yo, a ellos. Me sentía que era parte del grupo y que encajaba ahí perfectamente. No puedo decir que me rodearon o que me señalaban como a un extraño. No! ni me hacían gestos amenazantes, nada de eso, simplemente yo era parte de aquel grupo de extraños seres que se acercaban y me contaban historias que yo no comprendía y si en aquel momento las entendí, hoy no las recuerdo.

Vi y oí muchas cosas pero no puedo descifrar nada, solo recuerdo las sombras y las voces en forma de murmullo que no sé qué me decían. No, me pregunten cómo vestían, si tenían collares o cómo eran, solo sé que eran indios como yo.

Esto era como un sueño y los sueños son locos. Yo, pasé la noche sentado y como dormido, sé que sucedieron muchas cosas, pero solo recuerdo lo que estoy contando. Todavía estuviera sentado en el suelo, si un muchacho no me pone la mano en el hombro y me pregunta ¿Qué haces ahí Moralito? Me desperté confundido y me di cuenta que había amanecido... Al cabo de un rato le respondí ¡Creo que me quedé dormido...!

Este caso nunca se me olvidó, es decir, olvidé, los detalles pero lo que no olvido son aquellos misteriosos murmullos que parecían viajar en el viento, que me llegan, me envuelven y se van con la brisa. De eso me he acostumbrado.

Otras tardes he intentado tener otro trance como ese. Me siento en el suelo, me acomodo, acaricio los tiestos y me concentro, pero no he podido tener otra vivencia como esa.

El débil murmullo que escucho, es el de la brisa...

El retrato de don Misael

Doña Rosa de Pino, se quedó parada en la orilla del río Atamaica, cuyas aguas pasan saludando y rindiéndole homenaje a la población de San Rafael, estaba desolada, triste y llorosa después de despedir a su marido, que en más de veinticinco años de casados, nunca se había quedado a dormir fuera de la casa ni se había separado de ella ni un solo día, por eso no entendía lo que estaba pasando ni tampoco sabía que ella y su esposo, iban a ser protagonistas de una historia que los atamaiquinos recordarían por generaciones.

Don Misael Pino y doña Rosa Vargas, se habían casado jóvenes y desde que eran novios, ella siempre llevaba la batuta; jamás habían tenido una desavenencia o discusión de importancia; ambos habían sido criados con altos valores religiosos, bajo la férrea doctrina del catolicismo obediente y practicante; el que algunas veces trataba de desmayar en su fe, era don Misael, pero rápidamente su esposa y el cura

Nahúm Fuentes M.

se encargaban de que no se fuera a descarrilar y así pasaban la vida, como ejemplo virtuoso de lo que debe ser un matrimonio realmente cristiano.

En esa santa unión tuvieron dos hijos: un varón y una hembra que ya se habían casado, pero Vivian en la misma casa con ellos. Don Misael y doña Rosa, estaban jubilados: ella por el Ministerio de Educación y el, por la Administración del estado.

En San Rafael de Atamaica, existía “la emisora Mira Llano” la cual consistía en un potente megáfono, que se escuchaba en todo el pueblo y era de escucha obligada dentro de su perímetro; este artificio estaba instalado en los copos de un tamarindo y funcionaba todo el día, brindando música e informaciones que pudieran ser de interés para la población; dos días antes de la despedida, esta “emisora” difundió el aviso de una compañía que estaba buscando personal calificado, o no, para ir a trabajar construcción en una isla del caribe, llamada “Antigua” donde se iba a construir un complejo turístico y la ampliación del aeropuerto internacional entre otras obras de gran envergadura.

Los candidatos seleccionados tendrían que firmar un con-

trato de trabajo por seis meses (renovable); la empresa se encargaría del transporte de ida y vuelta y de dejarles un adelanto en efectivo para el sostén sus familias.

De San Rafael y sus alrededores se fueron veintisiete trabajadores, incluyendo a don Misael Pino, quien se anotó discretamente y su familia lo supo fue cuando llegó el autobús a recogerlos para trasladarlos a Maiquetía, donde abordarían un avión con destino a la isla de Antigua.

El se fue, pero Doña Rosa, no quedó sola, porque estaba con sus hijos y sus nietos, pero estuvo más de una semana pasando el guayabo por el sorpresivo golpe, después de reponerse de la desagradable sorpresa que les había dado su fiel y dócil esposo, pero lo justificó diciendo que si él le hubiera consultado lo de ese viaje, ella jamás se lo hubiera permitido, porque no tenía necesidad, pero... "A lo hecho, pecho".

Por su parte, don Misael Pino, allá en la isla respiraba vientos de libertad y abriendo los brazos, dando brinquitos de gozo, caminaba por el campamento y decía como los políticos: --¡¡libertad!! --¡¡libertad!!

Nahúm Fuentes M.

Los compañeros lo veían y les parecía raro y gracioso, pero como lo conocían de San Rafael y lo respetaban, no le decían nada.

Ellos llegaron a la isla, un fin de semana y aprovecharon sábado y domingo, para conocer las instalaciones de lo que sería su nuevo lugar de residencia: comedores, cantinas, áreas de recreación, enfermería, administración etc.

El área comercial, donde funcionaban los hoteles, casinos, y burdeles, estaban por fuera, alrededor del campamento. El idioma oficial de la isla, es el inglés, pero allí habían otros venezolanos y gente de otras nacionalidades que hablaban español; se podían contar más de 15,000 trabajadores; pero todos estaban organizados por sectores y cuadrillas, según su idioma y lugar de origen; los venezolanos tenían sus carpas en el sector correspondiente y a los de San Rafael, les tocó muy cerca de uno de los tantos burdeles que rodeaban el inmenso campamento.

Don Misael Pino, estaba ansioso por conocer el terreno, especialmente los prostíbulos, quería tomar aguardiente y ver las mujeres de la isla; convidó algunos de sus coterráneos y se fueron de parranda.

Con curiosidad por ver y conocer, recorrieron todos los bares y burdeles que pudieron. Las sobre ofertas de placeres carnales despertaron los sentidos adormecidos de don Misael y aprovechó la oportunidad para drenar todo el libido que traía reprimido en su cuerpo desde hacía años; y cosechar la lujuria que venía cultivando en su mente desde su juventud.

Él tenía sobrada experiencia administrativa, y le asignaron un cargo de responsabilidad donde ganaba mucho más dinero que sus compañeros, además de otros privilegios laborales; y como no tenía compromiso de enviarle dinero a la familia, porque doña Rosa, cobraba las jubilaciones de los dos, él se soltó el moño y se daba la “gran vida” parrandeando con mujeres y nuevos amigos.

En poco tiempo se hizo popular en el lugar y fue así como empezaron a llamarle cariñosamente “Pinocho” por su apellido; sus compañeros preocupados, le alertaban de la conducta desordenada y dispendiosa que no era propia de un cristiano modelo como él; pero éste les decía que todo eso se lo debía la vida, porque él había salido del gobierno de sus padres para caer tantos años en la dictadura de su mujer y la religión. Que se lamentaba

Nahúm Fuentes M.

del tiempo que había perdido complaciendo caprichos de los demás, que ahora estaba viviendo su “segunda juventud” y tenía que aprovecharla, porque la religión y la mujer se habían quedado en San Rafael.

Pasaron los seis meses y un miércoles en la mañana en San Rafael, “Mira Llano” anunció con aspaviento, que ese día, de cuatro a cinco de la tarde, llegaría el autobús que se llevó los veintisiete trabajadores, para devolverlos a su pueblo. Desde antes de la hora, ya las mujeres, los hijos, demás familiares y amigos de los viajeros se apersonaron en la orilla del río, que era una especie de terminal, para darles la bienvenida.

Muchos tenían curiosidad de ver como doña Rosa, iba a recibir a don Misael y con qué cara se le iba a presentar a ella, porque todos conocían el cuento que el hombre andaba escapado del régimen de su esposa; la gente estaba a la expectativa. Justamente, a la hora fijada, se escuchó el corneteo del autobús y los carros que lo acompañaban; los que esperaban, dijeron jubilosos: --¡¡viene la gente, viene la gente!!

Las sonrisas se desparramaron y los corazones retozaban de

alegría. Seguramente doña Rosa, tenía listo su discurso de bienvenida para su esposo, pero vio impávida, que bajaron todos los pasajeros del transporte menos su marido; su hijo alarmado le preguntó por él, a sus compañeros de viaje y estos le dijeron que él, se había quedado, porque había renovado contrato de trabajo por un año, y que estaba bien; lo que no dijeron, fue que a él cuando se fue a venir no lo dejaron salir, porque se había endeudado en los casinos y que las mafias de la isla, no permiten que nadie se les vaya con “la cabuya en la pata”.

Doña Rosa, simuló no darle mucha importancia al asunto, y tomó la iniciativa de reponer el espacio que había dejado su esposo, con su retrato, y lo colocó en la silla que el usaba para descansar; a la hora de las comidas lo ponía en su sitio predilecto de la mesa y le servía comida en su plato con sus cubiertos, que más tarde la repartía a sus nietos y les decía: -- Su abuelo no quiso comer, pero no la vamos a dejar perder, porque eso cuesta real.

Poco a poco doña Rosa, se fue encariñando con el retrato de su ausente esposo; lo metía para su habitación y

se ponía a conversar con el como si estuviera presente; la familia veía con tristeza lo que le estaba pasando a doña Rosa, pero comprendían su tragedia y no se atrevían a decirle nada.

Don Misael, no regresaba, y con el paso de los años, el comportamiento de la solitaria anciana, fue empeorando al punto, que se llevaba el retrato para la iglesia y lo colocaba a su lado para oír la misa. El tiempo pasa muy rápido, doña Rosa, tenía más de sesenta años y ya era natural que sus vecinos la vieran cargando el retrato para todas partes, pero la fidelidad con su esposo, fue tocando los sentimientos y la solidaridad del pueblo y discretamente, sin que ella lo supiera, sus familiares y vecinos más cercanos, organizaron una colecta para financiar una comisión que fuera a la isla de Antigua, para saber de don Misael, y traerlo a San Rafael, vivo o muerto, si fuera el caso.

En la misión irían, su hijo y un ex trabajador de la compañía, que fue el último que lo vio allá hacía más de quince años cuando las constructoras terminaron las obras y los trabajadores regresaron a sus respectivos lugares de origen.

Cuando los comisionados llegaron a la isla, le dijo el compañero y baquiano a Jesús, que así se llamaba el hijo de don Misael, que tenían que ser muy prudentes, porque si su padre tenía problemas con la mafia, la misión era extremadamente peligrosa, y le advirtió: no olvide que aquí somos extranjeros y no valemos nada.

Vestidos de paisanos y con todas las precauciones del caso, empezaron la búsqueda; después de dos días sin éxito, porque pocos hablaban español y nadie lo conocía, fue don Misael quien los encontró a ellos, y en poco tiempo los puso al día con su situación. Les habló con sinceridad y les contó que allá casi nadie conocía su nombre, que cuando llegó de Venezuela, una prostituta muy melosa que él conoció, le decía “mi, pinocho” y así lo conoce todo el mundo.

Respecto a la mafia, les dijo que cuando empezó, tenía un buen trabajo, movía bastante dinero y le fiaban en todas partes, pero se volvió loco y se endeudó demasiado en los casinos, y que les estaba pagando, pero que mientras más les pagaba, más les debía; también les dijo, que tenía

Nahúm Fuentes M.

unos amigos que con un poco de dinero, podrían ayudarlo a salir de la isla sin que nadie lo supiera.

Una semana más tarde ya “pinocho” estaba de nuevo en San Rafael, lo mantenían oculto en casa de unos amigos, para darle la gran sorpresa a doña Rosa, el día de su aniversario.

Todo marchaba como estaba planeado, pero don Misael, conociendo la dama... tenía sus dudas; sin embargo, estaba dispuesto a colaborar.

Cuando llegó el día del aniversario, la casa se vistió de gala, todos querían ayudar; a don Misael, lo tenían en un casa donde lo estaban puliendo y poniendo presentable, y a doña Rosa, también la estaban alistando en su habitación; el entusiasmo se reflejaba en los gestos y rostros, las carreritas y recados, iban y venían; a medida que se acercaba la hora del romántico encuentro, las emociones a penas se controlaban.

A la hora fijada salió don Misael de su escondite rumbo a su casa, iba rodeado de familiares y amigos, ahora con pasos vacilantes, volvía a pisar las calles de su pueblo, al que no estaba seguro si volvería, la fresca brisa del río Atamaica, le acarició

suavemente su arrugado rostro y le ayudó a contener una lagrima que estaba a punto de liberarse.

Mientras se acercaba a la que fue su casa se sentía más inseguro, tenía miedo de enfrentar a su combativa esposa y lo que le provocaba era echarse para atrás y devolverse; pensaba:

--buena vaina me echaron estos carajos, al meterme en este compromiso.

Pero la procesión que le seguían le dio un poco de seguridad para seguir avanzando. Un grupo de personas lo esperaban en la entrada de la casa y lo recibieron con aplausos y algunos le pedían la bendición.

Lo condujeron a un amplio salón donde habían improvisado y ricamente adornado una especie de trono, donde había dos elegantes sillas, de las cuales una estaba ocupada por su retrato. El protocolo era, que cuando Doña Rosa, estuviera frente a él, levantara el retrato de la silla y la sentara a su lado, ocupando ambas sillas.

En su habitación doña Rosa escuchaba la bulla y se estaba poniendo nerviosa sin imaginarse la sorpresa que le esperaba;

Nahúm Fuentes M.

salió de la habitación con los ojos vendados, sus dos hijos dirigían sus pasos parsimoniosos hacia el trono donde la esperaba su esposo de carne y hueso; desde que salió a la sala tronaron los aplausos, los fotógrafos y los firmadores de video hacían su agosto. Don Misael, que hacía tiempo que había perdido la vergüenza, la esperaba de pies frente al improvisado trono, fingiendo que disfrutaba el momento, pero temblaba de miedo, y mientras la gente se distraía con la abuela, vio la oportunidad para escaparse y desaparecer... pero no le dieron tiempo y tuvo que seguir con el guion establecido.

Cuando tuvo a doña Rosa, frente a él, con delicadeza le quitó la venda de los ojos, la saludó y le dio un abrazo, que ella cortésmente le correspondió, después lo miró de arriba abajo y le pregunta: -- ¿Y Quién es usted?

le contesta: -soy Misael, tu esposo.

Ella dio dos pasos hacia atrás y le dice, señalando el cuadro. --¿mi esposo?

-Mi esposo es ese que está sentado ahí, a quien usted le está faltando el respeto.

-¡¡Salga inmediatamente de aquí!!

Los hijos trataron de mediar entre ellos, pero él les dijo que no, que él se retiraba.

Por su parte, doña Rosa, acarició con la mirada el retrato de don Misael, y se acomodó en su silla a seguir posando para los fotógrafos.

El secreto de rita...

No hay nada más interesante en un pueblo pequeño que tratar de develar un secreto o incógnita que involucre a todos, por insignificante que sea, porque esto sirve de estímulo para dar rienda suelta a la imaginación colectiva o individual, que buscando explicación, genera una serie de hipótesis contradicciones y supuestos que pueden afectar la tranquilidad de personas que nada tienen que ver con el asunto; por eso, dice el refrán “pueblo chiquito infierno grande”...

Todo empezó cuando la sirvienta de la familia Pérez, le comentó a una vecina, “de mucho secreto”, que ella sospechaba que la señorita Rita Pérez estaba embarazada. Ésta a su vez, le comentó el caso a otra vecina y la otra a otra y este run, run se propagó por todo el pueblo, como candela en cañaveral reseco y en cuestión de minutos todo el mundo estaba enterado: por eso el cura sin imaginarse que más adelante, él también formaría parte de esa trama y aprovechó la misa para sin referirse al caso

directamente, desarrollar un sermón condenando la envidia, el chisme y la propagación de rumores; todos sabían a qué venía el sermón; sin embargo, la mayoría concluyó que se trataba de un simple chisme de lavaderos, inventado por personas sin oficio y envidiosas.

Rita, con sus diecisiete años era la flor más bonita que había crecido en el jardín de los sanjuaneros; desde los nueve años, no había concurso de belleza en San Juan de Payara, que ella participara y no ganara, pasando por reina de carnaval, ferias, fiestas patronales, etc. Por eso gozaba de la admiración y simpatía de la población. Su mamá, doña Rosa de Pérez, una experta costurera que a la vez se encargaba de confeccionarle sus llamativos vestuarios; Rosario, su única hermana, estaba casada con un árabe que llegó a San Juan, vendiendo sombreros y chancletas, vivía con su esposo en el mismo pueblo en la casa donde tenían un comercio frente a la plaza. Su padre, don Juvenal Pérez, un ex empleado del gobierno de Juan Vicente Gómez, que enviaron a San Juan, como Jefe civil; los que lo conocían de otras partes decían que él era un esbirro del régimen a quien Gómez había

Nahúm Fuentes M.

mandado a acomodar el pueblo; cosa que era muy fácil de creer; sin embargo terminó casándose con la lugareña Rosa Camejo. De ese matrimonio nacieron dos hijas Rosario, la mujer del árabe y Rita, la Reina del pueblo.

Don Juvenal ejerció el cargo de Jefe civil algunos años, después se retiró del gobierno, pero no perdió autoridad, porque la gente lo seguía respetando; tanto era así que en tiempos de fiestas o eventos especiales colaboraba temporal y gratuitamente con la policía en el mantenimiento del orden.

En su retiro, se dedicaba a cuidar su ganado y sus gallos de pelea. Desde sus tiempos de Jefe civil, no se quitaba una pei-nilla de la cintura; menos, después que en un desafío de gallos en el "Paso Arauca" tuvo una pelea a machete con un apostador, donde su rival perdió una mano y él salió con un machetazo en la cabeza que le dejó una extensa cicatriz desde la sien izquierda hasta la quijada que sumado a su mal carácter, le daban un aspecto poco amigable.

Pasaron unos días cuando el rumor se convirtió en noticia, la sirvienta le confirmó a la vecina que si era cierto, que Rita estaba

embarazada, pero no había dicho de quien. En menos que canta un gallo ya la barriga de Rita era el tema preferido de las conversaciones en el pueblo. No obstante, sus amistades la defendían y se negaban a creer semejante disparate; porque ella a pesar de su espíritu alegre y haber crecido en un ambiente festivo, pero sano, nunca dio motivos para comentarios fuera de lugar; ni siquiera le habían conocido novio; claro, enamorados si le sobraban, pero ella se daba su puesto.

Los maliciosos se preguntaban. -¿Qué pajarito picaría esa guayaba?

Todos sabían que don Juvenal no iba a dejar pasar ese caso por debajo de la mesa, porque él no era comida de viernes; era obvio que no sabía nada porque se encontraba en la finca donde acostumbraba pasar varios días, pero sabían que él tenía que volver al pueblo y enterarse. La gente para satisfacer su curiosidad por el desenlace de aquel asunto, ansiaban más el retorno de don Juvenal que la venida de cristo. Ya se lo imaginaban peinilla en mano limpiando el honor de su familia.

Muchos recordaban tres años atrás, cuando su hija Ro-

sario, la mujer del árabe dio a luz su primer hijo: todos esperaban que fuera un musuño, pero se llevaron una sorpresa, porque el recién nacido no era catire, salió moradito, lo bañaban y bañaban y nada que el bebito blanqueaba, parecía Africano puro; el Musiu, padre del niño, sorprendido e incrédulo no podía entender lo que estaba viendo y pensando que iba a ser objeto de burlas se escandalizó y sin ninguna consideración echó de su casa a la parturienta con su recién nacido, diciendo a toda voz que ese muchacho no era hijo de él y que su mujer era una adúltera que le había montado cachos, quién sabe con qué negro.

Apenas se enteró don Juvenal de la situación dijo.

-Yo voy a arreglar esto, porque no puede quedar así, nadie deshonra a mi familia sin recibir su merecido ¡Ese mal nacido me las va a pagar!

Como el pueblo era pequeño, casi todos los habitantes estaban pendientes de lo que podía pasar. El árabe estaba sobre aviso y cuando vio que su suegro venía, no lo esperó dentro del negocio, porque a sabiendas que el viejo era violento, salió a la calle donde podía mantener una distancia defensiva.

Los pobladores sabían a qué venía don Juve y discretamente se acercaron a la plaza para presenciar tan interesante encuentro. En el pueblo hacían vida comercial otros árabes, pero no se solidarizaron con él, porque se peleaban por los clientes. Cuando don Juve llegó, sin sacar la peinilla aun, el árabe le habló de lejitos.

- ¿Cómo está suegro? Tengo que pedirle perdón a usted, a su hija y a toda la familia. Yo sé que hice mal y por eso voy a buscar a mi mujer y a mi hijo.

Mientras el viejo avanzaba sin decir palabras, el Musiu retrocedía manteniendo la distancia. Así, fueron caminando por la arenosa calle alrededor de la plaza; mientras los espectadores los miraba en silencio, porque sabían que la cosa no estaba fácil; el árabe, mientras reculaba, trataba de calmar los ánimos del viejo. Cuando iban pasando debajo de un frondoso matapalo que adorna la plaza, uno de los espectadores exaltado le gritó palmeando las manos. -¡Mate a ese Musiu de una vez, quiero ver sangre, sangre!

El viejo lo miró con destellos de ira y sacando la peinilla, se le acercó y le gritó.

-Mira maldito, yo no soy perro tuyo para que me estés azuzando, si quieres ver sangre, la última que vas a ver es la tuya! Los presentes palidecieron, se quedaron paralizados y boquiabiertos; mientras que el agitador casi se desmaya... El viejo se contuvo un momento, guardó la peinilla en su vaina, se volvió, le echó una mirada de advertencia a su yerno y le dijo. -Vamos a dejarlo así, de ese tamaño, pero no olvide que el pescuezo no retoña.

Regresó a su casa. Después él árabe y Rosario tuvieron otros hijos y todos fueron como el primero. Así empezaron a decirle al árabe Musiu negro.

La gente esperaba el regreso de don Juvenal y ese día llegó, crecía la expectativa de cuál sería la reacción del viejo al saber la noticia. Después de una larga y angustiante espera, la sirvienta informó a la vecina que no se sabía nada que a la muchacha la presionaron y la amenazaron de todas las maneras y sin embargo no habló y argumentó, que ella pensaba que posiblemente Rita estaba protegiendo a alguien de la furia de su padre y que ese alguien, podría ser un hombre casado, un familiar, un amigo de la familia y hasta el cura, agregando.

-No es la primera vez que un cura hace esa gracia...

Y haciéndose la señal de la cruz, dijo...

-¡Ay! que Dios me perdone...

La lista de sospechosos se incrementaba; a la par que los chismes y murmuraciones saturaban el ambiente, donde cualquier hombre en edad reproductiva podría ser el responsable; asimismo, las mujeres recelaban de sus maridos y la situación se salió de control, convirtiéndose en un infierno.

El canal informativo se interrumpió cuando la familia de Rita se dio cuenta del papel de lleva y trae que estaba haciendo la sirvienta, a quien inmediatamente despidieron de la casa.

Rita, no salía ni para el frente de la casa y doña Rosa, seguía recibiendo sus clientes con los que solo hablaba de costura.

Don Juvenal, salía a la calle a comprar víveres, pero aunque todos estaban ávidos de noticias, nadie se atrevía a preguntarle en qué había parado el asunto de la muchacha.

Cuando Rita parió, los sorprendió a todos con una preciosa de niña de lo más hermosa, rosadita, con su pelito amarillo y rasgos faciales refinados, decían que parecía hija de un Mu-

siu; otros decían que esa más adelante se pondría negra como los hijos de la otra hermana, porque los zamuros también nacen blancos y después se ponen negros. Una vez más las lenguas se encendieron y la muchacha y su hija eran el tema de las conversaciones y especulaciones.

Cuando la recién nacida cumplió un mes, aprovechando que el abuelo no estaba en el pueblo, la mamá y la abuela después de proteger a la niña de un maldiojo, con sendos azabaches y cintas rojas, abrieron la puerta de la casa, invitaron a la comunidad para los que quisieran conocer la bebida y compartir un pocillo de guarapo. En el pueblo se sabía que la criaturita era muy linda pero ellos querían ver qué tan bonita era, por eso la gente no se hizo esperar, en poco tiempo ya se había formado una fila como las de “Mercal” cuando vendían pollo barato; tanto es así, que tuvieron que controlar la entrada, porque los curiosos querían entrar en cambote; en ese sentido, establecieron que los que traían regalos entrarían primero; por lo que algunos de los que estaban esperando se salieron de la fila para ir a comprar regalo y así, lo fueron haciendo los demás.

Cuando terminó la jornada, todos quedaron conformes, los curiosos satisfechos, la casa llena de regalos y los comerciantes satisfechos. Pero la cosa no terminó ahí, cuando las amigas de Rita le preguntaban sutilmente, ¿si el padre de la niña la había visto! Ella, solo respondía con una amable sonrisa. El misterio seguía en pie, volvieron los chismes y especulaciones, esta vez descartaron a todos los criollos “Rabo e´ cabuya” y se concentraron en los extranjeros; al principio se creyó que podría ser el cuñado, esposo de Rosario, pero el indicio se debilitó porque estaba comprobado que éste daba los hijos negros y todo lo contrario, la niña, además de ser blanca y refinada también tenía unos bellos ojos azules.

Fueron descartando sospechosos hasta llegar a la conclusión que el único que encajaba en el perfil, era el curita de la parroquia. Como los chismes iban y venían, éste no tardó en enterarse del comentario y en la siguiente misa se refirió al caso; los reprendió duramente y sentenció que la ira de Dios se derramaría sobre los chismosos y los convertiría en polvo y cenizas; muchos de los presentes se asustaron porque para ese tiempo la mayoría

de las casas del pueblo el techo era de paja y no era la primera vez que se quemaban.

El cura tenía la esperanza de arrancarle a Rita el secreto en confesión, pero ella no había vuelto más a la iglesia, por lo que él tuvo que ir a su casa y después de reprenderla y amenazarla con el infierno, sin éxito, entonces cambió de táctica y le rogó con el corazón que dijera quien era el padre de la niña para que esto se aclarara de una vez por todas; porque este asunto lo estaba perjudicando a él y a la iglesia.

Por más que el clérigo se esforzó en convencer a la muchacha, no estaba consiguiendo nada y derrotado le repitió: -¡Me estáis perjudicando! Ella le preguntó: -¿Padre, usted se siente culpable de algo? Él le respondió: -¿Cómo me preguntáis eso hija, si sabéis que yo soy inocente de todo? Ella le contestó: -Entonces quédese tranquilo.

El chisme no duerme, cuando vieron entrar y salir al sacerdote de la casa de don Juvenal, inventaron que andaba conociendo la hija y así lo supo el cura. Esa fue la gota que derramó el vaso, el pobre sacerdote obstinado, calumniado y avergonzado,

tuvo que abandonar el pueblo; no sin antes echarles una maldición a todos los involucrados en esa calumnia.

La vida siguió su curso, pasaron los años, Rita trajo al mundo tres hijos más, con el mismo misterio de la vez primera, ya la gente no le prestaba más atención de la debida, excepto que todos sus hijos reunían las mismas particularidades físicas y era evidente que todos venían de un mismo padre que nadie conocía, pero ya no importaba.

Transcurrieron catorce años y en unas fiestas patronales en honor a la virgen de La Candelaria, patrona de los sanjuaneros y en la plaza, donde remolineaba la gente en tiempo de fiesta, viendo cosas nuevas, juegos, bazares, fotógrafos y buhoneros y hallándose don Juvenal en una gallera cerca de ahí, cuando le llega un compadre y le dijo:

-¡¡¡Venga, venga compadre, para que vea una vaina, rápido compadre!!!

Él le pregunta: -¿Qué voy a ver?

-¡¡¡Venga le digo, rápido, rápido!!!

Llegaron presurosos a la plaza y debajo del histórico ma-

Nahúm Fuentes M.

tapalo vieron a Rita junto a un caballero cuarentón y sus cuatro nietos, posando para unas fotos.

Don Juve, se quedó observando al hombre y recordó que se trataba de un coleador italiano que solía venir a San Juan a tumbar los toros, en tiempos de fiestas. El viejo tramoleó la bola de tabaco que cargaba en la boca y dijo:

-Aaajáa, conque éste es el gran carajo que me comió el may saltiao.

Y soltó un salivazo, pensó unos segundos sin quitarles la vista, y regresó a la gallera.

Las rarezas de ramoncito

Cuando corrió la voz en el pueblo, que Ramoncito se había ahogado, casi nadie lo lamentó; este no gozaba del aprecio de algunos familiares y ciertos vecinos, que no toleraban muy bien a los homosexuales y lamentablemente el muchacho les parecía que encajaba en esa calificación.

Ramoncito era el menor de todos sus hermanos, quien cual fue criado como dicen “a toda leche”, porque era el favorito de la madre y pese a las advertencias de que los niños varones maman de los pulmones de la madre, ella lo estuvo amamantando hasta que él tenía ocho años de edad.

Sus hermanos y su padre veían mal que este malcriado pimpollo, que cada día era más hermoso y consentido, se estaba chupando a su madre por las tetas, se despegaba de los fustanes de doña Julia, que así se llamaba la mamá, solamente para ir a la escuela.

El tiempo pasaba y Ramoncito crecía cada día más roza-

gante, aunque ya era un adolescente, seguía pegado a su madre ayudándola y aprendiendo los secretos de la cocina que era lo que a él le gustaba.

No se vinculaba con sus hermanos varones para jugar ni para los trabajos propios del campo, su padre trataba de rescatarlo para hacerlo un hombre, pero doña Julia no lo permitía, lo defendía como una tigra a sus cachorros; muchas discusiones tuvieron por el muchacho hasta que el padre encolerizado, le dijo a doña Julia, que ese no era hijo de él, porque no se parecía a sus otros hermanos, que si lo seguía criando así, Dios la iba a castigar con un hijo “mariposa”, ella le contestó, que Dios no se mete en esa vaina y que cada uno tiene derecho a ser lo que quiera ser, pero resintió mucho de su esposo por esas palabras y su corazón empezó a entristecer.

Cuando Ramoncito terminó la primaria, la madre por su cuenta, lo mandó a estudiar a San Fernando de Apure, porque en Cunaviche ni en las poblaciones cercanas impartían bachillerato; fue el único que tuvo ese privilegio, porque los demás hermanos se quedaron con la primaria y algunos ni siquiera la terminaron.

Doña Julia se volvió enfermiza y finalmente falleció, dejando a Ramoncito desamparado, sin Dios y sin Santa María.

Después de la muerte de su madre, nuestro amigo cayó en desgracia, su padre se negó a seguirle pagando los estudios y se vio obligado a regresar a casa para cosechar del más despiadado acoso de parte de su familia más cercana. Para despecho el joven llegó vestido a la moda, luciendo una frondosa y bien cuidada melena, sin importarle la forma como los demás lo miraban. Su padre vio con desdén que era muy tarde para sacar del joven un hombre hecho y derecho y dedujo con tristeza que para vergüenza de todos, éste sería la oveja negra de la familia.

Apenas llegó de San Fernando, Ramoncito empezó a poner orden en la casa y especialmente en la cocina; a pesar de que él se esforzaba para mantenerlos complacidos a todos, preparando deliciosos platos, su familia comenzando por su padre, no perdían oportunidad para reprocharlo y expresarle su repudio. La casa de Ramoncito quedaba cerca del pueblo de Cunaviche, después que él terminaba con los oficios de la cocina, se iba a recorrer las arenosas calles para visitar a sus amigas que se desvi-

Nahúm Fuentes M.

vían por estar con él, hablando temas triviales de belleza, modas y farándula, regresaba a su casa avanzada la noche después que todos estaban durmiendo; pero de todas maneras no se salvaba de un insulto; no intentaban pegarle porque era alto y musculoso y temían provocarlo de esa manera, no les fuera a salir algo mal con el muchacho.

Ya habían oído el comentario de que uno de los guape-tones del pueblo, luciéndose ante sus amigos, trató de humillarlo en público, agarrándolo por detrás y para sorpresa de todos, éste le respondió con una patada en la cara que lo dejó nocaut; un señor mayor que estaba viendo todo se le acercó al caído y lo consoló diciéndole:

-¡No te equivoques con esa gente, que esos antes de meterse a “mariposas” primero aprenden a pelear!

Sin la protección de la madre, la vida cada día era más difícil para Ramón, aunque todavía era menor de edad, ya tenía diecisiete años y decidió buscar un trabajo para independizarse.

En la costa del río Cunaviche, vivía una viuda llamada Luz Parra, que se veía todavía joven a quien no le duraban las

cocineras ni había conseguido marido, porque era muy estricta y autoritaria, él le decía “Madrina”. El desesperado joven fue a visitarla, le contó la situación en que vivía, le pidió hospedaje mientras él cumplía la mayoría de edad, porque tenía pensado irse para el cuartel a pagar Servicio Militar, ella estaba buscando una cocinera y lo recibió con agrado.

Todo empezó muy bien, él cumplía con su trabajo y le quedaba tiempo para darse una vuelta por el pueblo; no había completado el mes con la “

Madrina” y un día él estaba en la cocina, cuando sintió que llegó su padre a conversar con ella, él afinó el oído y dolido, escuchó a su propio padre, aconsejándole que lo corriera de la casa y le contaba asquerosidades de él.

Cuando el padre, se marchó la “Madrina” entró a la cocina y lo encontró llorando en un rincón; después de calmarlo le preguntó:

-¿Es verdad lo que dijo tu papá?

Él le respondió:

-No Madrina, son puras mentiras...

Ella lo miró a los ojos y con una sonrisa maliciosa le dijo: -Eso

lo vamos a saber esta noche.

Él movió la cabeza afirmativamente y le contestó con un Ujuuu.

Al día siguiente, doña Luz, le dijo muy complacida:

-¡Yo no soy Madrina tuya, porque no te he bautizado ni nada parecido! De hoy en adelante, vas a ser mi marido y yo tu mujer, lo demás lo vamos resolviendo con el tiempo. Sabes que soy mayor que tú, pero mientras tanto sígame llamando Madrina y siga de cocinero como si no pasara nada entre nosotros y así la gente no hable; usted sabe que soy cristiana.

Y agregó:

-De día voy a ser una santa y de noche nos volvemos unos diablos...ja, ja, ja.

Pasaron unos meses de Luna de miel, en perfecto amor y armonía, pero a Ramón le estaban haciendo falta los paseítos al pueblo que ella le había prohibido mientras viviera en su casa, pero él de vez en cuando se le escapaba, al llegar, ella lo corría de la casa, pero después le rogaba que no se fuera.

La situación se fue agravando y un día el jovencito se apareció en la casa casi amaneciendo; la viuda que no durmió

esa noche, lo estaba esperando en el patio, con cara de poco amiga desafiante y sus macundales se los tenía listos para que se fuera; a él no le sorprendió porque no era la primera vez que lo hacía para que después todo se arreglara, pero en este caso, no fue así ya que cuando él se le acercó, ella enfurecida empezó a insultarlo y le aventó la maleta al medio del río. Sin pensarlo dos veces nuestro amigo se lanzó al agua para recuperarla y se fue aguas abajo arrastrado por la corriente.

Transcurrió más de una hora y doña Luz con una lágrima a punto de derramarse, miraba hacia el río esperando ansiosa su regreso y una reconciliación, como lo habían hecho antes en casos similares; ella lo imaginaba venir cabizbajo y humillado con su maleta en la mano, goteando agua pidiéndole perdón, ella estaba lista para perdonarlo las veces que fueran necesarias.

Despertó plenamente la mañana y doña Luz seguía parada en la barranca del río, preguntándole a las gaviotas y a las olas por Ramoncito; asimismo, se esforzaba intentando ver algo en la distancia pero todo fue inútil; entonces tuvo el presentimiento que quizás el peso de la maleta mojada no lo dejó salir del agua

Nahúm Fuentes M.

y estaría agarrado de alguna rama recobrando fuerzas para alcanzar lo seco... ¿Quién sabe? Soltó la canoa que tenía en el paso y se fue remando por el río corriente abajo, registrando manglares, llamándolo. -¡¡Ramoncito, Ramoncito!!

Cuando se dio cuenta se había alejado varios kilómetros de la casa sin tener ninguna noticia, trató de regresar remontando el río para saber si Ramoncito ya había llegado, pero era imposible para ella, la corriente no lo permitía y ya el Sol había calentado; unos conocidos que viajaban por el río con fuera de borda, la auxiliaron y la llevaron de regreso a su casa con la canoa, pero al llegar solo encontró la soledad, intuyó que algo malo había pasado y fue para el pueblo a pedir ayuda.

Doña Luz era muy apreciada por los cunavicheros que son gente buena y solidaria, por eso no le negaron la ayuda para buscar a Ramoncito; salieron comisiones de la guardia, la policía y sobraron voluntarios, el resto del día lo estuvieron buscando en el río y no encontraron nada. Ya en la tarde al abandonar la búsqueda dijo un jefe de comisión. -¡Qué ironía, era pato y no sabía nadar!

La desesperada viuda les rogaba que siguieran buscando, pero se hacía de noche y la gente se retiró diciéndole que si se había ahogado y estaba por ahí ese otro día flotaría. Entonces recurrió a la familia del desaparecido, pero estos fueron indiferentes; no obstante ella lo siguió buscando como loca toda la noche, ese otro día y los días y las semanas siguientes hasta que desapareció en las aguas, porque de ella solo encontraron la canoa deambulando entre los manglares.

Pasaron veinticinco años de aquel episodio, pero la historia no había terminado. Una mañana aterrizó en un peladero del pueblo un helicóptero, del aparato bajó maleta en mano, vestido con ropa ligera un hombre bien parecido, de sienes plateadas, porte elegante y distinguido, que parecía más bien el galán de una novela romántica, se alejó unos pasos de la aeronave, vio a su alrededor, le hizo una señal al piloto y ésta despegó para perderse en el horizonte. El extraño viajero saludó con un ademán a los curiosos y se dirigió caminando hacia el comando de la guardia, donde se identificó como Ángel Ramón Sosa, portaba una credencial expedida por el Ministerio de Relaciones Interiores de

Venezuela, para hacer investigaciones de carácter histórico y social en todo el país y solicitaban a las autoridades toda la colaboración que necesitara para lograr su objetivo. El sargento Corona que era el jefe de puesto, se puso a su orden cordialmente y le ofreció alojamiento en el comando, pero él le dijo que prefería una posada y hacia allá lo acompañó el militar, dejándolo instalado para hacer su trabajo. El atractivo caballero resultó ser parrandero, desde los primeros días de su llegada, acompañado del cronista del pueblo y los que se iban sumando, se dedicó a recorrer los bares y expendios de licores de la localidad, haciendo entrevistas y tomando fotografías del paisaje y de sus invitados, que terminaban sentándose en su prolija mesa.

El dinero manaba de su bolsillo a raudales para pagar bebidas, comidas, regalos para las damas y jugosas propinas. A ese ritmo fue pasando el tiempo y el helicóptero aterrizaba de vez en cuando, se reportaba y despegaba perdiéndose entre los acéitales que adornan el paradisiaco pueblo. La larga estadía y conducta dispendiosa del visitante, fue sembrando ciertos celos en las autoridades y los habitantes del apacible pueblo, quienes empe-

zaron a sospechar que el extraño personaje no fuera lo que dijo ser y podría terminar siendo un ladrón de banco, un narcotraficante o un mafioso que se estaba escondiendo de alguien o de algo y acordaron averiguarlo...

Un domingo después de misa, don Ángel se disponía a recoger sus pertenencias para marcharse, cuando le llegó una comisión, encabezada por el sargento Corona, el cronista y algunos notables del pueblo para interpelarlo. Fue difícil para ellos abordar el punto, porque casi todos habían gozado hasta más no querer de sus generosas atenciones; el militar tomó la iniciativa y le dijo: -Nosotros queremos saber ¿Quién es usted en realidad?

-¿Qué hace aquí? Y ¿de dónde sale tanto dinero, que usted gasta sin importarle?

El aludido cruzó los brazos miró hacia el techo como buscando una respuesta apropiada, repasó con la vista a todos los presentes y les dijo: -Van a tener que oírme primero un ratico, para que tengan las respuestas a todas sus preguntas.

Abrió su maletín, sacó un papel y mostrándolo les dijo: -yo vine a terminar y cerrar una historia que empezó aquí

en este pueblo, hace más de treinta años, que quedó inconclusa y entregándole el papel al militar le pidió que lo leyera; después que todos oyeron con atención lo que decía el papel, tomó de nuevo la palabra para decir: -Como ya ustedes saben, este es el informe de la búsqueda del cuerpo de Ángel Ramón Pérez Sosa, "Ramoncito" que decían que era gay y que supuestamente se ahogó; yo les voy a decir algo: ¡Ése no era gay ni tampoco se ahogó! Pero primero voy a contarles lo que pasó antes de llegar a ese episodio para que todo quede claro.

Cuando a Ramoncito, lo dejaron en San Fernando para que estudiara, se hizo amigo y después ayudante indispensable de un polifacético personaje llamado Cipriano, quien era un excelente chef de cocina, pero no solo eso, también era reconocido estilista, dominaba todo lo que tuviera que ver con protocolos, etiqueta social y belleza femenina, organizaba concursos de belleza, reinados, matrimonios, banquetes etc. Ramoncito, se ganó el aprecio y la confianza de éste y le pidió que lo enseñara, que quería ser tan bueno como él, éste le dijo, que no tenía problema en enseñarle todos los trucos que él sabía, pero le advirtió, que

para un hombre tener éxito en ese exigente y refinado mundo, debería ser gay o aparentar muy bien serlo, porque solo así podría obtener la confianza de las mujeres y de sus maridos que son los que pagan sus caprichos y en cualquier caso tendría que aprender a defenderse, porque podría ser víctima de algún tipo de violencia.

En los tres años que estuvo trabajando y aprendiendo con Cipriano, se hizo profesionalmente tan bueno como su maestro, incluyendo defensa personal. Cuando regresó a Cunaviche, dejó que los demás creyeran que era gay para vengarse de su padre y porque eso le ofrecía muchas ventajas con las mujeres; algunas le tenían tanta confianza que llegaban al grado de cambiarse de ropa delante de él sin ningún pudor, como si se tratara de otra mujer a otras les costaba creer lo que veían y consideraban un gran desperdicio, que un joven tan apuesto y varonil tuviera que ser gay y prefirieron probar por ellas mismas.

-Satisfechas en su curiosidad, lo comprometían a que guardara el secreto y que siguiera fingiendo igual, para no levantar sospechas y así fue como llegó a casa de doña Luz.

El narrador hizo una pausa y siguió contando: -Cuando doña Luz, le aventó la maleta al agua, él se lanzó al río detrás de ella, la recuperó y no volvió para la casa; como pudo llegó a la carretera, le sacó la mano a una caravana de turistas que iban pasando a esa hora por ahí y lo recogieron; nadie vio eso porque no terminaba de amanecer todavía; por el camino le hicieron preguntas y él les contó su historia completa; ellos le dijeron que eran empresarios del ramo de hotelería y turismo y que si lo que él les había dicho que sabía hacer era verdad, con ellos tendría trabajo seguro y bien remunerado.

-A los dos años de estar trabajando con ellos se casó, se hizo socio de la compañía y actualmente es gerente general. Uno de los presentes le preguntó: -¿Y cómo sabe usted todo eso de Ramoncito? -Él le contestó tocándose el pecho con su pulgar:

-¡¡Porque yo soy Ramoncito!!.

Los oyentes se sorprendieron y avergonzados se disponían a ofrecerle disculpas, pero en ese momento se oyó el sonido del helicóptero que venía a buscarlo, él salió presuroso hacia la nave y volteó el rostro sonriendo para despedirse diciéndoles:

-¡¡¡Lo que gasté aquí lo paga la compañía, esas eran mis vacaciones!!!

El aparato despegó, sobrevoló el pueblo y se esfumó en el horizonte.



FIN

Índice

El arbol de la vida	9
El joven araña	17
La niña Marisol	30
Fue una gran imprudencia	60
La iguana y el sapo	82
La noche más larga del mundo	88
Mi hijo se volvió encanto	114
Conversando con el abuelo	149
Contaba Moralito	185
El secreto de Rita	204
Las rarezas de Ramoncito	217

Edición del Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Colaboradora:

Julia Rosa Urdaneta

Diseño de portada: Juan C. Villota

Éste título se diagramó durante el mes de abril de 2024

en el Sistema de Editoriales Regionales

Capítulo - Apure

San Fernando de Apure/Venezuela

Cuentos Apureños. Nos presenta un compendio fascinante de cuentos recreados en el estado Apure. Estas historias, transmitidas de generación en generación, ofrecen una mirada única a la cultura y tradiciones de esta región que junto con otras historias y mitos, forman parte del tejido cultural del llano apureño. El libro *Cuentos Apureños* es una excelente manera de sumergirse en la rica tradición oral de esta región y descubrir los misterios y maravillas que yacen en lo profundo de sus pueblos.

Sistema de Editoriales Regionales

Apure

Nahúm Fuentes M. San Juan de Payara, Edo. Apure. Licenciado en Educación, mención Desarrollo Cultural, cuentista, artesano, creador del “mazo” del programa “Con el Mazo Dando” (VTV) 2014, Técnico en fundición. Ha participado en múltiples eventos relacionados con la artesanía y el arte popular. Ha publicado el libro “Ánima de Mata E`Silva” Editorial Regional El perro y la rana, (2011). Así mismo tiene inéditos los trabajos *Refranes y frases con animales* y *Semblanza Geohistórica de Puerto Páez*.